

**SUMARIO**

**Editorial**

**Teología**

El sacerdote, hombre reconciliado y penitente.  
Pbro. Osvaldo Santagada

**Estudio**

Crisis y abandonos ministeriales. ¿Un problema sin solución?  
Pbro. Pedro Oeyen

**Pastoral**

Sacerdotes y comunidades se sostienen recíprocamente.  
Card. Godfried Danneels

**Semblanza**

Brochero: un hombre de Dios para su pueblo.  
Pbro. Julio Merediz

**Espiritualidad**

La caridad pastoral en los escritos del Cardenal Pironio.  
Pbro. Emilio Cardarelli

**Pastoral**

Acogida y acompañamiento de personas en dificultad psicológica.  
Bernard Piteaud

**Recensiones**

**Noticias**

## EDITORIAL

---

Este año 1999 nos encuentra en la tercera y última etapa preparatoria para la celebración del Gran Jubileo de la Encarnación del Hijo de Dios y de la Redención realizada por El. Es el año en el que el Papa Juan Pablo II nos invita a *“ampliar los horizontes..... según la visión misma de Cristo: la visión del «Padre celestial» (cf. Mt 5, 45), por quien fue enviado y a quien retornará (cf. Jn 16,28).”* (TMA 49a). Es el año en el que debemos descubrir otra vez que *“toda la vida cristiana es como una gran peregrinación hacia la casa del Padre, del cual se descubre cada día su amor incondicionado por toda criatura humana, y en particular por el «hijo pródigo» (cf. Lc 15, 11-32)”* (TMA49b)

El *“camino hacia el Padre”* tiene muchos modos de concretarse en nuestro itinerario ministerial. Y es tarea de la formación permanente buscar vislumbrarlos, para que como sacerdotes, podamos encontrar las ayudas necesarias y así orientarnos, lo mejor posible, hacia el *“encuentro con El”*.

Uno de esos modos es el de *“emprender un camino de auténtica conversión, que comprenda tanto un aspecto negativo de liberación del pecado, como un aspecto positivo de elección del bien”* (TMA 50a). Por eso, en este número de *“Pastores”*, ofrecemos la reflexión de Osvaldo Santagada en torno al sacerdote como hombre reconciliado y penitente. El mismo Papa relaciona la *conversión* con la necesidad de redescubrir y celebrar más intensamente el sacramento de la Penitencia (cf. TMA 50a).

Por este espíritu de *“conversión”* crece en el creyente la conciencia de un *“Dios rico en misericordia”* (Ef 2, 4). La misericordia de Dios nos ayuda a descubrirlo Padre. Y es *“menester que la Iglesia de nuestro tiempo adquiera conciencia más honda y concreta de la necesidad de dar testimonio de la misericordia de Dios en toda su misión...”* (Dives in Misericordia, cap. VII) En especial los sacerdotes estamos llamados, imitando a Jesús misericordioso, a hacer presente en el mundo esta nota propia de Dios Padre. Ser misericordiosos con los hermanos que nos toca *“pastorear”*, fieles del pueblo de Dios; y ser misericordiosos también con nuestros hermanos en el ministerio, para hacer visible la fraternidad sacerdotal.

Conversión y misericordia deben estar presentes en una realidad muy dolorosa de la Iglesia, la de las crisis y los abandonos ministeriales. Mayor conversión y misericordia en quienes las sufren y en quienes acompañan. El artículo del Padre Oeyen nos acerca a este tema y aporta pistas de acompañamiento.

Conversión y misericordia, también deben estar presentes en las relaciones de los pastores con sus fieles, para poder dar verdadero testimonio de amor, y que los demás puedan decir *“miren cómo se aman”*. El artículo del Card. Godfried Dannels apunta a descubrir la necesaria relación de sostenimiento mutuo entre sacerdotes y comunidades.

Otro de los modos en el que se concreta el *“camino al Padre”* es el de la caridad. *“Será, por tanto oportuno, especialmente en este año, resaltar la virtud teologal de la caridad, recordando la sintética y plena afirmación de la primera Carta de Juan: «Dios es amor» (4, 8. 16)”* (TMA 50b). Virtud que en el sacerdote se hace estilo de vida a través de la *caridad pastoral*, participando y comunicando los sentimientos y actitudes del corazón de Cristo Buen Pastor.

En este número de *“Pastores”* nos acercamos a dos figuras sacerdotales que nos iluminan para descubrir el camino de la caridad pastoral. Uno es el Cura Brochero, desde el artículo de Julio Merediz S.J.: *“Hombre de Dios para su pueblo”*. Y el otro es el Card. Pironio, desde un estudio realizado por el

Pbro. Emilio Cardarelli que se acerca a su espiritualidad tomando como centro, justamente, a la “caridad pastoral”.

El Papa nos recuerda que “*Jesús vino a «evangelizar a los pobres» (Mt 11,5; Lc 7,22)*” y nos pregunta “*¿cómo no subrayar más decididamente la opción preferencial de la Iglesia por los pobres y los marginados?*” (TMA 51). La caridad pastoral se hace visible cuando se recibe y ama a los que más sufren. En esta línea, se ofrece el artículo de Bernard Piteaud en la difícil tarea de acompañar pastoralmente a personas con dificultades psicológicas.

Decíamos que el “*camino hacia el Padre*” puede concretarse de diversos modos. Desde “*Pastores*”, como aporte para la formación permanente, y siguiendo al Papa en su Carta Apostólica “*Tertio Milenio adveniente*”, queremos acercarnos a la preparación del Jubileo desde dos modos concretos: la conversión y la caridad, y que ellos nos lleven a encontrarnos con el amor del Padre que es *miser cordia*.

## TEOLOGÍA

### EL SACERDOTE, HOMBRE RECONCILIADO Y PENITENTE\*

---

*Osvaldo Santagada*

#### La Confesión de los sacerdotes

##### I. INTRODUCCIÓN

###### 1. Identidad sacerdotal y Penitencia

El origen de estas reflexiones puede encontrarse en algunas intervenciones durante el Sínodo de los Obispos de 1983 en el Vaticano. Tres Padres sinodales se refirieron a la necesidad de la Reconciliación para los mismos sacerdotes: S. G. *Giacomo Beltriti*, patriarca de Jerusalén para los Latinos (7<sup>a</sup>. Intervención, 3 oct. 1983, en *L'Osservatore Romano*, 1983, ed. cast., p. 561), Mons. *Patrick F. Flores* arzobispo de S. Antonio, Estados Unidos (83<sup>a</sup>. Intervención, 5 oct. 1983, en *Ibid.* p. 568) y Mons. *Edouard Gagnon*, arzobispo pro-presidente del P. Consejo para la Familia (127<sup>a</sup>. Intervención, 5 oct. 1983, en *ibid.* p. 572). En el mismo Sínodo tres grupos de trabajo presentaron sintéticamente el mismo argumento (día 14 oct. 1983: grupo de lengua francesa A, relator cardenal *G. Danneels*, n. 4, en *Ibid.* p. 587; grupo de lengua francesa C, relator mons. *T. Tshishiku*, n. 3, en *Ibid.* p.588; grupo de lengua hispano-portuguesa A, relator mons. *D. Castrillón*, n. 4, en *Ibid.* p. 585).

Durante estos últimos veinte años hemos sido testigos de muchos alejamientos del ministerio sacerdotal y de una crisis que todos lamentamos de corazón. Hay varias causas de estas crisis, y otros se han dedicado a analizar el tema. Por mi parte, pienso que existe una relación, probablemente causal, entre la denominada «pérdida de identidad sacerdotal» y el abandono que algunos sacerdotes han hecho, en la práctica, del Sacramento de la Reconciliación para sí mismos.

¿A qué atribuyo esta relación? A la vinculación natural entre identidad y conciencia. En efecto, la identidad personal está vinculada a la conciencia que se tenga de sí mismo. Y, por consiguiente, la identidad sacerdotal corresponde al grado de conciencia sacerdotal que se posea. Mi tarea consiste en demostrar cómo la conciencia sacerdotal se mantiene viva por el Sacramento de la Reconciliación.

###### 2. Concentración y toma de conciencia

Ahora bien, hay solamente un medio para obtener esa conciencia de sí mismo: y es la concentración de todas las potencias íntimas para verse tal cual uno es. De lo contrario, vivimos en la distracción, o en la retracción de nosotros mismos, a que nos lleva la monotonía cotidiana, la rutina mortífera, la obsesión emocional, la fijación ideológica y todas las cosas que nos alejan de nosotros mismos.

La concentración espiritual nos acerca a Dios, y al acercarnos a Dios nos acercamos a nosotros mismos. Esto es absolutamente necesario, dado que el vivir de cada día, aun de aquellos que colocan su atención en las cosas más importantes, casi sin darnos cuenta nos aleja del centro interior de nuestras personas.

A menudo se escucha decir que alguien «está muy volcado» a su trabajo, a su negocio, a sus enfermos. Estar volcado significa estar «dado vuelta», o sea, estar convertido a sus cosas y, por lo tanto, alejado de sí mismo. Tendría que «dar la vuelta» de 180 grados –la conversión– para poder reencontrarse consigo mismo.

Ese «dar la vuelta» o conversión es el llamado de Jesús a los hombres volcados en los asuntos exteriores, y es la condición indispensable para que puedan acercarse al Reino de Dios, que comienza en el propio corazón.

---

\* De Cuadernos Monásticos 70-71 (1984), Págs. 401-419.

El tema que nos ocupa podría formularse así: ¿Cómo puede el sacerdote católico *acercarse* al centro de su conciencia, y desde allí vivir en plenitud su identidad sacerdotal?

### 3. Olvido y memoria

Hay motivos fuertes para hacer ese interrogante. Nadie ignora que podemos pasar meses y años sin tomar conciencia, o como se suele decir, «sin darnos cuenta» de que el tiempo ha pasado. Sin embargo, cada persona humana está llamada por Dios a no dejar pasar su tiempo, sino más bien a cumplir su tiempo, sus años. Y no puedo «cumplir» mis años sin una mirada profunda a mi interior para conocer quién soy y qué soy. Únicamente mediante este conocimiento interior puedo llegar a reconocermé y evitar la alienación, vale decir, el desconocimiento o la enajenación que puede hacerme extranjero para mí mismo, e incapaz de reconocer mi figura humana o la del prójimo.

¿Cuántos sacerdotes existen que se han olvidado de sí mismos? La expresión podría interpretarse *in bonam partem* para manifestar la actitud del hombre sacerdote –otro Cristo– que se desvive por los demás. Pero igualmente podría señalar a aquellos que se *han olvidado* de ser en la forma más radical y viven ajenos al misterio de Dios, que por otra parte presiden celebrándolo, y al misterio del hombre y del mundo, junto a los cuales transcurre la existencia de una vocación mayor. Con frecuencia se escuchan los lamentos de algunos que «se olvidaron de vivir». El olvido, el triste olvido de vivir, se constituye así en otro motivo más para plantearnos aquella pregunta, ya que cada cual necesita *recordar*, o sea, volver a su corazón. Las lenguas francesa e inglesa tienen una hermosa expresión para indicar que algo se sabe de memoria: lo sabe «por el corazón» (*Par coeur* y *by heart*).

¿Cómo podrá uno retener su identidad y no volcarla? ¿Cómo se podrá memorizar el valor de lo que uno es y no olvidarse, para no perderse en la noche de lo que no interesa más? ¿Cómo podremos los sacerdotes católicos hacer fructificar la vida, cosechando la riqueza espiritual de nuestra «memoria cristiana»? (cfr. *Puebla*, n. 457).

Un sacerdote sin memoria de su identidad paraliza a la Iglesia, la estanca y la deja en un «hoy» provisorio, que será muy poético, pero no contribuye a evangelizar al mundo. Existe otro «hoy» para el cristiano. Es el *Hodie* de la liturgia, que nos permite traer al presente las maravillas salvadoras de Dios que ocurrieron en el pasado y anticipar la alegría del mundo futuro en la celebración de la fiesta cristiana. Por eso, el «hoy» de la liturgia es valedero, porque no es un mero presente sin relación al pasado o al futuro, sino un presente donde pasado y futuro se planifican. Lo mismo debería suceder con nuestra historicidad humana. El hoy, nuestro presente, se debe vivir entre las tensiones que impone el pasado a rectificar y el futuro a dar a luz. En este punto de la historicidad de la persona humana, elegir una de las alternativas es cercenar la globalidad del llamado de Dios para cada uno de nosotros. No se trata pues de pasado, o presente, o futuro, sino del presente que mira al pasado y al futuro. Los medievales decían esto con una frase admirable: *Ecclesia ante et retro occulata* (La Iglesia con ojos adelante y atrás).

### 4. Experiencia de perdición y salvación

Si el sacerdote vive volcado a las cosas y olvidado de su identidad, está haciendo una experiencia que lo modelará negativamente. Esto trae consecuencias indeseables para la vida de la Iglesia: el modo como uno se *acostumbra* a vivir es el que va originando el futuro. Si uno acepta las costumbres de existir alejado del centro divino y humano, llegará a la muerte en un estado de «perdición». No lo condena Jesús, sino que se condena a sí mismo por haberse apartado del Verbo de vida (cfr. 1 Jn, 1,1).

Se puede vivir una vida sacerdotal como «perdidos». Se puede también asumir la propia vida pecadora o simplemente limitada, no como un texto muerto, sino como una letra leída, enunciada, proferida, cantada. Y de ese modo, viva.

Es preciso cosechar la semilla sembrada en nuestros corazones desde el Bautismo, inicio de nuestra salvación. Esa cosecha es una labor que nos une a *todo* el campo de la Iglesia. En esto nunca podemos sentirnos solos. Tal cosecha consiste en ir recolectando las *experiencias* de la *fe cristiana* en nuestras vidas. No es una siega a la que hay que temer: se corta para volver a fecundar. Al dar la vuelta

hacia nosotros mismos cosechamos unos recuerdos que nos pertenecen y tocan a toda la persona. No interesa aquí para nada la memoria de la erudición, sino aquella que se estremece ante los sueños, los símbolos y los modelos que recibimos. Federico Fellini concluye genialmente su film «8 y 1/2» con una inmensa ronda de seres rescatados de su negrura y pecado, y revestidos de blanco, en una grandiosa fiesta de unidad en la cual el hombre perdido vuelve a encontrar el vestido sin mancha de su primera Comunión. No conozco sus ideas y sus expresiones conceptuales, pero no pudo él deshacerse completamente de la riqueza cristiana de su tradición italiana, permanecida en su memoria a través del símbolo del vestido blanco, de la alegría de una fiesta pura y sin aburrimiento, y finalmente del cielo donde las personas se dan la mano una a otra para formar el coro de alabanzas a la Trinidad.

Es la salvación vista como vida placentera sin pecado.

Existen en nuestra historia personal algunos signos capitales que han forjado nuestra experiencia de cristianos. Para bien o para mal. Así, por ejemplo, no es la idea o concepto de generosidad la que puede movernos, sino el haber dado, en un gesto concreto e inolvidable, los últimos centavos que teníamos a un ser humano que los necesitaba para vivir. La limosna concreta es inolvidable. No perece. Queda siempre rescatada. Se hace memoria cristiana, siempre capaz de ser asumida como algo positivo en el momento de la conversión.

## **5. El confesor, testigo necesario del reencuentro con Dios y consigo mismo**

Todo lo que digo sobre la necesidad y exigencia de concentración, debe ser entendido mediante otra realidad para que no se transforme en pensamiento de hombre aislado. La pura concentración y el mero examen de conciencia o crítica personal no basta para que el hombre se reencuentre consigo mismo y con Dios. Su identidad, por ser católico, pasa por lo comunitario. Sólo ante un testigo de su propia condición, elegido por su autoridad moral o divina (y por consiguiente, no un ángel o un santo canonizado), puede uno *verse* de verdad. No podemos mirar lo que somos, sin sacar del corazón lo que tenemos bien escondido. Eso exige que nuestra boca se abra para enunciar las experiencias positivas o negativas que la memoria va trayendo a la conciencia. Es una condición *sine qua non*. Hay que abrirse a otro sacerdote, poseedor de la potestad sacramental que nosotros poseemos, para retomar las riendas de la vida con entera libertad y correr la carrera que Dios nos propone.

Este hablar o dialogar nos permite tomar una distancia prudente para leer, que no sea aquel excesivo alejamiento del que hablábamos y nos haga ilegibles las realidades que tratamos: Dios, nosotros y los otros, el mundo. De esta manera, la concentración se hace examen de nosotros mismos, «examen de conciencia», que puede hacerse con los ojos cerrados o en la oscuridad. Pero como estamos llamados por Dios a ser *hijos de la luz* (1Ts 5,5; Ef 5,9) es menester la presencia de otro, el confesor, para no permanecer con los ojos bajos, sino abrirlos para mirar serenamente nuestra propia verdad. El «pretexto» de mucha gente que no quiere confesarse, es precisamente la negación de lo que venimos diciendo: ¿Acaso voy a contarle mi vida íntima a un hombre como yo? Ese «hombre como yo» es imprescindible para recobrar la propia identidad, a condición de que asuma las reglas del juego: capacidad para entablar una relación personal, respeto máximo por el que «cuenta», y negativa absoluta a querer usar la confesión de los pecados o de la existencia para manipular al prójimo.

Hay también otro asunto vinculado a esta necesaria toma de distancia. Consiste en saber que no podemos «contarnos» indefinidamente. Confesarse con «cualquiera» y con muchos, para repetir una lista de pecados, puede hacernos perder aún más de lo que estábamos. Es como desarmarse y dejar jirones de uno mismo ante muchos testigos, que nos ven marchar con lástima y dolor. No podemos desparramar nuestra vida. Hace falta un testigo que realmente nos ayude. Ese es el sentido de los confesores de los seminarios y conventos. Es cierto que la Iglesia siempre ha dejado en libertad a quienes deseen ir a otro confesor. Pero la libertad de elegir confesor, no significa que no se pueda mantener el confesor por mucho tiempo, de modo que nos conozca bien y comprenda el proceso de nuestra vida espiritual y las edades por las que vayamos pasando. Elegir un confesor permanente, no es un asunto trivial. Exige sabiduría, humildad y fortaleza.

## II. LA CONFESIÓN DE LA FE. «Confessio fidei»

En el Símbolo Romano confesamos que pertenece a nuestra fe la comunión de los santos y la remisión de los pecados. El Símbolo Niceno-constantinopolitano, por su parte, del año 381, nos hace proclamar: «Confieso un solo Bautismo para el perdón de los pecados». Llama la atención que en los dos Símbolos la remisión de los pecados esté vinculada sea a la comunión de los santos como a la profesión de la fe bautismal. Por eso, he elegido aproximarme al tema tomando como punto de partida la profesión de la fe o la confesión bautismal. En seguida voy al centro de la cuestión que es el perdón de los pecados. Por fin, me detengo en la comunión de los santos: ese aspecto del dogma católico que facilita una reflexión sobre la acción del Espíritu Santo en la Iglesia. La conclusión del estudio será una recapitulación de las ideas y experiencias que presento aquí.

### 1. La mirada de la fe nos acerca a Dios Padre, a nosotros, al prójimo y al mundo.

El primer elemento que se requiere para reflexionar sobre el Sacramento de la Reconciliación en la vida espiritual de un sacerdote católico es éste: la Confesión de los pecados es, ante todo y principalmente, una confesión de *la fe*. Solamente el creyente puede comprender la transformación interior que produce el perdón de Cristo administrado por la Iglesia. Al igual que en la Eucaristía las apariencias del pan y del vino permanecen visibles, también el que se levanta de la Confesión parece el mismo de antes. Pero así como adoramos el Cuerpo y la Sangre de Cristo presentes en el Sacramento del altar, del mismo modo el hombre que ha rescatado del olvido sus pecados y limitaciones, sus tentaciones incluso, es una nueva creatura, un hombre nuevo renovado por la gracia del Espíritu Santo.

Me viene a la memoria lo que me sucedió en ocasión de una celebración penitencial comunitaria. Una señora que se había acercado al sacramento hacía poco tiempo, se presentó también en la celebración de marras. Comenzó diciendo que no tenía pecados de qué acusarse, pero que quería libremente arrodillarse en el confesionario frente a todos mis amigos y conocidos para «hacer un acto de fe». Pensé en aquel momento y hoy lo reconozco así, que Dios me estaba enseñando algo muy hermoso por medio de aquella mujer. Sí, la Confesión es un acto de fe, la renovación de la fe bautismal, que nos llamó a vivir «en Cristo Jesús».

Por la fe solamente, podemos considerar a nuestro confesor como la imagen del padre misericordioso de la parábola que abre sus brazos para recibir al perdido, es decir, al volcado a las cosas. Considerar el sacramento de la Reconciliación como una absolución de los pecados graves es reducir el misterio del amor de Dios Padre. El cristiano no está llamado a una profunda conversión de una vez para siempre, como si no hubiese más necesidad de penitencia y reconciliación. El Bautismo es el sacramento definitivo que nos da el carácter de cristianos. Pero la Confesión es el sacramento a repetir tantas veces como sea necesario purificarnos del polvo que nos va dejando el camino de la vida. Es cierto que el creyente convertido debería vivir *muerto al pecado* como indica san Pablo (Rm 6,11). Pero para eso mismo es menester recordar que Dios nos ama y que no quiere que vivamos volcados hacia las creaturas. Cada sacerdote hace bien en confesarse a menudo para mantener su fe alerta, para poder ser «confesor». En el vocabulario eclesiástico la palabra confesor fue aplicada antes que a los sacerdotes en el sacramento de la Reconciliación, a los que con su vida profesaban la fe en Cristo Jesús y seguían sus huellas.

La Confesión del sacerdote es una manifestación de que cree en la misericordia del Padre y de que su propio ministerio debe ejercitarse en la paciencia de la espera del pecador y no en la rutina. Con esta actitud, nos acercamos al misterio de la Paternidad de Dios y podemos comprender cuál es el motivo profundo para que seamos llamados «padres», a pesar del precepto de Jesús: *A nadie llaméis padre* (Mt 23,9). Pero, en nuestro caso, no podemos ejercer un ministerio paternal si antes no hemos pasado por la experiencia de sentirnos hijos queridos, y no hemos reconocido nuestra limitación. El único Padre es Dios, de una manera sin límites. Tan limitados somos nosotros que solamente por la Gracia del Espíritu Santo, que recibimos al confesarnos, podemos tratar al prójimo, al mundo y a nosotros mismos con auténtica misericordia. Éste es el testimonio que necesita el Pueblo de Dios de sus sacerdotes. Ésta es la verificación de nuestro ministerio, según la palabra de Jesús: *Donde está tu tesoro, allí estará tu corazón*.

## 2. La Confesión sacerdotal nos acerca al misterio de Cristo

Con Jesús la historia salvífica llega a su plenitud. Él es el centro y el foco luminoso de esa historia. Todo el pasado mira hacia Él, y también el futuro cobra sentido en Él.

Pues bien, entramos en la historia de salvación por el Bautismo. Pero en lugar de vivir olvidados de esa historia y de la alianza, por nuestra Confesión traemos a la memoria la propia historia y la incorporamos al resto de la Historia de las maravillas de Dios. Lo insinuamos al comienzo de este estudio: cada creyente posee una historicidad hecha de pasado, presente, y futuro, que no puede ser reducida a puro presente infinito. Lo típico de la naturaleza humana en este mundo es ser histórica y desarrollarse a lo largo del tiempo. Un tiempo que duele, pero que se hace salvación. La Encarnación del Verbo de Dios es una asunción del tiempo, incluso para redimirlo, según la antigua sentencia de san Ireneo: «Lo que no es asumido, no es redimido».

En el sacramento de la Reconciliación se hace presente toda la Pasión, Resurrección y Ascensión de Jesús. Todo lo que sucedió en la historia hace muchos siglos, por la fuerza del Espíritu Santo, se hace transhistórico y presente en nuestra vida. Entrar a la Confesión es ponerse en contacto con el misterio redentor de Cristo en su aspecto de liberación *del* pecado. Es aceptar que nuestra vida no es un puro pasaje sin problemas, sino implica una cierta aceptación libre de expiar por los demás. Si el sacerdote se distingue en algo del simple creyente, y así lo creemos, es por su vocación a identificarse deliberadamente con Cristo en el aspecto expiatorio de su obra salvífica. Y mal podríamos ser testigos de este aspecto si no hiciésemos uso del misterio sacramental que más exige a nuestra humildad y conciencia.

Pero hay más aún. El sacramento de la Penitencia nos libera *para* ser libres de verdad. Considerar a la Confesión como una opresión es la manifestación de una vida alejada del centro que es Cristo. Al contrario, pienso que la Confesión es absolutamente indispensable para ser libres con la libertad de Jesús. Entonces vemos todas las cosas no al revés, sino al derecho: en lugar de «evitar la mentira», comenzamos a «vivir en la verdad», y como éste muchos otros ejemplos en los cuales tendremos la experiencia de existir plenamente impulsados por el ideal, más que tensionados por el mal.

## 3. El amor es más fuerte que todo

Esto nos lleva de la mano al tema fundamental de la Iglesia a lo largo de la historia: ¿Qué es más fuerte: el poder o el amor? Autores modernos y antiguos se plantearon el dilema: unos quitaron uno u otro término de la alternativa. La respuesta exacta sólo puede encontrarse en Pablo y en los que, como él, comprendieron cabalmente el misterio de la muerte de Jesús y de los santos. Así, ejemplarmente, concluye el drama de Juana de Arco en la pluma de Paul Claudel: muere ella repitiendo que «el amor es lo más grande». Más grande que la fe. Más que la esperanza. Y por consiguiente, mucho más que el poder. El amor, para usar una expresión de Héctor Mandrioni, «transfinaliza» al poder, lo supera dándole sentido, lo salta por encima y le gana la carrera.

Pero este amor exige de nosotros un elemento vital que no es fácil obtener: la transparencia interior. Basta leer alguna novela de Fedor Dostoiewski, de William Shakespeare, de Miguel de Cervantes o de Thomas Mann, para captar cómo pueden ser los velos y tinieblas que cubren nuestro corazón y lo hacen opaco. Y la vida de un sacerdote no puede ser «opaca» sino transparente. Eso es lo que espera el Pueblo de Dios. ¡Para eso nos llamó el Señor!

El amor de Dios, recibido en su misterio sacramental, al cual contribuimos con la apertura de los pliegues del alma, nos permite ser transparentes. En esta época en que hemos redescubierto la importancia de los actos del creyente (*ex opere operantis*), junto a la celebración del rito (*ex opere operato*) no podemos caer en la simple negación de esas partes. Ni negar el rito y privilegiar las disposiciones del penitente. Ni distribuir absoluciones sin los debidos actos del hombre contrito. Ambos elementos se unen para realizar el misterio salvador en cada persona. Así recibimos el amor de Dios y nos revestimos de claridad interna: vemos nuestra existencia con nuevos ojos, y la existencia de Dios nos hace contemplar de diferente modo la vida de los otros y el transcurso del tiempo o el cambio de espacio.



Por la Confesión de sus miembros incluyendo en primer lugar la de sus ministros, toda la Iglesia se hace transparente de modo que la luz del Espíritu Santo pueda iluminar al mundo. Por eso mismo, la primera tarea de toda auténtica evangelización es el testimonio (cfr *Evangelii Nuntiandi*, n. 26).

### III. EL PERDÓN DE LOS PECADOS: «Remissio peccatorum»

#### 1. Dificultades de la confesión

##### *La actitud de defensa*

Hay algunas dificultades de tipo emocional para dejar de lado el sacramento de la Confesión. La primera es una actitud de defensa que se manifiesta en la vergüenza, el miedo o la angustia ante el «despliegue» de la propia conciencia. Quizás esta actitud sea entre nosotros un problema «cultural» por algunos desvalores de la familia, entre ellos los sistemas represivos de la educación y los argumentos que son expresamente objeto de tabúes. Dejo la investigación de esta probable raíz cultural a otros más expertos. Trataré de considerar este aspecto en la óptica de la fe cristiana.

Cuando hablo de «vergüenza» no me refiero propiamente al pudor, que es una virtud perteneciente a la templanza. Es otra vergüenza la que sentimos delante de la Confesión. Es la vergüenza defensiva. Es decir, un temor ciego y mudo que nos impulsa a quedarnos donde estamos para no ser considerados perdedores. A toda costa, queremos ser vistos como campeones (y quizás lo somos en algún ámbito de las posibles realizaciones humanas) y la inminencia de tener que encarar, o sea, dar la cara, enfrentar, hacer frente a cosas de nuestra vida que preferiríamos no remover, nos detiene de tal modo, que casi sentimos angustia ante la obligación de abrir la conciencia al confesor. Lo mismo sucede al confesor que solamente realiza su ministerio de Reconciliación por oficio y no por la experiencia de su propia vida de penitente: siente angustia y miedo, incluso algo de admiración, frente al creyente que se manifiesta tal cual es y según un examen sin concesiones al deseo de ocultamiento y a la tranquilidad de una existencia «mentirosa».

La exigencia de la confesión nos *inquieta*, es decir, nos saca de la quietud. ¿Podría suceder que el confesor fuera un santo y nos ayudase a ver y encontrar algo que no quisiéramos ni ver ni encontrar!

Si comparamos nuestra vida con la de los santos, nos llama la atención (y nos parece un poco trasnochado) el hecho de que acudieran a confesarse con harta frecuencia. Preferimos seguir en nuestra «acción pastoral» y dar al olvido «lo de antes». Ellos, en cambio, hacían todo lo posible para tener siempre delante sus debilidades y limitaciones. No decía san Pablo acaso: «*Me glorío en mis debilidades*» (2 Co 11,30).

Aquí hace falta meditar nuevamente sobre la vocación del bautizado a recordar su realidad de pecador. En cada Cuaresma, en cada celebración de la Eucaristía y los sacramentos, se comienza por traer a la memoria la condición humana que contribuye a que este mundo sea un «valle de lágrimas» en lugar de hacerlo un «cosmos», una hermosura. No hay vida cristiana sin este encuentro consigo mismo. Me viene a la mente un hecho significativo: Tres personas se jubilaban en una empresa y recibían un agasajo. Dos hombres dieron su testimonio: habían estado esperando este momento desde hacía años para poder ser libres. La mujer, en cambio, dijo tranquilamente: «Nadie pudo quitarme mi libertad y no esperé al día de hoy para ser libre. Mi fe me impulsó a vivir de otra manera, incluso dentro de esta compañía». Ella trató de vivir su fe en la empresa, y su fe incluía la libertad del Espíritu Santo. Llamar «vida» a lo que es huida, es un engaño: es escapar a la vocación primera de nuestro reconocimiento como limitados y no ilimitados. Y en ese reconocimiento, amar a Dios, que nos creó así, amar a los demás y a nosotros mismos, amar al mundo. Éste es el único modo de hallar la *quietud* del corazón, y con ella, el principio de la bienaventuranza. Es posible existir en la falta de memoria de uno mismo. Lo sabemos bien. Y asimismo sabemos cuántas frustraciones, ambiciones, fracasos y mezquindades se ocultan tras la agradable impresión de muchas personas. El triunfo o la victoria vienen exclusivamente cuando encontramos *el perdón*.

No quedaría completo el cuadro si a esta inquietud que proviene de nosotros mismos, no sumásemos la que brota de ciertos nefastos ejemplos que impulsan a perder la confianza en un ministerio bendito de la Iglesia.

Los modelos negativos también provocan inquietud: el no ser escuchados, el no ser respetados, el tomar nuestras cosas a la ligera, el asumir nuestra libertad en lugar de darnos espacio para ejercerla, la manipulación y otras cosas semejantes. Lo enuncio sólo, pero este tema merecería un desarrollo ulterior.

***b) La ira consigo mismo fruto de la huida***

La segunda dificultad es la huida de sí. Ante la memoria que nos pone por delante nuestra existencia, podemos tomar el camino de la huida o el escape. Es mucho más fácil que recordar nuestra limitación. También conduce con facilidad al deseo insaciable, al orgullo, la soberbia y la omnipotencia. Esa huida tiene un triste fruto. Es la ira consigo mismo, que consiste en un sordo reclamo interior ante lo que no somos y deberíamos ser. Para el sacerdote esto es mucho más fuerte, en la medida en que su existencia consiste en mantener un radical equilibrio entre la tensión del servidor de Dios y servidor de su Pueblo: «un hombre como los demás» pero con mayor responsabilidad y mayor conciencia de las aspiraciones evangélicas.

Esta ira hace perder la alegría de vivir y el entusiasmo de transmitir los valores cristianos. Es también escándalo para la comunidad cristiana, que siempre espera de nosotros la dulzura como un fruto del Espíritu Santo.

## ***El relajamiento espiritual***

La tercera dificultad podríamos denominarla «relajamiento» en oposición a la tensión evangélica que es la síntesis de nuestra vida. Es distinto el relajamiento de la relajación o descanso, necesarios para el ocio y el equilibrio interior. El relajamiento es como un aflojamiento o debilidad del organismo espiritual que va ocurriendo de a poco hasta concluir en una mortandad íntima. El relajamiento sería la situación del que no es *ni frío ni caliente* (Ap 3,15) y se manifiesta de varios modos. Ante todo, el dinamismo interior del sacerdote queda como frenado hasta su detenimiento. Luego se siente un fastidio muy grande ante cualquier situación que requiera cierto esfuerzo o que cueste demasiado, incluso que saque de la comodidad en que uno se ha habituado a vivir (comodidad en el sentido más general de «acomodarse» y no implica ni mayor bienestar ni riqueza). Por fin, el relajamiento dificulta los movimientos necesarios para llevar una vida cristiana plena: todo se hace pesado en esa existencia. La persona se vuelve así torpe, lánguida y por consiguiente está muy cerca de perder las fuerzas morales. Esto conduce inmediatamente a dejar el *examen de conciencia* y después a alejarse del sacramento de la Confesión. Es fácil darse cuenta de que esta enfermedad no es exclusiva del sacerdote y, me inclino a pensar que podría reflexionarse mucho sobre ella a partir del vicio de lo que los antiguos teólogos llamaban «acedia» o pereza interior, y que es típica del mundo contemporáneo. Por eso, el contagio es ahora mayor.

Conviene mencionar algunas causas de ese relajamiento. Ante todo, si se aflojan los mecanismos necesarios para mantener una vida cristiana, por ejemplo la oración, el ejercicio de las virtudes, el cumplimiento de los deberes de estado, la rectitud en el obrar para no caer en la negligencia, la rutina y el cinismo (que es una indiferencia por los ideales y sentimientos del prójimo), entonces el creyente perece por falta de alimento interior. Un indicio de este comienzo de enfermedad es cuando se van acortando cada vez más los tiempos dedicados a los mencionados mecanismos. Otra causa puede ser la imprudencia espiritual, que conduce a decisiones inadecuadas, curiosidades malsanas, aceptación sin lucha de las tentaciones. Esta imprudencia va minando el organismo espiritual, así como la anemia debilita al cuerpo humano. Para reconocer esta imprudencia causante de relajamiento basta un poco de conciencia de haber cometido pecados veniales deliberados. Una tercera causa de aflojamiento cristiano proviene de la mentira y la envidia, y se manifiesta en espíritu de codicia material, en aspereza y menosprecio por el prójimo, y en olvido de Dios.

Al meditar sobre estas causas se comprende mejor cómo las tinieblas van oscureciendo la luz íntima de la conciencia y sus juicios se nublan. De aquí nace lo que yo llamaba el «pretexto» o la excusa existencial. El relajamiento lleva a una conciencia laxa que permite la presentación de juicios interiores falsos y el seguimiento de caminos cerrados. Es el principio de la ceguera espiritual contra la cual nos advierte Jesús: *Si un ciego conduce a otro ciego, ambos caerán en el pozo* (Mt 15,14).

Ahora llegamos a tocar aquel estado del que hablé al comienzo de este estudio: el hombre volcado a las cosas y alejado de Dios. Esto bien podría llamarse la «inclinación hacia el mal». La palabra inclinación nos da la clave para visualizar esta situación. No se trata de una caída imprevista de arriba a abajo sino de un deslizamiento insensible hacia abajo. Cuando no se toma una firme decisión, el sacramento de la penitencia puede ser usado para acusarse de trivialidades, y al fin para abandonarlo.

¿Cómo hay que hacer para dar la vuelta? ¿Cómo recobrar la salud espiritual? ¿Cómo recuperar el vigor de la fuerza moral? ¿Cómo volver a escuchar con el corazón la palabra de Jesús que está a la puerta y llama (Ap 3,18-20)? Mi respuesta es la que puede adivinarse ya: *el recurso frecuente al sacramento de la Reconciliación*. Tratemos de buscar juntos todo el beneficio que aporta al alma cristiana este sacramento.

## **2. Aspectos positivos de la Confesión.**

### ***a) La memoria cristiana***

Para el sacramento de la Reconciliación hay un itinerario en cinco pasos:

- a.- examen de conciencia
- b.- dolor de los pecados
- c.- confesión de los pecados
- d.- propósito de enmienda
- e.- aceptar y cumplir la penitencia.

Éste es el itinerario tradicional. Trato en este estudio de tocar lo que me parece el punto neurálgico de este itinerario: la acusación de los pecados en relación a un examen del pasado y a una aceptación del futuro. Estoy convencido de que en ese itinerario el primer impulso proviene de Dios mismo. Esto es lo que hace que nuestro acto de confesión sea mucho más que un acto humano: se transforma en un don de Dios. Por eso, no visualizo aquí

nuestros actos de verbalización como una mera escapatoria a la sensación de culpa, ni reduciría el sacramento a la absolución de la culpa, sino mucho más importante considero que es el *reencuentro* con el misterio de Dios. Tal reencuentro se hace mediante la memoria, y las palabras. En efecto, nuestra memoria nos permite traer al presente todas las experiencias de bien o mal o perplejidad para afirmarlas, rechazarlas o corregirlas. En castellano el verbo *recordar* indica que la memoria es un «volver al corazón». Los hombres sin memoria auténtica, se vuelven cínicos y pierden el corazón. La lengua inglesa posee otro verbo, también significativo para expresar el oficio de la memoria: *remember*. Quiere decir «volver a ser miembros», volver a unir los miembros, reintegrarse en la propia persona. Esto es interesante porque la experiencia prueba que podemos vivir en la modalidad de seres fragmentados, hechos pedazo, desparramados en mil cosas y, como decíamos al comenzar, volcados en las creaturas y alejados de Dios.

La función de la memoria cristiana consiste precisamente en traernos a las raíces de nuestra fe: lo que está grabado en nuestro corazón por el carácter sacramental del Bautismo. Así el repasar nuestra vida a la luz de la memoria es una profunda experiencia de reencuentro y vitalidad. Si algo podemos dar al mundo, como testimonio de nuestra identificación con Cristo en el Bautismo, es una existencia íntegra y no fragmentaria. El hombre fragmentado se pierde en mil rutas y entra en muchos callejones sin salida. Con facilidad puede verse lo serio que es el tema apenas se aplica a la vida del mismo misterio de la confesión. El sacerdote no puede dejarse fragmentar: estamos llamados a vivir con la plena conciencia de la unidad interior de nuestro ser, con el sentido de no estar desmembrado o haber perdido el corazón, que es la peor forma de estar desmemoriado.

Todo ese reencuentro lo logramos al leer el texto de nuestras vidas delante del testigo cualificado por la Iglesia. Es menester que caigan los pretextos, las excusas, de modo que podamos mirarnos como somos: qué somos y quiénes somos. Sin embargo, podemos ser infieles a nuestra memoria a causa de la mecanización de nuestra propia «lectura interior». No basta decir una lista de pecados, tan categorizada que ni el confesor ni el penitente pueden «leerla» y «entenderla». No existe una buena confesión si digo: «me enojé cuatro veces». Ni siquiera los porqués, los cómo y los cuándo pueden medir el sentido y la situación de mi vida. La memoria de las circunstancias nos ayuda a que la confesión sea algo más que una mera manifestación despersonalizada de una lista estereotipada culturalmente de pecados. El ejercicio de memoria cristiana que propongo, aun con el mejor confesor, debe ser siempre *una relación entre personas*. El penitente, aunque sea sacerdote, necesita que el confesor le pregunte: «¿Podría expresarse un poco más sobre eso?». Así, en pocos minutos se entabla un diálogo inesperado que rompe el listado de las culpas para encontrar el fondo de nuestra confusión y debilitamiento. No basta pues enumerar faltas «de modo solipsista y desesperado», sino «a manera de diálogo religioso» (cfr. *Juan Pablo II* 21 de marzo 1984 *L'Osservatore Romano*, 84, ed. cast. p. 191). Entonces la necesidad psicológica de comunicarse por parte del pecador se transformará en el acto por el cual nos descubrimos como infieles y traidores al llamado de Dios. (cfr. *Ibid.*). De este modo, la memoria cobra vida, y la gracia de Dios encuentra corazones dispuestos a escuchar su Palabra y llenarse de la armonía interior que viene del Espíritu de Jesús. San Clemente I decía: «más le vale a un hombre confesar sus caídas, que endurecer su corazón» (Ep. Ad Cor. c. 50 n. 55). La memoria de Cristo que revive en el sacramento, nos ayuda a pasar por el corazón las vidas de todos aquellos que fueron levadura en la comunidad cristiana. Los ejemplos y testimonios de los antiguos misioneros que llevaron el Evangelio por nuestras tierras reviven en la memoria de la fe: ¡cuántos hombres y mujeres fueron signos vivientes de la opción bautismal! La lista de los santos de América Latina, aunque muchos esperan todavía la canonización, es impresionante. La vida penitente y austera de santa Rosa de Lima, el amor por el pueblo de santa Mariana de Quito, la dulzura interior de san Francisco Solano, el espíritu pacífico del beato Roque González, S.I., y otras muchísimas vidas de nuestros evangelizadores, clérigos, religiosos o laicos, se hacen presente en el momento en que decidimos enderezar nuestra existencia, purificar el terreno, sacar las malezas, y dejar que la luz de Dios brille en medio de las tinieblas.

#### **b) Mirarnos con humildad**

Si algún beneficio nos brinda la memoria cristiana es la de seguir el ejemplo de san Pedro y rechazar la actitud de Judas. Este último confesó su culpa delante de los ancianos, pero no obtuvo perdón (cfr. Mt 27,4). Pedro, en cambio, lloró amargamente su infidelidad (cfr. Mt 26,75) y por eso pudo recibir la potestad que le dio Jesús resucitado (cfr. Jn 21,15 ss.). Tenemos que aprender a querernos a nosotros mismos y perdonarnos. La confesión nos permite ver cómo ejecutamos nuestra partitura. El ideal de perfección, el texto de la partitura siempre será Jesús y los que siguieron sus huellas de cerca. Pero lo que interesa es cómo

ejecutamos nosotros la partitura. Debemos repasar la «letra» de nuestra vida y comenzar a leerla en voz alta. La confesión permite al sacerdote recuperar su voz natural, y dejar todas las afonías y ronqueras del espíritu. Y la memoria de la fe se encarga de transmitirnos la gloriosa sinfonía ejecutada por los santos. Con ellos nos animamos a releer el Evangelio y levantar nuestra vida.

Todo esto nos invita a pedir a Dios la virtud de la humildad. Sin ella será casi imposible aceptarnos como limitados y no omnipotentes, como instrumentos y no mesiánicos salvadores, como servidores («ministros») y no amos de los demás. La virtud de la humildad nada tiene que ver con una actitud de desprecio interior que destruye a uno mismo en aparente humillación. Humildad requiere previamente un básico amor y respeto por sí mismo. Sólo así somos capaces de ver con claridad los valores y los desvalores de la ejecución de nuestra partitura o de la lectura de nuestro texto, por seguir usando las analogías anteriores.

Precisamente una humilde confesión nos hace ver tales valores o desvalores. Esto es importante, porque entonces nos damos cuenta de cómo estamos insertados en medio del propio Pueblo cristiano en un determinado lugar geográfico y cultural. Sólo así podemos identificarnos con el tipo de vida cristiana que necesita la comunidad católica en un determinado momento de su historia. Lejos de copiar otros modelos, ejecutamos el nuestro convencidos de que si tiene valor evangélico en lo poco que hacemos, puede entonces llegar a adquirir valor universal.

Hace falta resistir la principal tentación del sacerdocio: pensarse a sí mismos como salvadores. El Sacramento de la Reconciliación nos ayuda a tomar conciencia de que Dios nos cura, nos sana, nos salva. Confesarse es una «fiesta» no porque haya necesidad de exteriorizaciones, sino porque interiormente surge esa sensación de festejo y agradecimiento, como cuando hemos sido dados «de alta» después de una operación quirúrgica. La humildad nos conduce a confesarnos de manera sencilla y personal. La confesión, a su vez, nos lleva a aceptarnos como somos en los distintos momentos de nuestra historia personal. Incluso nos hace tomar conciencia de nuestra inserción cultural para tratar de corregir los desvalores que transmitimos por contagio o inconcientemente.

### **c) *Fuego de vivir***

La fiesta de confesarnos consiste, sobre todo, en este dejarnos vivificar por el Espíritu Santo de Jesús. Sabemos bien cuáles son los frutos del Espíritu (cfr. Ga 5,22 ss.). Especialmente, la alegría, la dulzura y el entusiasmo.

Como ministros ordenados de la Iglesia, nuestras *motivaciones* no pueden reducirse a lo que desde Jesús son puras tentaciones de destrozo interior: el cuerpo por el cuerpo mismo; las riquezas materiales; el poder. El motivo de nuestra existencia sacerdotal es el amor a Dios. Es fuego que no termina en cenizas, sino que se mantiene siempre vivo para llevar a los demás el alma del Evangelio. Pensemos en san Vicente de Paul, dedicando sus noches de anciano a escribir a todas partes para acercar al Pueblo cristiano al misterio de la caridad de Dios, y hacer vivir en sus sacerdotes y consagradas el amor a los pobres y despreciados de este mundo. Pensemos en los venerables mártires que han dejado escritas con su sangre las mejores páginas de la historia de la Iglesia.

Cuando el amor es el motivo, entonces es posible llegar a amar el dolor, como musitaba santa Teresita de Lisieux poco antes de morir.

## **IV. LA COMUNIÓN DE LOS SANTOS: «Communio Sanctorum»**

No quedaría completo el cuadro que intento presentar, si no dedicase una sección de este estudio a contemplar la obra del Espíritu Santo en nuestra confesión sacerdotal. Por la memoria de Cristo o de la fe de la Iglesia recuperamos nuestra conciencia e identidad. Por el acto de fe en Dios Padre vemos al mundo con otros ojos y en nuestro horizonte se insinúa el gran misterio de la trascendencia del hombre. Por la acción del Espíritu Santo, en fin, somos curados en el presente para iniciar ahora el trabajo que necesita el porvenir. Veamos esto con más detalle.

### **1. Curación de la libertad**

La «comunidad de los santos» proclamada en el Credo, no es una realidad del futuro, sino comienza aquí y ahora. La hacemos nosotros desde esta historia y la anima Dios con su Espíritu.

El Espíritu Santo realiza en nuestro interior lo que anunciaron los profetas del Antiguo Testamento y, sobre todo, lo que prometió Jesús: ablanda el corazón y nos enseña todo lo que necesitamos. Esto se realiza, de modo peculiar, en el Sacramento de la Reconciliación. Nuestra libertad, siempre pasible de desviación a causa de la debilidad y del

pecado, necesita reorientarse. Cristo es el «oriente» de nuestra vida y hacia Él nos conduce el Espíritu que Él entregó a su Padre en el momento de cumplirse su hora (cfr. Lc 23,46). El Espíritu Santo no nos quita la libertad en sus varias posibilidades de bien (libertad interior, libertad de solidaridad, libertad para el bien común), sino nos la devuelve curada y sanada.

Para eso se necesita de nuestra parte aprender a *detenernos* en este momento para poder seguir luego el itinerario cristiano, acompañar como auténticos mistagogos la peregrinación del resto del Pueblo cristiano. Sea cual fuere el modo de vivir precisamos este detener por unos instantes toda la acción o inacción. Lo hacemos en la confesión que se transforma así en el tiempo del descanso durante la marcha, el tiempo de la recuperación humana. Y del mismo modo que cuando peregrinamos se requieren esos prójimos, que aun desconocidos, nos brindan una taza de café o una naranja para reconfortarnos y reanimarnos, también en la vida cristiana necesitamos al confesor, ese prójimo «igual que nosotros», que convierte los minutos del Sacramento en encuentro personal y toma de decisión sobre lo que hacemos para servicio de la Iglesia y construcción de la cultura cristiana de nuestro pueblo.

Todo lo que hemos dicho antes cobra nuevo color ahora: confesarse es recuperar la fuerza para tomar las riendas de la vida con mi propia libertad. Éste es el modo como el Espíritu de Jesús actúa en nosotros: no suplanta nuestra libertad, sino simplemente la sana para que ella actúe. De pronto, recobran su figura los ideales evangélicos y nuestra existencia sacerdotal adquiere profundidad. Deliberadamente rechazamos vivir en la superficie, porque ya no tenemos miedo a vernos tal como somos. Valía la pena haberse detenido para volver a seguir. No se puede hacer un viaje sin paradas. Tampoco en la vida cristiana: hay que detener la marcha, para ver con la brújula del Espíritu Santo cómo transita nuestra libertad. Es algo que sucede en el presente, pero que pudo hacerse recurriendo a la memoria, y tendrá consecuencias más adelante.

## 2. Apertura a los ideales

La mirada de la humildad hizo que nos volviéramos hacia Cristo como ideal de nuestro vivir: *para mí vivir es Cristo*, como nos dice san Pablo (cfr. Flp 1,21). En Cristo todas las aspiraciones mejores de la persona humana confluyen: la paz, la justicia, la verdad, el amor, la igualdad, la libertad. En Él, por consiguiente, se descubren los grandes valores que merecen la entrega de nuestra vida por el bien de los demás.

Cada vez que nos confesamos, repasamos esos ideales y, en lugar de caer en el pesimismo de ser «extranjeros» o lo que es igual en el cinismo contemporáneo, volvemos a recibir la gracia del fundamental optimismo cristiano. No hay verdadero creyente que se atreva a decir: «¡He fracasado!», porque Jesús mismo no lo dice. Cada uno, sí, debe pasar por «la hora», pero con la seguridad de que su existencia no es inútil. El Espíritu Santo mantiene a los cristianos alejados del pesimismo que brota de una concepción errónea del pecado original.

Para un sacerdote católico el pecado original es inicio de desarmonía interior, pero nunca corrupción de la naturaleza humana. Por eso la Iglesia nunca aceptó la tesis de que «todas las obras del pecador son pecados», como si el hombre estuviese condenado irremediabilmente y su libertad ya no se contase más. (El Concilio de Trento y san Pío V, en el siglo XVI, y Pío VI en el siglo XVIII rechazaron esa tesis). Al contrario, sostenemos que el pecado original ha dejado a nuestra naturaleza herida, pero no desintegrada. De modo que la acción del Espíritu es, principalmente, una acción sanante y curativa. En el Sacramento de la confesión, experimentamos el amor salvador del Padre, los frutos del Misterio Pascual y nos abrimos a todas las potencialidades de la libertad humana en la búsqueda del bien y la verdad.

En cuanto ministros de la Iglesia, también nosotros necesitamos de la Reconciliación para poder ser los mistagogos de la vida cristiana. Característica de un mistagogo es la de no enseñar previamente el sentido y el significado de las acciones, sino acompañar las experiencias y enseñar durante ellas o después. Podemos comenzar por confesarnos bien y confesar bien, para explicar a los creyentes qué hay detrás de la aparente inutilidad de este sacramento.

Lo que hay detrás es el descubrimiento de que cuando nos confesamos estamos haciendo algo fundamental para ser personas y creyentes. Nadie puede darnos garantías de que las nuevas investigaciones y conocimientos acerca de la personalidad humana, y las nuevas técnicas de la psicología en sus cientos de métodos, hayan cambiado el valor substancial de la Confesión en el catolicismo. Esto es tan importante que pertenece a las raíces culturales de América Latina. Basta la experiencia de haber confesado a las multitudes de nuestros santuarios marianos para comprender bien mi afirmación. Claro que hoy se nos pide dar un paso más y hacer que tales confesiones adquieran la mayor calidad de un trato personalizado, en el cual el penitente tiene algo más que decir que una lista de pecados

preparada de antemano. Ahora necesitamos más mistagogos que acompañen nuestros gestos y nos muevan a leer mejor nuestro texto. Solamente entonces podremos plantearnos nuestra triple relación con Dios, con los demás y con el mundo, y de qué manea tales relaciones fundan la cultura cristiana o la mantienen a lo largo de la historia.

La tensión del cristianismo está precisamente en la necesidad de que *la palabra se haga carne*. Si nuestro decir, al confesarnos, permanece sólo decir, entonces no sirve para nada. Necesitamos el Misterio de la Encarnación, revivido en nuestra propia existencia. Las palabras del confesionario deben tomar cuerpo, cobrar figura, para que se hagan palabras salvadoras. Es cierto que hay cosas inefables, inexpresables. Pero también es cierto que en todas las épocas los artistas, los pintores o escultores, los músicos, los literatos o los filósofos o teólogos han intentado expresar aquello que pertenece al misterio divino. Esto es típicamente católico. En vano se encontrará, entre los ateos, o los modernos satánicos un dibujo humorístico como el que los creyentes hicieron del Demonio. Muchos nos consideran supersticiosos porque veneramos las sagradas imágenes de la fe, mientras ellos adoran sus inmensas bibliotecas secretas llenas de abominación.

La confesión es y será siempre una ocasión de «vivir» encarnadamente. Siempre existe la posibilidad de expresarnos de tal modo que, por la acción del Espíritu comprendamos nuestro ser y podamos zambullirnos en el misterio de Dios.

### **3. Creatividad, imaginación y fantasía pastoral**

Pensar que un sacerdote para confesarse necesita ir a buscar a algún anciano venerable y escondido puede ser una buena idea. En todas las diócesis hay buenos sacerdotes de edad avanzada, disponibles para nuestra confesión. Sin embargo, si detrás de esa idea se esconde la sutileza de que «no se necesitan muchas explicaciones», el sacerdote se equivoca. Para que la confesión adquiera el valor de verdadera originalidad, el sacerdote debe intentar explicar lo inexplicable y expresar lo inexpresable. Ésta es la vida de la fuente pastoral de la Iglesia: si existe algo por lo cual merece vivirse, entonces uno trata de manifestarlo como puede y no recurre a la treta de afirmar que las cosas son demasiado complejas como para explicarlas «a un hombre como yo».

La acción del Espíritu Santo cuando nos confesamos consiste en transformar la pobres palabras de nuestra confesión en algo hermoso. Él traduce nuestra limitación y la convierte en belleza para los demás, sin que nos demos cuenta. Toda la hagiografía cristiana está llena de esta realidad. Aquí puede entenderse mejor este misterio de la «Comunión de los santos», que no incluye sólo a los que reinan con Cristo en la Gloria, sino a los que peregrinamos aún o a los que esperan su completa purificación.

Nuestra confesión sacerdotal es así la primera causa de la belleza de una comunidad cristiana: porque el Espíritu actúa para transformar nuestra frágil humanidad en poderoso instrumento de salvación. Cuando nos animamos a «decirnos» y explicarnos completamente ante uno «igual que nosotros», nos sacamos de delante de los ojos la nube que nos cubre y alejamos de la existencia la opacidad y la negrura. Recién allí comienza esa capacidad inventiva, creadora, fantasiosa y genial que puede verse en la vida de los santos, y que nos sirve de modelo pastoral a los sacerdotes de hoy.

Para introducir en la «comunión del Espíritu» se requieren hoy los auténticos mistagogos que expliquen como puedan, con la simplicidad de Jesús, todo lo indefinible, impalpable, inefable. Si no lo explican es porque no saben nada, como esos sermones para adultos que provocan el total aburrimiento de los niños y tampoco sirven para los grandes. Es preferible un sermón para niños a quienes no se puede envolver con muchas palabras. Y los adultos creyentes están dispuestos a hacerse como niños (cfr. *Mc* 10,15) con tal de recibir una migaja del misterio de salvación.

El sacerdote reconciliado y penitente no está paralizado: no se queda anclado en medio de dos mundos, no pierde pie porque nazcan nuevas culturas ateas, agnósticas o mágicas; no se somete como esclavo a la señora rutina; no se deja morir en la falsa seriedad. Por el contrario, su vida de «confesor» se dinamiza; su acción se multiplica; su tarea evangelizadora cobra nuevo vigor; es señor de sí mismo; y si muere, lo hace con buen humor.

Recuerdo a un sacerdote enfermo a quien los médicos habían desahuciado, que se moría lentamente añorando los días de su actividad. Como podía caminar, pensar y vivir, pese a sus dolores, lo invité un día sin previo aviso a que se levantase de su triste cama de moribundo y viniese cada día a la sede parroquial. «Si te debes morir, lo mejor es que te mueras contento rodeado de quienes te queremos», le dije. ¡Me miró con ojos atónitos! No dijo nada. Al día siguiente comenzó a venir a la iglesia parroquial. Su presencia me permitió tocar de cerca esa misteriosa «comunión de los santos», cuyo solo pensamiento nos llena de gozo y de esperanza.

## V. CONCLUSIÓN

Ya es tiempo de dar término a este ensayo sobre la Confesión de los sacerdotes. Voluntariamente, me he apartado de una visión histórica del Sacramento de la Reconciliación. No puedo estar de acuerdo con los teólogos positivos que en los últimos años han escrito sobre este Sacramento sacando «sus» lecciones de la historia. Mi punto de partida es que la Iglesia posee este Sacramento como parte del depósito de la fe y no está dispuesta a arrinconarlo en alguna oscura sacristía. Necesitamos la Penitencia y la Confesión en este momento de la historia, y los primeros en redescubrir su importancia debemos ser nosotros.

Cómo confesaban los monjes irlandeses en Francia o qué manuales usaron en el siglo XIX, es interesante conocerlo, pero puede conducirnos a una pista falsa, igual que muchos libros de historia o tratados teológicos actuales preparados sobre la base de los pecados de una comunidad, como el que escribió el Dr. Hans Küng hace veinte años.

Es preferible quedarnos simplemente con la convicción de que es una historia admirable, capaz de trabar la lengua de cualquiera, pues siempre el hombre ha sentido el deseo de echar la culpa a otro, como hizo Adán con Eva y Eva con la serpiente (cfr. *Gn* 3,12-13), o de excusarse de su culpa, como hizo Caín después de haber asesinado a Abel (cfr. *Gn* 4,9). Lo importante es que a lo largo de la vida de la Iglesia y hoy también resuenan las palabras de Jesús instituyendo este Sacramento (cfr. *Jn* 20,22-23).

Las delicias de un niño frente a una historia es que ésta sea agradable. Igual nosotros necesitamos deleitarnos con la experiencia histórica de este Sacramento, que ha variado tanto como varía la sabiduría humana en el transcurso de los siglos. Y aquí nos hallamos, con el deseo de renovar nuestra identidad sacerdotal aproximándonos otra vez y con frecuencia al Sacramento de la Reconciliación.

### 1. El ministerio sacramental de la Confesión

Hay un primer elemento a tener en consideración. Me refiero al uso del tiempo en el mundo contemporáneo. Dedicamos tiempo a muchas cosas nuevas que absorben la vida. Desde hace 25 años han sido tan grandes las nuevas tendencias y tan fantásticos los inventos, que aún no hemos podido tomar una cierta distancia de lo que en apariencia es muy útil pero nos quita el tiempo de vivir.

Todo el mundo espiritual que hemos mencionado hasta aquí presupone una decisión acerca del tiempo y de cómo queremos destinar las horas de nuestra vida. La experiencia exige establecer una jerarquía de valores con la cual medir nuestra dedicación a Dios, a la gente, al trabajo. Con estas prioridades puedo interrogarme sobre cómo ejercito las virtudes, cómo cuido al Pueblo de Dios, cómo atiendo a mi responsabilidad pastoral, cómo vivo mi sacerdocio y, en fin, cómo soy yo mismo y cómo vivo. Sólo mis prioridades me darán el tiempo de retiro, silencio y soledad para escuchar íntimamente lo mucho que Dios quiere decirme, y no escudarme en lo muy ocupado que estoy. Sólo estableciendo las prioridades para mi tiempo humano y moral, puedo reconocer la importancia de dedicarme a promover la fraternidad sacerdotal y comprender que mis hermanos ministros, diáconos, presbíteros y obispos, esperan mucho de mi presencia, de mi palabra y mi ayuda. Ese tiempo, no habrá sido perdido, sino «encontrado»: ¡cuántas cosas aprendemos sobre la caridad de un buen pastor, en contacto con nuestros hermanos!

Se requiere, pues, cuidar el tiempo y especialmente el reservado para nuestra Confesión. Cada uno debe establecer cuál es el tiempo de quietud que va a ofrecer para su propio examen, contrición y Confesión. Ya en esta decisión acerca del tiempo, está Dios actuando gratuitamente en favor nuestro, preparando el camino del encuentro con su perdón.

El segundo elemento a considerar es el sentido del Sacramento. Sólo un gran amor por la Iglesia nos hace captar todo lo que significa la Reconciliación en nuestra comunidad de creyentes, y cómo es preciso que estemos dispuestos a perdonar de corazón (cfr. *Mt* 6,14-15). Hace falta acercarse y desear la mediación de la Iglesia, pues eso corresponde muy bien a la lógica de la Encarnación. En efecto, a través del confesor, que hace presente a Cristo, Dios nos ofrece el perdón. ¿Por qué no aceptar gustosos ese ofrecimiento y dejarnos salvar según el modo encarnado de esta historia? Sobre todo, nos debe apremiar el pensamiento de que el perdón del Sacramento no nos hace olvidar nuestro pasado sino recuperarlo; más aún, conociendo el pasado, nos hace cambiar de vida (cfr. *Juan Pablo II*, 22 y 29 Feb. 1984, en *L'Osservatore Romano*, 1984, ed. cast., p. 119 y 143).

El tiempo que empleamos para nuestra Confesión es un signo, escondido para los demás, de nuestro real amor a Cristo y a su Iglesia, y de nuestro reconocimiento a Dios por habernos confiado el ministerio de *un don* tan grande.

### 2. Preparados para ser reconciliadores



Cada vez que nos confesamos y hacemos de ello un encuentro personal, nos preparamos para ser auténticos confesores.

Cuando hablo del encuentro personal me refiero a una Confesión donde ni el confesor, ni el penitente sean «eso» sino «tú». El diálogo humano se da realmente en un «yo – tú», aunque siempre estemos tentados en convertirlo en un «yo – eso». Descubrirme a mí mismo, contemplarme como Dios me ve mediante mi propia Confesión, es uno de los mejores modos para ser ministro del Sacramento. El Papa Juan Pablo II nos alerta hoy contra el «ritualismo del anonimato», movimiento pendular al que nos condujo el «ritualismo individualista» (cfr. *L'Osservatore Romano*, 1984, ed. cast., p. 203). La dimensión comunitaria y social de la Reconciliación pasa por un diálogo personalizado y lleno de caridad. No hay que confundir ritos colectivos con comunidad. La comunidad creyente siempre pasa por la persona redimida.

### **La Iglesia tiene memoria**

Todo nuestro esfuerzo para mostrar la importancia capital de la Confesión para los mismos sacerdotes se sintetiza en esta nueva vida cristiana en la cual la memoria es rescatada del olvido. Únicamente así evitamos ser hombres fragmentados y somos principio de comunión entre los fieles.

Existe un motivo para rescatar nuestra memoria: la Iglesia también tiene memoria. Por eso, vuelven cada año a pasar por el corazón de los creyentes los misterios de la vida de Cristo y el recuerdo de los santos. Todo el misterio de la fe se hace presente en este «hoy» que nos trae ahora la memoria de toda la historia de salvación con todos y cada uno de sus protagonistas, especialmente de aquellos cuyas vidas fueron un testimonio viviente de la misericordia y la justicia de Dios.

### **El examen de conciencia cotidiano**

Para dar espesura a nuestra vida cristiana es preciso recuperar una práctica sencilla que nos propone la Iglesia al recitar el oficio de Completas: el examen de conciencia. No se requieren muchos minutos. Los suficientes para desarrollar nuestro día y asegurar nuestra fidelidad al Señor. Por eso, conviene destinar un breve tiempo a estas Completas, con atención y concentración. Es el momento de la vuelta a nosotros mismos, de dejar las cosas y dedicarnos con toda humildad a suplicar la misericordia de Dios Padre y la luz del Espíritu Santo sobre nuestras acciones, palabras, pensamientos y omisiones. Este ejercicio, repetido cada noche, romperá la distracción y nos acercará a Dios, el verdadero centro de nuestra vida.

### **Recobrar la identidad mediante la Confesión sacramental**

El interrogante del comienzo ha sido respondido: el sacerdote católico se acerca al centro de su conciencia y asume cada vez mejor su identidad de Ministro de Cristo y servidor de la Iglesia, mediante su propia Confesión realizada como encuentro personal en donde decimos nuestro más íntimo texto, en el marco del propio contexto, y evitamos todos los pretextos y autojustificaciones.

Concluyo con lo que me parece ser la clave para interpretar todo este estudio. El Sacramento no es un mero ejercicio psicológico del esfuerzo de nuestra libertad. El Sacramento es, primaria y principalmente, el don de la misericordia de Dios a través de la mediación del ministro humano que actúa como presencia del Verbo encarnado en la historia. Porque es *un don* del amor de Dios, el perdón que recibimos no se conforma con reconocer la culpa, sino que la borra, no de la memoria, sino en cuanto angustia y desesperación. De esta manera en vez de vivir olvidados de quienes somos, recibimos la fuerza del Espíritu Santo para ser hombres auténticos. Más aún, nuestra humildad queda recompensada porque el mismo Espíritu Santo empieza a ser en nosotros un nuevo principio dinámico de actividad y vida (cfr. *Ga 5,18*).

La Confesión personal, en la que me cuento en mis culpas y responsabilidades, con el perdón y la recuperación de mí mismo, hace nacer en mí una gran alegría en mi limitación. En lugar de desear lo ilimitado, como si quisiera levantar nuevos rascacielos de Babel, mi corazón queda satisfecho y gozoso. Los antiguos llamaban a esto *com-punctio*, o sea, sentimiento del pecado como aquello que nos desinfla, nos quita la figura, nos hiere y nos lastima (cfr. *Juan Pablo II*, 8 de abril 1984 en *L'Osservatore Romano*, 1984, ed. cast., p. 227). No es, como dicen algunos autores, la tristeza y angustia que proviene del conocimiento de nuestros pecados sino exactamente lo contrario: la alegría y la comunión con Cristo, vencedor del pecado y el agradecimiento a Dios por su misericordia y porque nos ha dado la Gracia de reconocer nuestra fragilidad. Más aún, la compunción es lo que permite descubrir las opciones y compromisos de una vida auténticamente cristiana y servicial.

Puedan estas páginas servir de ayuda a mis hermanos sacerdotes en el redescubrimiento del valor que posee para nuestra identidad de ministros el Sacramento de la Reconciliación. Y la Santísima Virgen, auxilio de los cristianos, nos acompañe en esta peregrinación hacia Jesús.

## **ESTUDIO CRISIS Y ABANDONOS MINISTERIALES: ¿UN PROBLEMA SIN SOLUCIÓN?**

---

*Pbro. Pedro Oeyen*<sup>1</sup>

### **PRESENTACIÓN**

Hace casi 40 años que entré al seminario, tengo 32 de vida sacerdotal y a lo largo de este tiempo he visto innumerables sacerdotes que abandonaron el ministerio, algunos de ellos muy cercanos y queridos.

Hay poco escrito sobre este tema, aunque a menudo se hace referencia a él en relación a otros aspectos de la vida sacerdotal. Por eso quise poner por escrito algunas ideas. Mi intención es hacer un aporte que permita iniciar un intercambio. No pretendo agotar el tema, ni que todos coincidan conmigo, sino que estas líneas se enriquezcan y corrijan con otras opiniones.

### **LOS DATOS DE LA REALIDAD Y SUS CAUSAS**

#### **Los datos**

En el Anuario estadístico de la Santa Sede aparece siempre un cuadro dedicado a los sacerdotes. En él se indica cuántos son diocesanos, religiosos, los que murieron, el número de seminaristas, de los que se ordenaron y también de los que abandonaron el ministerio. Sería interesante hacer un estudio más profundo sobre esos números. Yo no lo hice, pero me impresionó ver que todos los años centenares y a veces miles de sacerdotes de diversos continentes abandonan el estado clerical.

Pude observar que en ciertos momentos y lugares esto adquiere proporciones alarmantes: por ejemplo, en Europa por muchos años fueron más los que se murieron y abandonaron que los que se ordenaron. Esto provocó un descenso notable del número total.

A un nivel mucho más modesto averigüé en mi diócesis, en otras cercanas y en algunas congregaciones religiosas. Llegué a la conclusión de que en los últimos 40 años entre el 10 y el 15% de los sacerdotes abandonaron el ministerio. Sin duda habrá lugares donde este promedio es más bajo y otros en los que es superior. Creo que en los centros urbanos importantes el problema es más mayor que en las zonas rurales.

Aunque es imposible cuantificarlos, a ellos hay que agregar aquellos sacerdotes que permaneciendo en el ministerio son auténticos “muertos en vida”, según la expresión del Apocalipsis: *Aparentemente vives, pero en realidad estás muerto* (3, 1). Es decir, han perdido toda motivación sacerdotal.

#### **Las causas**

De lo señalado se sigue que estamos ante un problema serio. Si se tratara de un caso aislado deberíamos preocuparnos por tratarse de un hijo de Dios y sacerdote de la Iglesia. ¡Pero se trata de miles en el mundo entero y durante muchos años! Necesariamente debemos preguntarnos cuáles son las causas.

La respuesta no es sencilla porque implica entrar en el misterio de cada persona, allí donde se juega el encuentro entre la gracia de Dios y la libertad de cada hombre. Sin embargo, hay elementos exteriores que nos permiten aportar algunos datos.

#### **La cuestión del celibato**

Sin duda el elemento exterior más común en los abandonos es que la mayor parte, al cabo de poco tiempo se casan o se unen a una mujer. De allí la opinión pública, alentada por los medios de comunicación, ha deducido que la causa principal de dichos abandonos estaba íntimamente ligada a temas relacionados con el celibato: dificultad de vivirlo, enamoramientos, sacerdotes que dejan embarazada una chica, etc.

Es indudable que estos hechos existen y son reales. También es evidente que influyen en ese momento otros factores ligados a los anteriores: crisis afectivas, inmadurez o ingenuidad sexual, desconocimiento de la fuerza que tiene el amor humano, etc.

---

<sup>1</sup> Párroco de la Catedral de San Isidro y autor de varios textos de catequesis familiar. Fue profesor de teología pastoral en el seminario diocesano, Canciller y Vicario General.

Pero creo que a menudo el problema principal no pasa por allí. La cuestión del celibato puede estar en el origen o en la conclusión de una crisis que desemboca en un abandono, pero hay además otros factores que influyen muy poderosamente y que es importante considerar.

Me remito a un análisis sucinto de las causas que estuvieron presentes en los abandonos ocurridos en estos últimos 40 años de la historia de la Iglesia y del mundo.

### **La cuestión de la fe. Etapa anterior al Concilio**

Antes del Concilio Vaticano II (1962-65) existían casos de abandono. Si bien yo era muy joven como para poder analizar sus causas, he podido hablar con sacerdotes mayores que me ilustraron al respecto.

Eran menos frecuentes y se los calificaba de “apostasía”. Hubo una película famosa a fines de los años 50 que trataba el tema y se llamaba *El renegado*. La Iglesia, salvo rarísimas excepciones, no otorgaba la dispensa de los compromisos sacerdotales, excepto “in artículo mortis” y sancionaba con excomunión automática al “cura apóstata”.

El rigor de estas normas no impedía las defecciones, aunque quizá las limitaba. Por ciertos datos que pude reunir, creo que en esa época eran más frecuentes que ahora los casos de los “muertos en vida” a los que aludía anteriormente: aquellos que no abandonaban el ministerio, pero perdían toda motivación sacerdotal.

Al señalarlos como “apóstatas”, se identificaba abandono del ministerio con abandono de la fe. A mi juicio, esto tiene un aspecto real y otro erróneo.

El real es que, entre otros elementos, hay que tener en cuenta el tema de la fe. Suele haber una crisis o decaimiento de ella. El sacerdote en esa situación duda de la misericordia divina, de su vocación, de la Iglesia, de sus superiores y de sí mismo. Estas dudas se hacen tan profundas que prefiere abandonar el ministerio a seguir celebrando o predicando una fe que no le da respuestas a sus propios interrogantes.

Pero es erróneo pensar que la crisis se mueva sólo en ese plano o que todos los que se van abandonen la fe. Muchos ex-curas formaron familias cristianas y educaron cristianamente a sus hijos.

Tampoco es cierto que sólo con fe se pueden solucionar todos los conflictos y problemas. Dificultades con los superiores, crisis afectivas, fracasos pastorales y otros, normalmente deben solucionarse también desde lo humano para no caer el fideísmo de los dicen: *Sólo la fe basta*.

Aunque hay ejemplos de fe heroica. Sacerdotes como Henri de Lubac S.J. o Marie-Joseph Lagrange O.P. (fundador de la Escuela Bíblica de Jerusalén) que fueron sospechados de herejía respectivamente por sus enseñanzas sobre la Iglesia y la Biblia. Sufrieron ostracismo, prohibición de enseñar y editar libros, incompreensión, persecución de sus superiores y hasta del máximo nivel eclesiástico.

Sin embargo se mantuvieron fieles, obedientes y esperaron durante muchos años que la Iglesia reconociera lo acertado de lo que proponían. En el caso del P. Lagrange el reconocimiento sólo llegó después de su muerte. Gracias a su fe perseveraron hasta el fin, creyeron en el poder del Espíritu Santo que ilumina y guía a la Iglesia y así la sirvieron.

Sin duda son ejemplos admirables y heroicos. Pero no todos tienen pasta de héroes...

De hecho, la Iglesia reconoció que apostasía y abandono ministerial eran dos cosas distintas cuando a raíz del Concilio dejó de usar la terminología anterior.

### **La cuestión de la identidad teológica. La década del 60**

El Concilio Vaticano II y la época inmediatamente posterior trajo un cambio importante en el tema que estamos tratando. En él la Iglesia, movida por un fenomenal soplo del Espíritu, trató de responder a lo que planteara Juan XXIII en la sesión de apertura: *El mundo nos interroga: Iglesia, dime quién eres*.

Durante unos años todos los aspectos de la vida eclesial fueron cuestionados y cuestionables. Entre otros, también el sacerdocio. Todas las teorías y replanteos fueron válidos, dentro y fuera del aula conciliar. A veces esto generó confusión.

Al final, en los documentos conciliares, se plasmaron muchas de las nuevas ideas sobre el episcopado y el laicado, pero el presbiterado quedó en un especie de cono de sombra. Para unos sin suficiente renovación, para otros habiendo perdido su identidad. De hecho es el único tema que en estos últimos 35 años ha sido retomado y tratado en dos Sínodos diferentes (1971 y 1990), lo cual demuestra que el trabajo conciliar había quedado incompleto.

La discusión de ese tiempo trajo una enorme conmoción en el ámbito sacerdotal y hubo un abandono masivo del ministerio. Sin duda, una parte importante podría ser atribuida a aquellos que habían entrado en crisis anteriormente, que no se animaban a irse por temor al rigor de las sanciones y aprovecharon la situación favorable para “blanquear” su situación.

Pero también son muchos los que se fueron porque entraron en una crisis de identidad teológica. No encontraban una respuesta adecuada a las preguntas: *¿Para qué está el presbítero en el Iglesia? ¿Cuáles son su función, misión y las características de su vida?*

Decían: *Me han cambiado las reglas de juego, cuando yo me ordené esto se entendía de otra manera, ya no me siento cómodo con esta imagen desdibujada del sacerdocio.*

Otros, aferrándose a alguna de las teorías en boga, afirmaban: *Tarde o temprano el celibato será optativo. Como tantas otras cosas que el Concilio cambió, esto también va a llegar.*

Algunos de los que se casaron estaban convencidos de que eran profetas de un cambio que inevitablemente vendría y seguían celebrando misa. Otros abandonaban el ministerio pero no pedían la dispensa porque esperaban que la Iglesia los aceptara y pudieran volver a ejercerlo. Argentina fue el único país del mundo en el que un obispo se casó y además promovió reuniones internacionales de ex-sacerdotes casados, varias de ellas en Roma. He conocido uno que instaló un sagrario en su dormitorio matrimonial y mantuvo allí hostias consagradas por él durante más de 20 años.

La fuga masiva de sacerdotes fue uno de los temas que más hizo sufrir a Pablo VI durante su pontificado. Comenzó flexibilizando las condiciones para “reducirlos al estado laical”<sup>2</sup>. Les permitió casarse por Iglesia y llevar una vida eclesial casi normal; sólo había unas pocas restricciones: la celebración del matrimonio debía ser privada y los ex-curas no podían enseñar religión en institutos católicos ni parroquias.

En la práctica llegó a ser tan fácil obtenerla que algunos la pedían y seguían ejerciendo el ministerio hasta que llegara. Luego se casaban y comenzaban a vivir como laicos. Así es como muchos se fueron en medio de la crisis, fracasaron en su matrimonio o vida laical y al cabo de poco tiempo quisieron volver. Pero ya no pudieron hacerlo.

Hoy en día la reflexión teológica sobre el sacerdocio ha avanzado y se han clarificado los aspectos oscuros. Además ha cambiado la legislación sobre la dispensa. Sin embargo en muchos sacerdotes sigue estando presente una crisis de identidad. Se preguntan para qué o por qué ser curas y, si no encuentran una respuesta que los satisfaga, se agrava su conflicto.

O bien, no han encontrado un estilo de vida acorde con su identidad: por tratar de llevar una vida “normal” se exponen a constantes tentaciones o situaciones ambiguas que dificultan la perseverancia y la fidelidad a los compromisos que libremente asumieron al ser ordenados.

## **Los conflictos ideológicos. La década del 70**

Una ideología es un sistema cerrado de pensamiento desde el cual se pretende interpretar la realidad y resolver todos los problemas.

Ya en la década anterior habían aparecido los conflictos ideológicos en el mundo y se acentuaron a lo largo de ésta. Hacia fines de los años 60 el socialismo aparecía como una alternativa de cambio. Surgieron los movimientos revolucionarios alentados y, muchas veces, financiados por los países comunistas.

En la Iglesia aparecieron los “cristianos para el socialismo”, hubo sacerdotes que abiertamente apoyaron a los grupos guerrilleros y en Nicaragua se llegó a fundar una “Iglesia popular” de neto corte marxista.

Al mismo tiempo se formuló la “doctrina de la seguridad nacional”, promovida y alentada desde los países capitalistas. Las fuerzas armadas la asumieron como propia y los sacerdotes vinculados con ellas y/o afines a su pensamiento, avalaron la represión violenta.

El conflicto ideológico se instaló así también en el seno de la Iglesia y entre los sacerdotes. Por las opciones que hacían entraban en conflicto con sus superiores, obispos, diócesis, congregaciones y/o comunidades.

Hubo sacerdotes, seminaristas, religiosos y religiosas que abandonaron su estado para entrar en la guerrilla. Otros que se fueron cuando vieron que algunos obispos y sacerdotes avalaban la tortura, la desaparición y eliminación de personas o bien entraron en crisis profundas después de haberlas justificado.

---

<sup>2</sup> Hoy esto se denomina con mayor verdad: “dispensa de las obligaciones sacerdotales y asimilación al estado laical”.

Pero, además, en muchísimos casos en que las ideologías políticas no tenían nada que ver, se ideologizaron conflictos y posturas grupales o personales. Ideologizar una opinión es pretender erigirse en dueño de la verdad y no aceptar ninguna otra.

De este modo se generaron tensiones en el cuerpo de la Iglesia: los renovadores se oponían a los conservadores y lefevbristas, los tercermundistas a los integristas, la Acción Católica a los nuevos movimientos laicales, los que trabajaban en asistencia o promoción humana a los que promovían la liberación, los que pretendían una re-evangelización a los que defendían la importancia de los sacramentos, los que usaban sotana a los que asumían vestimentas laicales, etc.

Las ideologías y las posturas ideológicas en un primer momento aglutinan a los que piensan de una manera semejante o tienen un objetivo común. Luego inevitablemente producen rupturas con los que no piensan como ellos y finalmente también múltiples fracturas internas. Porque cuando algo parcial se convierte en absoluto, basta que se pretenda introducir la más leve variante para que algunos se nieguen a aceptarla, rechacen a los “innovadores” o se vayan ellos mismos.

En esta época varias diócesis, seminarios y congregaciones sufrieron la pérdida conjunta y simultánea de muchos de sus miembros. Esto también afectó a congregaciones religiosas femeninas y laicales masculinas. En algunos casos hasta la mitad de sus integrantes se fueron de un día para el otro. Algunos cambiaron de diócesis o armaron su propia congregación, pero muchos abandonaron definitivamente la vida consagrada.

Las razones aparentemente eran diversas, pero la actitud era la misma: había una intransigencia en aceptar que el grupo que uno integraba pudiera estar equivocado o sólo parcialmente tuviera razón en sus planteos pastorales, eclesiales o sacerdotales. Debido a ello, frecuentemente se generaban conflictos con la autoridad en los que no quedaba más alternativa que irse.

Pablo VI en este período otorgó con facilidad la dispensa a los que la solicitaron.

Hoy en día han desaparecido los conflictos ideológicos de tipo político. Sin embargo, sigue habiendo posturas ideológicas en el seno de la Iglesia y entre los sacerdotes. También siempre existe la tentación de ideologizar un conflicto. Ambas realidades aún causan crisis en algunos sacerdotes y los llevan a veces a abandonos ministeriales.

### **Los conflictos personales. La década de los 80**

La Iglesia entró en una etapa de mayor autodefinición: se promulgó el nuevo Código de derecho canónico, se prohibieron las experiencias litúrgicas, se limitaron enormemente las causas de dispensas, se establecieron nuevas normas para los seminarios y para la vida y el ministerio de los sacerdotes, etc.

En el mundo desapareció el conflicto ideológico de origen político con la caída del comunismo. No es que las ideologías hayan muerto, como se dijo más de una vez, sino que una de ellas venció, eliminó a la otra e impone sus criterios a todo el planeta: hoy a través de las todopoderosas “leyes del mercado”, se pretende explicar y solucionar todo.

En Argentina, después del horror del terrorismo, de la represión y de la loca aventura de la guerra de las Malvinas, se accedió a la democracia con entusiasmo e ilusión, pero pronto esto dio paso a la apatía y al desencanto. Los políticos y sindicalistas pasaron de los máximos niveles de credibilidad a estar más abajo que los mismos militares.

Apareció la crisis económica, la caída de un estado paternalista todopoderoso y burocratizado, la inseguridad en las calles, la crisis en la justicia y se cerraron empresas. Cada uno quedó librado a sus propias fuerzas para poder salir adelante, muchos sucumbieron, se quedaron sin trabajo; la clase media se empobreció y los pobres se pauperizaron...

Al mismo tiempo se multiplicaron las crisis personales de los sacerdotes: algunos recién ordenados ya abandonaban el ministerio, otros que ya tenían 10 o 15 años de vida sacerdotal de un día para el otro se venían abajo. Aparecieron problemas de convivencia entre ellos, conflictos con la autoridad, crisis afectivas, actitudes sexuales inmaduras, traumas psicológicos, problemas con sus comunidades parroquiales, fracasos pastorales, insatisfacciones personales, etc.

Ya no se trataba de situaciones masivas como en las décadas anteriores, sino de un lento desangrar, una sucesión de abandonos que no se acababa nunca. A veces, por un especie de “efecto dominó” dos o tres se encadenaban, pero en general cada uno respondía a un problema personal diverso.

Me decía un obispo: *No entiendo por qué pasa esto ahora, que las cosas están más tranquilas en la Iglesia, en el mundo y en el país.* Mi respuesta es que se perdieron los ideales de cambio en la Iglesia, el atractivo galvanizante y la fuerza aglutinadora de las ideologías,

que permitían relativizar los problemas personales y fundirlos en una gran causa común por la que había que luchar. Hoy el resto de la gente y los sacerdotes están más expuestos a tropezar con sus propios límites, pecados y conflictos ocultos o aparentes.

El liberalismo triunfante tiene una raíz profundamente individualista. Esto y los demás factores recién expuestos, hace que cada uno se mire más a sí mismo, busque más su realización y felicidad personal y pierda la dimensión de su misión, la dimensión de lo que significa entregarse a una causa u objetivo que le da sentido a la vida.

Por eso mismo, su identidad se torna más vulnerable y frágil, sujeta a sus estados de ánimo y a las limitaciones que surgen de su propia persona, del medio y condiciones en las que desarrolla su ministerio.

Esta situación persiste aún hoy en día y mucho temo que vaya a prolongarse por bastante tiempo.

### **El desgaste que producen los ambientes más conflictivos. La década del 90**

Como fruto de la crisis económica y de la aplicación de las famosas “leyes del mercado” son cada día más las víctimas del sistema impuesto. A los sacerdotes les ha tocado muchas veces transformarse en asistentes sociales y receptáculos de todas las angustias de los excluidos. Han debido levantar comedores populares, vivir en barrios marginales, tratar de recuperar drogadictos, menores en riesgo, chicos de la calle, jóvenes delincuentes, etc.

En la década del 90 algunos de estos sacerdotes que parecían llenos de fervor y entrega, de pronto entraron en crisis y abandonaron el ministerio. La cantidad de casos que provienen esos medios altamente conflictivos es mucho mayor que la de los que se desempeñan en ambientes más favorables.

Ya había pasado en Francia a fines de la década del 50 con la experiencia de los curas obreros. Pretendieron transformarse en obreros para penetrar con el evangelio ese ambiente. No sólo fue un fracaso pastoral porque el objetivo no se logró, sino que además muchos se fueron. Y también en Argentina a principios de los años 60, cuando comenzaba la televisión comercial, varios sacerdotes se introdujeron en ella pero casi todos terminaron renunciando al estado clerical.

La conclusión es que cuando no están preparados para ello, no tienen capacitación específica y no tienen un acompañamiento adecuado desde lo estructural de la Iglesia, la sucesión ininterrumpida de conflictos y dificultades en ambientes pastorales adversos termina por quebrar a más de uno.

En esta misma situación se encuentran aquellos que, por diversos motivos, viven una gran soledad humana y sacerdotal. Al quedar aislados, se quiebran con mayor facilidad.

### **Resumiendo**

Podemos afirmar después de este análisis que hay un conjunto de causas, situaciones y factores eclesiales, históricos, ambientales, políticos, religiosos y personales que influyen en las crisis y abandonos ministeriales. Según las épocas e individuos, cada uno de ellos lo afecta de diversa manera.

## **2. ¿QUÉ MEDIOS SE UTILIZARON?**

Como el problema de las crisis y abandonos no es nuevo, a lo largo de estos años se utilizaron diferentes medios para ayudar a los sacerdotes y evitar que se produzcan alejamientos. Propongo un análisis de los más comunes:

### **Retiros espirituales**

Es frecuente que se los invite a hacer un retiro espiritual o un tiempo más prolongado de oración en un monasterio. Si la crisis es de origen sólo espiritual y el candidato está dispuesto a hacer una profunda experiencia de Dios, éste puede ser un buen remedio.

Pero en general no lo es. Porque rara vez el problema es sólo espiritual y porque el sacerdote en crisis no suele estar en condiciones de dejarse interrogar profundamente por Dios. Antes debe dar otros pasos.

Uno de los casos que conocí fue enviado a hacer el mes de ejercicios de san Ignacio. Volvió diciendo: *Me tocó un director de lo más cerrado y obtuso. No entendía para nada mi problema, así que me dediqué a hacer los ejercicios por mi cuenta, sin darle bolilla.* El

resultado fue que terminó más convencido de sus ideas que antes y al poco tiempo se casó. No tuvo capacidad de escuchar a Dios, sólo se encontró consigo mismo.

No por nada san Ignacio de Loyola, profundo conocedor del alma humana, decía que no deben hacerse los ejercicios espirituales para resolver conflictos. Pensar lo contrario sería caer en un fideísmo, como ya comenté anteriormente.

### **Mandarlos a estudiar afuera**

Éste es otro recuso habitual. Cuando estuve en Roma para hacer unos cursos de actualización con motivo de los 20 años de mi ordenación sacerdotal, descubrí que muchos de mis compañeros estaban allí por estar pasando graves crisis vocacionales.

Si el problema por el que atraviesa el sacerdote es externo a su persona: fracaso pastoral, conflicto con sus superiores, desinteligencias con su comunidad parroquial, persecución política, etc. y el candidato desea tomar distancia para poder verlo más objetivamente o serenarse, éste puede ser un medio adecuado.

Pero si la crisis que sufre no es sólo exterior sino interior, sea que haya internalizado el conflicto exterior o que él mismo sea la fuente de su problema, esta solución es absolutamente contraproducente.

El sacerdote en crisis se va lejos, pero lleva el problema consigo y pierde los puntos de apoyo que podrían ayudarlo a encontrar la solución: amigos, familiares, sacerdotes conocidos en los que puede confiar, gente que lo aprecia, ámbito humano, cultural y religioso propios, etc.

En definitiva a su crisis se suma un problema de desarraigo que la potencia y multiplica. Se encierra en sí mismo, se aferra a afectos que no son buenos, busca evasiones, etc. En el mejor de los casos posterga la resolución de su problema, pero vuelve a encontrarse con él al regresar.

Y a menudo no soporta la distancia y abandona todo. He conocido un sacerdote al que enviaron a Colombia para hacer un curso porque tenía un “enganche afectivo” con una mujer casada. El pobre gastó una fortuna llamando por teléfono todos los días a su amada y manteniendo conversaciones interminables con ella. Y al cabo de poco más de un mes, se volvió sin terminar el curso y se juntó con ella, que abandonó a su marido.

Este tema tiene otro aspecto que no debe dejar de considerarse. Me comentaba el responsable de uno de los Institutos del Celam: *Muchos obispos nos miran con desconfianza y no quieren enviarnos gente porque tenemos fama de que los que vienen aquí pierden la vocación. Pero el problema es que nuestros cursos no están pensados para acompañar a los que están en conflicto y la gran mayoría de los que vienen están en plena crisis antes de iniciarlo...*

### **Acompañamiento espiritual**

Casi siempre se le dice al sacerdote en crisis: *Buscate un director espiritual o un sacerdote con experiencia que te ayude a superar tu problema.*

Ésta es una regla de oro, pero no es siempre fácil ponerla en práctica. Me hace recordar el consejo que suelen dar los médicos a los enfermos cardíacos: *Tome la vida con calma, no se preocupe por nada...* Es muy sencillo decirlo pero, ¿cómo hacer para cumplirlo? En el caso sacerdotal el problema es doble: por él mismo y por quien debe acompañarlo o dirigirlo.

Como diré más adelante, el que está en crisis suele encerrarse en sí mismo, piensa que puede arreglarse solo, cree que los demás no le pueden decir nada nuevo, teme que le impongan criterios que no está dispuesto a aceptar. A la natural desconfianza hacia los “colegas de su misma profesión”, suma experiencias negativas anteriores, le resulta difícil abrirse y dejarse guiar por otro.

Pero, además, no es fácil encontrar un sacerdote que tenga tiempo, experiencia y ganas de acompañarlo. No son muchos los que se “especializan” en atender los problemas de sus colegas y hay pocos que tengan la edad adecuada. En muchas diócesis y congregaciones religiosas la gran crisis postconciliar ha generado un vacío generacional: hay curas jóvenes y quedan algunos viejos, pero falta la generación intermedia.

Si a ello agregamos que para que la ayuda sea eficaz es necesario una buena comprensión y sintonía entre el dirigido y el director, el tema se convierte en algo complicadísimo de resolver.

### **Asistencia psicológica**



Hace treinta años había entre los sacerdotes una natural desconfianza hacia los psicólogos y psiquiatras. Hoy en día la situación se ha revertido y ante cualquier crisis lo primero que se hace es proponerle al candidato que haga una terapia. Esto tiene un aspecto positivo, pero también algunas dificultades.

En primer lugar es indispensable distinguir los verdaderos problemas de salud mental, cualquiera sea el nombre que les demos, que indispensablemente necesitan tratamiento específico, de las crisis existenciales.

Es positivo que se reconozca que detrás o junto a muchas crisis ministeriales hay problemas psicológicos o psiquiátricos, se les brinde tratamiento y atención adecuada. En los últimos años algunos grupos de profesionales católicos se han ocupado de los sacerdotes y les han brindado real ayuda.

Pero también esto presenta algunos problemas. El primero es que no se debe reducir el tema sólo al aspecto psicológico. Hay otros: ministeriales, espirituales, morales, afectivos, etc., que también deben ser considerados y tratados adecuadamente. Sin duda hay casos en los que el tema psicológico no es el más importante y querer solucionar la crisis desde allí, sólo traería mayores problemas y pocas soluciones.

He conocido la casa de formación de una congregación religiosa en la que de 23 seminaristas, 21 estaban en tratamientos psicológicos: sólo cuatro llegaron a ordenarse. Conozco comunidades religiosas femeninas en las que todas hacen terapia. ¡Me parece que en ciertos casos se ha abusado de este recurso!

Otro problema es que no todas las escuelas psicológicas son compatibles con la fe, ni todos los psicólogos están capacitados para comprender y acompañar las peculiares características que presenta una crisis sacerdotal.

Por último, me parece muy importante que haya una comunicación y coherencia básica entre el director espiritual y el psicólogo. Si bien sus tareas son diferenciadas, tienen muchos puntos comunes y la incoherencia o conflicto entre los dos y los criterios en los que se apoyan, redundaría en perjuicio directo de aquel al que se quiere ayudar.

### **Cambio en las actividades ministeriales**

Otra de las soluciones que suelen intentarse es proponerle un cambio de tareas, que muchas veces también implica un cambio de destino pastoral: ir a vivir a otro lugar, con otros sacerdotes y otra comunidad.

Cuando el origen de la crisis proviene de elementos exteriores: fracaso pastoral, conflicto con la comunidad, dificultades de convivencia con otros sacerdotes, etc.; o bien cuando de la crisis se han seguido situaciones escandalosas que impiden que siga en su tarea o destino anterior, a veces esto puede ser positivo o necesario.

Pero no bastará con el cambio exterior, sino que también habrá que ayudarlo a superar el desarraigo e insertarse en su nueva realidad. De lo contrario el cambio puede dar paso a un nuevo fracaso, conflicto o crisis que se añadiría al anterior, que no habría terminado de resolverse.

En los casos en que la crisis proviene de problemas interiores y no se han generado escándalos públicos graves, es mejor no introducir cambios exteriores, al menos en una primera etapa. Muchas veces en estos casos es suficiente que reduzca su ritmo de actividad o delimite sus áreas de responsabilidad por un tiempo hasta que esté mejor y pueda verse con más claridad la conveniencia o no del mismo.

El cambio exterior, con su carga de ilusión y expectativa, distraería la atención del problema principal que está en el interior del sacerdote. Podría pensarse que el problema se superó, pero inevitablemente volvería a aparecer con fuerza renovada al cabo de poco tiempo, con el consiguiente desgaste del sujeto y de las comunidades afectadas.

Además si permanece en el mismo lugar, los elementos positivos que lo rodean, le dan seguridad, afecto y se convierten en su "hábitat", le ayudarán a resolver con mayor facilidad la situación por la que atraviesa.

### **Ciertos consejos que suelen darse**

#### **Rezará más**

Éste parece ser un consejo elemental. Casi todos los sacerdotes que se dedican a tareas pastorales tienen conciencia de no rezar suficientemente o de no hacerlo con la misma

dedicación e intensidad con que lo hacían cuando estaban en el seminario. Por lo tanto, al que está en crisis pareciera no le venirle nada mal dedicarse un poco más a la oración.

Sin embargo, no suele ser suficiente para solucionar su problema, ni aun cuando se trate de una crisis meramente espiritual. En cuanto se sienta mejor, volverá al ritmo de vida anterior y el problema aparecerá nuevamente. En realidad lo más probable es que deba revisar y ajustar cómo integra su vida espiritual en su vida ministerial.

Además sí, como suele suceder, en su crisis hay otros elementos no meramente espirituales, con sólo rezar más no se van a solucionar sino que éstos requieren atención específica, para no caer en el fideísmo anteriormente señalado.

Y en ciertos casos, si el sacerdote vive su crisis de manera culposa, la oración se le convertirá en una tortura constante y en lugar de rezar más, naturalmente rehuirá de ella y el consejo será imposible de cumplir.

### **Tratá de no pensar en eso, ocupate de tu ministerio**

A menos que se trate de una simple tentación o crisis muy superficial, éste consejo suele tener consecuencias altamente negativas.

El que está en una crisis seria no puede dejar de pensar en ella. Al procurar conscientemente dejar de hacerlo, sólo lo consigue por momentos. Y cuando el pensamiento anterior vuelve, cobra mayor fuerza hasta tornarse obsesivo. O bien se refugia en el plano inconsciente y genera inestabilidad, angustia y hasta enfermedades físicas o síquicas importantes como úlceras o problemas gástricos e intestinales, taquicardias, asma, infartos, hipertensión, insomnio, depresión, etc.

A veces, para librarse de esa tortura, entra en un activismo desenfrenado que lo agota y desgasta, pero no le trae alegría, paz, ni sosiego al alma. Cada vez se siente más cansado, tenso, angustiado y obsesivamente piensa que la única solución es largar todo. Su crisis en lugar de superarse, se acentúa hasta tornarse inmanejable.

En lugar de no pensar en su problema, lo que necesita es encontrar un ámbito adecuado para pensar. El acompañamiento espiritual y las terapias psicológicas son los andariveles que deben sostenerlo para que pueda reflexionar, madurar y en lo posible superar lo que lo aflige. De esto hablaré más ampliamente en el tercer capítulo.

### **Tomate un descanso**

Éste es un buen consejo si lo que se propone es un período breve para aflojar tensiones: vacaciones, un viaje, ir a visitar algunos familiares o amigos, etc. Ayuda a tomar distancia del problema y al quitar la cuota de desgaste o agotamiento producido por el trabajo cotidiano, permite ver mejor dónde está la raíz del conflicto.

Pero, a menos que el problema sea sólo el de un exceso de trabajo y que al volver pueda estructurar mejor sus tareas, por sí mismo este período de descanso no suele solucionar la crisis. Al retomar la actividad muy pronto vuelven a aparecer los síntomas anteriores.

Si lo que se propone es un período prolongado: que descansa hasta solucionar su crisis, me parece que éste no es un buen consejo.

A menos que por indicación médica tenga que abandonar toda actividad por un tiempo debido a surmenaje, depresión profunda o cualquier otra patología grave, al dejar su ministerio por un período prolongado el candidato se desubica de su realidad: se siente mal, cree que es un paria, un inútil, que lo marginan, etc.

El descanso es vivido como ostracismo y genera en él reacciones de rebeldía, rechazo de su identidad sacerdotal, que suelen agravar su problema y preanunciar un abandono definitivo.

### **Integrate en algún grupo sacerdotal**

En los últimos años han surgido diferentes grupos de espiritualidad, afinidad pastoral, reflexión y estudio, compañeros de curso, etc. Este consejo es muy útil cuando el origen de la crisis está en la soledad sacerdotal.

Si en ellos se logra una buena integración humana y afectiva, son un valioso elemento que previene y ayuda a superar problemas.

Evidentemente, si el candidato no se abre, no comparte su problema con los demás o el grupo no tiene capacidad para contenerlo, ésta solución no sirve.

Prueba de ello es que los religiosos, que viven en comunidad y tienen múltiples elementos en su formación y espiritualidad para integrarse, no están exentos de crisis, ni las solucionan más fácilmente que los sacerdotes diocesanos.

### **Hacé penitencia**

Tradicionalmente la mortificación es uno de los elementos que ayudan para la conversión. Esto se debe a un doble motivo: por una parte sirve para expiar los pecados y por la otra para fortalecer la voluntad de modo que pueda dominar las pasiones. Vivida en su sentido auténtico, la penitencia es parte de la espiritualidad cristiana.

En el caso del sacerdote en crisis, hay que tener mucho cuidado al sugerir este remedio. Por una parte puede acentuar las culpabilidades de modo que el sacerdote se vaya sintiendo cada día peor y más responsable de su crisis, especialmente si no puede solucionarla a corto plazo.

Por otra parte, puede dar a entender que el problema se arregla con mayor fuerza de voluntad y esto no es siempre cierto. Por el contrario, suele haber condicionamientos, traumas y procesos interiores que no responden a los resortes voluntarios. Con un simple voluntarismo la crisis no se soluciona sino que tiende a agravarse: el candidato se siente cada más incapaz de controlarse y estalla de manera incontenible.

### **Definí lo que querés, no soporto situaciones ambiguas**

Si el planteo se hace como algo a lograr a largo plazo, esto es no sólo razonable sino que está totalmente de acuerdo a lo que dice el Apocalipsis: *El que es el Amén afirma: No eres ni frío ni caliente. Porque eres tibio te vomitaré de mi boca* (Apoc. 3, 14-16).

Pero si se lo hace a corto plazo es absolutamente negativo. Lo peor que se puede hacer es pedir una definición a aquel que no ve claro, porque va a elegir siempre mal.

Como señalo más abajo, el tiempo y la paciencia son elementos indispensables que ayudan a madurar y resolver del mejor modo posible una crisis. Además, son la característica del actuar de Dios con su Pueblo, de acuerdo a lo que nos enseña la Escritura.

### **3. ALGUNAS PAUTAS PARA UNA SOLUCIÓN**

Me contaba un obispo amigo que, ante la crisis de un sacerdote de su diócesis, había consultado a un anciano obispo sobre qué se podía hacer. La respuesta, dicha casi con desesperación, fue: *¡Nada! ¡No se puede hacer nada!* Con todo respeto, me permito discrepar con ese venerable miembro del episcopado.

Por eso, con la humildad de quien sabe que no tiene recetas mágicas pero con la firmeza de convicciones del que tiene ya una cierta experiencia en la materia, me animo a proponer algunos criterios y pautas para intentar soluciones.

### **Las crisis son algo normal**

Juan Pablo II en su exhortación apostólica *Pastores dabo vobis* habla de maduración, superación de etapas, cambios (en griego “crisis”), conflictos que debe resolver, tentaciones y peligros a los que se ve sometido el sacerdote a lo largo de su vida. La literatura actual sobre la vida sacerdotal trata frecuentemente el tema. De ello tenemos muchos ejemplos en esta revista *Pastores*.

Por supuesto que no todos pasan por estados agudos. A veces los cambios son paulatinos y progresivos o los conflictos son manejables por cada uno y no trascienden al exterior. Pero las crisis son parte de nuestra historia.

Sin embargo, cuando un sacerdote tiene una crisis, nos asombramos y asustamos. Sus superiores, compañeros, a veces su comunidad y generalmente él mismo, sienten que está en la sala pre-parto a punto de dar a luz un abandono ministerial.

He visto con asombro y dolor cómo muchas veces el chisme, lamentablemente tan presente en ciertos ambientes clericales, se detiene y regodea en cada crisis. El que pasa por una de ellas queda marcado por mucho tiempo, se lo mira con sospecha como si en cualquier momento pudiera repetirse el conflicto.

Sólo si en la Iglesia se acepta **vital y no sólo intelectualmente** que el sacerdote es un ser humano y que como tal está sujeto a cambios, crisis, problemas y conflictos, se podrá superar esta situación. Así evitaremos marginarlo, excluirlo, condenarlo y podremos ayudarlo, acompañarlo, sostenerlo y alegrarnos con él cuando lo veamos recuperado.

Al mismo tiempo si se acepta con naturalidad que las crisis son parte de la vida, quien la está sufriendo no tendrá miedo de pedir ayuda al notar los primeros síntomas. El problema se superará más fácilmente y se evitarán situaciones agudas, siempre más complicadas.

### **Algunos de los que entran en crisis van a abandonar el ministerio**

Es fundamental que aceptemos al acompañar a un sacerdote en crisis que existe la posibilidad de que abandone el ministerio.

La historia de la Iglesia nos muestra que en todas las épocas, en situaciones históricas, canónicas y personales muy diversas, han existido abandonos. Negarnos a aceptar esta posibilidad sería una falta de realismo que tendría consecuencias muy negativas para quien sufre la crisis, para quien trata de ayudarlo y para la Iglesia.

Quien sufre la crisis suele ver el abandono como la única salida posible. Pero no piensa qué pasa después: cuáles son las consecuencias para su vida, para la de los demás, para la Iglesia. No se plantea seriamente qué va a hacer, en qué va a trabajar, cómo va a quedar su relación con Dios, con la Iglesia, con los hombres, ni consigo mismo. En su desesperación busca una puerta de salida sin plantearse qué hay detrás de ella, salta al vacío para escapar de un incendio y cae en un infierno.

En muchísimos casos no se dan cuenta de que el problema está en ellos, que no basta con cambiar la situación de vida para estar bien y ser felices. Es la trágica situación de los que se fueron y luego tropezaron con nuevos fracasos matrimoniales, laborales o sociales...

Es la situación de más de uno que aparece dando reportajes a periodistas, en revistas o en la televisión: muchos años después del abandono ministerial siguen presentándose como ex-curas, no han sabido adquirir una nueva identidad, ni una nueva ubicación en el mundo. Muy probablemente no debieran nunca haberse ido.

Pensar seriamente la posibilidad de abandonar el ministerio le da al sacerdote en crisis una ubicación en la realidad, quita ansiedades, evita miradas obsesivas. Muchas veces, sólo si lo hace podrá replantearse el tema y comenzar a pensar en otras soluciones. Pablo VI decía que para vivir el celibato toda la vida, hay que volver a elegirlo cada día <sup>3</sup>. Pero el único modo de **volver a elegir** es plantearse como posible la opción contraria.

En los casos en que el abandono es inevitable, al haberlo pensado seriamente, estará más preparado para asumir su nueva situación, con todas sus consecuencias. El daño del abandono será menor para él, para los demás y para la Iglesia.

El que lo acompaña también es necesario que se plantee seriamente esta dolorosa posibilidad. Le ayudará a estar más atento a los pasos que ambos van dando, a ser más humilde, a confiar más en la acción de Dios y a rezar más por su dirigido.

Si el abandono se produce, podrá aceptarlo con un menor costo personal: no será "su" fracaso, sino una alternativa no querida, pero en la que ha pensado con realismo. Tendrá la conciencia tranquila de haber hecho todo lo que estaba a su alcance para evitarlo y aceptará las consecuencias que tiene el hecho de que Dios nos ha hecho libres.

La Iglesia, al tener en cuenta esta posibilidad, podrá buscar los mejores caminos para evitar que los sacerdotes caigan en ella o el modo de acompañarlos y ayudarlos. También deberá plantearse qué lugar ocupan en ella los que han abandonado su ministerio, cómo se los atiende pastoralmente, qué soluciones se les pueden ofrecer... De hecho, las periódicas variaciones en la legislación sobre este tema nos muestran esta permanente inquietud.

### **El sacerdote en crisis es un hombre herido**

La crisis lo coloca en situación de conflicto consigo mismo, siente que no sirve para nada, que se equivocó en cosas fundamentales de su vida, que es culpable, que es un pecador, que no puede superar su problema, que está dañando a otros sin poderlo remediar, etc.

Generalmente cuando la crisis se manifiesta exteriormente ya lleva recorrida un largo camino en su interior. Ante los primeros síntomas ha buscado arreglárselas por su cuenta. Cuando vio que solo no podía, pidió ayuda y a pesar de ello no logró superarse: recayó en sus angustias, sentimientos de culpa, pecados, fracasos...

A veces la manifestación de la crisis es que vuelca para afuera todos sus problemas: cree que los demás son los culpables de lo que le pasa, especialmente la Iglesia, sus superiores, su comunidad, los otros sacerdotes o su familia. Transforma la culpa en resentimiento y agresividad. En la mayor parte de los casos esto es sólo un paso, que tarde o temprano cede y deja lugar al que describí anteriormente.

---

<sup>3</sup> Cfr. Encíclica Sacerdotalis coelibatus.

El dolor interior que la crisis le provoca lo lleva a encerrarse, a no confiar en nadie, tampoco en sí mismo, a pensar que los demás no pueden comprenderlo, a desconfiar de cualquier consejo o receta que se le dé. Parece como un niño o un animal herido que no soporta que se aplique un remedio por el dolor que la curación le provoca. Y por su misma cerrazón su mal aumenta.

#### **D. Necesita comprensión, afecto, misericordia y perdón**

Por su misma situación de crisis dolorosa, el primer paso para llegar a él será siempre la vía afectiva: hay que quererlo y mostrarle que se lo quiere. Sólo desde el afecto se puede llegar y él sólo se abrirá ante quien lo quiera.

De allí que tantas veces las crisis humanas y vocacionales desembocan en un enamoramiento o relación afectiva profunda con una mujer. Con esa intuición tan típicamente femenina, la mujer percibe las carencias afectivas del sacerdote y sabe llenárselas.

Quien quiera ayudarlo deberá acercarse también afectivamente. No ya con la afectividad propia de una pareja, sino con el afecto sincero de la amistad o de un bien entendido amor paternal.

Este afecto hará posible comprenderlo y que él se sienta comprendido en su dolor, conflicto o situación en la que se encuentra. Le permitirá abrirse lentamente y manifestar sus sentimientos de culpa, su aspecto oscuro, su miseria y sus pecados.

Recuerdo que estando en Roma de paso, se me acercó un sacerdote extranjero al que yo no conocía y dijo que quería confesarse. Hacía tres años que no lo hacía porque en su país era un hombre famoso. Tenía un defecto grave que periódicamente le hacía caer en un pecado. No se había animado a confesarse antes por temor a ser reconocido o recaer pronto.

La tortura interior que significó para él ejercer su ministerio durante tanto tiempo, sentirse admirado y al mismo tiempo en constante pecado, era enorme. Era tal la carga de angustia y soledad de este pobre hombre, que recorrió miles de kilómetros para encontrar un cura ignoto que le brindara el perdón de Dios. Hubiera tenido que abrazarlo y llorar con él. No lo hice porque la situación, el lugar y mi dificultad en manifestar sentimientos no me lo permitieron. Lo lamento, creo que nos hubiera hecho bien a los dos.

Hace unos años, el papa Juan Pablo II hablando a los penitenciarios de Roma antes de la cuaresma, los exhortó a ser especialmente misericordiosos con sus hermanos sacerdotes. Y les dijo una frase que personalmente me impactó: *Recuerden que el apóstol Pedro negó al Señor tres veces la misma noche en que fue ordenado sacerdote. Y después lloró amargamente.*

La misericordia y el perdón devuelven al hombre su dignidad, le muestran el amor del Padre que no deja de quererlos nunca, sino que sale al camino esperando que regresen, los abraza, los viste de gala y hace una fiesta para devolverles su condición filial (Lc. 15, 11-32).

El sacerdote, que tantas veces ejerce el ministerio de la reconciliación, también necesita ese perdón generoso e incondicional que lo sana y lo salva.

#### **E. Necesita que tengan paciencia con él y le den tiempo**

La experiencia nos dice que una crisis profunda no se resuelve a corto plazo. Recién al cabo de un año comienzan generalmente a lograr una mayor estabilidad y a veces demanda aún más tiempo. Durante este período habrá inevitablemente altibajos, tropiezos, caídas y reincidencias.

Quien lo acompañe deberá ser muy paciente y, para no desanimarse, estar atento a la evolución global del proceso y no tanto a cada hecho puntual. Evitará pensar que la crisis es un eterno “Juego de la oca” en el que siempre se vuelve al casillero inicial. Procurará descubrir los signos positivos aun en las recaídas: si ésta ha sido menos frecuente, intensa, prolongada, o si al reaccionar se recompuso más rápidamente...

Esto también ayudará al que está sufriendo la crisis. Si ve que a pesar de sus recaídas va progresando, irá reconstruyendo su autoestima, la confianza en sí mismo, en los que lo están ayudando y en Dios. Crecerá en él la esperanza de lograr un día la superación del problema.

Normalmente la crisis afecta diferentes niveles de su personalidad. Lo que aparece como crisis vocacional suele tener importantes elementos de crisis humana: conflictos, inmadureces, aspectos no resueltos en su personalidad, en su modo de ejercer el ministerio o de relacionarse con los demás.

#### **Hay que ayudarlo a reconstruirse humanamente**

Antes de encarar específicamente el aspecto vocacional, suele ser necesario reconstruir humanamente al sujeto. A menudo para esto es indispensable un buen apoyo psicológico y/o psiquiátrico.

Por las razones expuestas en el capítulo primero, a partir de la década del 80 la manifestación más frecuente de una crisis sacerdotal está en el plano afectivo. Sin pretender decir nada nuevo, recuerdo simplemente algunos datos de la psicología evolutiva relacionados con el amor como fuente de felicidad:

### **Amor captativo**

El niño cuando nace sólo es capaz de recibir afecto, aún no puede brindarlo. Se siente feliz si lo quieren. La necesidad de recibirlo es tan fuerte en la etapa inicial, que un niño que no lo recibe, se enferma e incluso puede llegar a morir (es la enfermedad llamada "hospitalitis").

### **Amor captativo-dativo**

Poco a poco se desarrolla en él la capacidad de devolver el afecto que recibe. Va descubriendo que brindar afecto también lo hace feliz. En las etapas iniciales la capacidad de brindar amor está muy condicionada a lo que recibe.

### **Amor dativo-captativo**

A medida que crece descubre que él puede iniciar una relación afectiva: si brinda afecto normalmente también lo va a recibir. Por eso entabla amistades nuevas y, más adelante, trata de conquistar la persona por la que se siente atraído. Y esto lo hace feliz.

### **d. Amor dativo**

Sólo al llegar a la madurez afectiva se brinda amor sin esperar una respuesta inmediata. Así el padre y la madre pueden amar al hijo aunque éste no tenga capacidad para devolverlo: son felices brindando ese amor. Lo mismo ocurre con los que se entregan gratuitamente al prójimo. Como dijo el Señor: *La felicidad está más en dar que en recibir* (Hech. 20, 35).

### **Amor oblato**

En ciertos casos, la persona accede a la capacidad de brindar afecto sabiendo que no va a recibir respuesta y es feliz en esa entrega aunque pase por momentos duros o dolorosos: es el amor oblato. Lo encontramos en aquellos que permanecen fieles a pesar de haber sido abandonados, en los que cuidan al esposo/a postrado o con enfermedades mentales irreversibles, en aquel que se consagra a Dios, etc. Es el amor por el amor mismo. El que más nos acerca a Dios.

### **Integrar las dificultades**

En la vida y trabajo de todo ser humano hay aspectos, momentos o situaciones que no producen felicidad, sino dolor, tedio, cansancio o dificultad. Esto es normal y no es conflictivo si se equilibra con otros aspectos, situaciones o momentos positivos. O al menos cuando se espera que la dificultad sea pasajera.

El problema se presenta cuando NADA produce alegría, cuando los aspectos sustanciales de la vida no la generan, cuando no se logra en el equilibrio dificultad y alegría o cuando no se le ve salida al sufrimiento.

### **Aplicación a las crisis sacerdotales**

Para poder vivir el ministerio y la vida celibataria es indispensable haber accedido al amor dativo y oblato. Pero, por distintos factores, muchas veces los candidatos al sacerdocio han saltado alguna de las etapas anteriores. Allí es cuando aparecen inmadureces afectivas. Otras veces, el conflicto que la crisis provoca en él lo lleva a regresiones: aunque es un hombre adulto tiene actitudes afectivas infantiles.

Las más simples son las que se originan cuando la entrega al prójimo (amor dativo) y a Dios (amor oblativo) no produce felicidad. Muchos sacerdotes siguen siendo fieles a sus promesas y prosiguen la vida ministerial, pero ciertos síntomas delatan el malestar: permanentemente están de mal humor, rehuyen tareas o siempre están cambiando de actividad, la oración queda limitada a lo estrictamente indispensable, etc.

En otros casos, se producen sustituciones y se busca la felicidad en cosas ajenas al ministerio: así un pasatiempo, hobby o gusto personal ocupa en su vida un espacio mucho más grande del debido. O bien se instrumenta el ministerio para un fin que no le es propio: a través de él se busca prestigio, poder, relevancia social o eclesial, dinero, etc.

En otros casos la infelicidad es más explícita y sincera. Comienza un proceso de crisis, que se manifiesta en frases como: *Estoy cansado de estar siempre dando, llega la hora en que yo también tengo derecho de recibir*. En el fondo lo que están manifestando es: *No soy feliz dando*. Esto denota que afectivamente no han madurado alguna de las etapas anteriores. Son situaciones conflictivas, pero si se le dan tiempo y atención adecuada pueden revertirse.

En los casos más agudos el sacerdote en crisis se retrotrae a la etapa sólo captativa: la vida que lleva lo hace tan infeliz y tiene tanta necesidad de ser querido que si no lo obtiene es capaz de suicidarse, de refugiarse en el alcohol, la droga o cualquier otra evasión destructiva.

O bien para obtenerlo no mide riesgos ni consecuencias. Esto se manifiesta especialmente en la relación con la mujer: busca ser querido, recibir un mimo, una muestra de afecto sin importarle si ella es casada o si es una mujer con la que podría establecer una relación permanente.

De allí se siguen los lamentables casos en los que un sacerdote deja embarazada una chica o una mujer a la cual realmente no quiere (ya que en ese momento no tiene capacidad para querer) o con la cual no podrá convivir ni ser feliz (porque hay una gran diferencia de edad o tiene condiciones sociales, morales, psicológicas y religiosas absolutamente diferentes de la suya).

Lo que aparece detrás de estas situaciones, que luego muchas veces se tornan irreversibles, es el manotazo del ahogado: está necesitando que lo quieran a cualquier costa, sentir un poco de afecto que le dé un mínimo de felicidad, por pasajera que ésta sea.

Estas crisis son extremadamente peligrosas porque quienes las sufren no sólo casi siempre abandonan el ministerio, sino que además luego normalmente fracasan en la nueva vida que intentan. En un primer momento, lo único que se puede hacer es tratar de que eviten las actitudes destructivas. Luego, si se supera el momento más crítico, cuando estén un poco mejor se podrá avanzar en otros campos.

En otros casos el conflicto humano no se caracteriza como un problema afectivo, sino por un profundo desorden de vida. Deberá encontrar una estructura vital interna acorde con sus identidad, que le permita vivir su ministerio. Con las enormes transformaciones que el Concilio ha realizado en la Iglesia, se han destruido las formas sacerdotales tradicionales y las estructuras que los protegían; pero las formas nuevas no han terminado aún de plasmarse.

Para salir de la crisis, debe “armar” una vida equilibrada: reconocer sus límites y necesidades, vencer la tentación de creer que es omnipotente, aprender a respetar su tiempo de descanso y de oración, guardar un espacio para su propia intimidad, ubicarse en su relación con los otros, con la Iglesia y con Dios.

## **G. Es condición indispensable que él se abra**

En los puntos anteriores hablé casi siempre de las actitudes que hay que tener hacia el sacerdote en crisis. Hablemos ahora de lo que le toca a él. Sin duda es el protagonista de su historia y debe ser el primer interesado en salir de ella. Pero está como metido en arenas movedizas y cada movimiento que hace para tratar de salir, se hunde más. Necesita ayuda externa, sólo alguien de afuera puede ver más claro, tenderle una mano y sacarlo de allí.

Por eso, el primer paso para superar la situación es que se abra y manifieste lo que le pasa aunque esto le cueste mucho, tal como expliqué más arriba.

Deberá abrirse con sus superiores para que puedan ayudarlo. Quizá, si su dificultad de comunicación con ellos es demasiado grande, no pueda exponer los mínimos detalles de su situación, especialmente aquellos que más le duelen, pesan o generan culpas. Pero al menos debe manifestarles los rasgos fundamentales del problema.

Hace un par de años, un sacerdote remitió por correo a su obispo su credencial eclesiástica y la llave de la parroquia. Sólo agregó unas pocas palabras: *No doy más, me voy*. Nunca antes le había manifestado que se sentía mal. Evidentemente en estos casos no hay forma de ayudarlo.

Pero además deberá poder confiar en otro sacerdote y/o psicólogo para que lo ayuden. Aquí la apertura tendrá que ser completa sin guardar para sí ningún detalle por doloroso que le resulte. Probablemente esto se hará lenta y paulatinamente, a medida que se vaya sintiendo más seguro de ser comprendido.

En general el que no consigue comunicarse de verdad con alguien que pueda ayudarlo, termina por contar sus problemas por todos lados. Con eso se hace más daño a sí mismo porque no consigue solucionarlos, destruye su imagen y además muchas veces daña a los que reciben sus confidencias sin capacidad para comprenderlo y ayudarlo.

Una vez lograda la apertura, deberá analizar y tratar de modificar aquellos elementos que generan el conflicto: actitudes, criterios, formas de relacionarse, estructuras mentales y espirituales, etc. Pero esto se hará lentamente a medida que tenga capacidad para ello.

## **H. Necesita volver a las fuentes de su vocación**

La crisis que lo afecta humanamente le hace dudar de su elección vocacional, cree haberse equivocado o que lo han engañado: le han prometido una felicidad irreal, una Iglesia diferente, una alegría ministerial que no siente. En otros casos cree que su vocación es auténtica pero se siente sin fuerzas para asumirla por el desgaste que tuvo o por las culpas y pecados que pesan sobre su conciencia.

En los casos más agudos habrá que abrir un paréntesis de espera: *En este momento estás tan mal que cualquier decisión que tomes será equivocada. Hay que esperar un poco, por ahora tratá de seguir o, al menos, no hagas nada que sea irreversible.*

Una vez que haya logrado un mínimo equilibrio humano se podrá comenzar a trabajar el tema vocacional. Hay varios pasos que se pueden dar. Me parece que el mismo Señor nos indica el camino. Veamos cómo actúa con el apóstol Pedro:

### **¿Cómo lo mira Jesús?**

Sus negaciones y el canto del galo están presentes en los cuatro evangelios. Los sinópticos señalan su llanto posterior. Sólo Lucas señala que inmediatamente después de la tercera negación *el Señor, dándose vuelta, miró a Pedro* (Lc. 22, 61).

Es lógico pensar que las negaciones de Pedro y su relación con el canto del gallo pertenecían a la tradición común de la Iglesia primitiva ya que aparece en todos los relatos, así como su llanto que aparece en los tres sinópticos. Pero, ¿por qué sólo Lucas habla de la mirada de Jesús? Me parece que es porque el suyo es el bien llamado “evangelio de la misericordia”.

A Lucas le importaba destacar ese detalle significativo porque había sido una mirada misericordiosa. Si hubiera sido una mirada iracunda y de reproche quizá Pedro en vez de *llorar amargamente* hubiera seguido el camino de Judas. O, lleno de culpa, en la primera aparición del Señor resucitado se hubiera arrojado a sus pies como Tomás, el incrédulo.

Pero la actitud posterior de Pedro nos muestra que esa mirada no lo condenó, sino que lo salvó. Cristo, a punto de dar la vida para el perdón de todos los pecados, también perdonó los suyos.

Para el sacerdote en crisis es muy importante descubrir esa mirada misericordiosa de Jesús sobre él, sus culpas y pecados. En ella está la seguridad de que el Señor lo ama.

### **El Señor le da tiempo**

En las primeras apariciones no se hace ninguna referencia que indique Jesús o Pedro volvieron sobre el tema. Varios días pasaron, quizá semanas. Hubo tiempo de volver a Galilea, lo que demandaba unos días, retornar a la barca, las redes y la pesca... Tiempo para madurar la comprensión del misterio. Sólo después Jesús lo encaró.

El Señor respeta los tiempos que el hombre necesita. Sabe que le cuesta entender, que le cuesta reconocer sus errores, que le es difícil cambiar, encontrar caminos nuevos... El sacerdote en crisis debe convencerse que Jesús le da tiempo, no lo apura.

### **Volver a las fuentes**

Jesús lo interroga junto al lago (Jn. 21, 1-19), en el mismo lugar en que lo había llamado por primera vez, allí donde él le había dicho inicialmente: *Aléjate de mí, Señor, porque soy un pecador* (Lc. 5, 8). Pedro sabía que Jesús no había venido a llamar a justos sino a pecadores. Él mismo, reconociéndose tal, había sido llamado a abandonarlo todo por seguir al Señor.



Volver al lago, a la situación inicial, le ayudó a reconocer el nuevo llamado. También los profetas de Israel, en especial Oseas, señalaban que había que volver al momento inicial: Dios llevaría nuevamente a su pueblo al desierto para renovar la Alianza de amor.

El sacerdote en crisis necesita volver a las fuentes de su vocación, a ese momento único en el que, aun sabiéndose indigno y lleno de temores, sintió que le decían: *Dejá todo, Yo te haré pescador de hombres* (cfr. Lc 5, 10-11).

### **La vocación se juega en el campo del amor**

La triple pregunta de Jesús se desarrolla exclusivamente en el campo afectivo: *Simón, hijo de Juan, ¿me amas?* Las tres respuestas de Pedro van en la misma línea, incluso la tercera en la que dice con tristeza: *Señor, tú lo sabes todo; sabes que te quiero*. Respuestas que dan pie a la confirmación de la misión: *Apacienta mis corderos, apacienta mis ovejas*.

La vocación se juega en el campo del amor. Al sacerdote en crisis no le sirve saber que está obligado a cumplir lo que un día prometió, ni que la Iglesia nunca le va a permitir volverse atrás. Ese pensamiento podrá quizá detener transitoriamente un abandono, pero tarde o temprano le provocará rechazo, rebeldía, se sentirá preso, atado y sin salida.

En cambio, el amor que un día tocó su corazón y lo invitó a amar, volverá a despertar en él los sentimientos más nobles, el deseo de entregar su vida hasta la oblación.

Al escuchar la voz del Señor que le dice: *Debo reprocharte que hayas dejado enfriar el amor que tenías al comienzo* (Apoc. 2, 4), podrá decir: **Señor, tú lo sabes todo, sabes que te quiero** (Jn. 21, 17). Entonces habrá superado su crisis, como el apóstol, porque oirá también que el Señor lo confirma en su misión.

### **Los que superan las crisis son testigos luminosos**

El libro del Apocalipsis habla de una visión en la que en presencia de Dios están *los que vienen de la gran tribulación; ellos han lavado sus vestiduras y las han blanqueado en la sangre del Cordero. Por eso le rinden culto y le sirven día y noche en su Templo. El que está sentado en el trono habitará con ellos: nunca más padecerán hambre, ni sed, ni serán agobiados por el sol o el calor. Porque el Cordero que está en medio del trono será su Pastor y los conducirá a los manantiales de agua viva. Y Dios secará toda lágrima de sus ojos* (Apoc. 7, 14-17).

La *gran tribulación* actual bien puede ser entendida como las crisis de las que hemos estado hablando. Los que las superen y sean purificados por la sangre de Cristo, también reinarán con el Cordero, serán pastoreados por él y Dios secará toda lágrima de sus ojos. No sólo cuando lleguen a su presencia sino también aquí en la Iglesia y ante los hombres.

Quiero que esto se entienda bien: quien de verdad supera una crisis sacerdotal no es un pobre hombre pecador al que la Iglesia acepta en sus filas por lástima, no es un “cura de segunda” en el que ya no se puede confiar.

En realidad, **al superar la crisis, crecerá su capacidad sacerdotal**. Tendrá mayor experiencia de lo que significa *llevar el tesoro en vasijas de barro* (2 Cor. 4, 7): será más humilde, más consciente de sus límites y de su fragilidad; por eso transparentará más a Cristo.

No se pondrá a sí mismo por modelo, sino al Señor, al cual todos estamos destinados a seguir a pesar de nuestras debilidades: *Me gloriaré de todo corazón en mi debilidad para que resida en mí el poder de Cristo. Porque cuando soy débil, entonces soy fuerte* (2 Cor. 12, 9-10).

Como el apóstol Pablo, habrá descubierto que la ley mata y el Espíritu da vida. No en el sentido de que ya no importan las leyes o que no haya que cumplirlas, sino más bien en que la salvación no está en ellas, pues el único que salva es el Señor.

Tal como nos dice la carta a los Hebreos, podrá compadecerse de los que pecan porque él mismo se reconocerá pecador (5, 2-3).

Se convertirán en testigo luminoso y podrá ayudar a otros que aún sufren la tribulación.

También quien lo ha acompañado habrá crecido porque, como decía san Francisco de Asís en su Oración simple: *Dando se recibe*. En ese rico intercambio que se va realizando a lo largo del acompañamiento espiritual, él mismo habrá revisado las actitudes que no eran acordes con lo que el Señor le pedía, habrá aprendido a reconocer mejor sus propios pecados y debilidades, habrá crecido su vida de oración y su confianza en el Señor.

Roguemos al Señor para que esto se logre en la mayor cantidad de casos en que sea posible.

## **PASTORAL SACERDOTES Y COMUNIDADES SE SOSTIENEN RECÍPROCAMENTE\***

---

*Card. Godfried Danneels*

He sido ordenado sacerdote. ¿Y después? Todo comienza entonces. El camino recorrido por un sacerdote depende de su apertura a la gracia de Dios, de su propia responsabilidad, mas también de su comunidad. Y recíprocamente.

### **Dejarse impregnar**

Luego de una ordenación, un director espiritual dijo: «Ahora eres sacerdote, por lo tanto debes devenirlo aún». La gracia debe impregnar el cuerpo, la imaginación, la inteligencia, la voluntad, la afectividad, la historia... En la celebración del sacramento, la gracia todavía «planea». Como una mancha, debe impregnar completamente el papel secante de la vida sacerdotal. Hay dos etapas para llegar a esto.

### **La fase del despegue**

Cuando te pones en marcha, después de la ordenación, sientes la alegría del «despegue». La comunidad te ha acompañado hasta la celebración. Te sientes «nuevo», por la gracia y por el hecho de que te hayan recibido como sacerdote recién ordenado. Es verdad que no te han llevado en triunfo, atravesando arcos de guirnalda adornados con gallardetes, como en otros tiempos, y cantando: «Eres sacerdote para siempre, según el rito de Melquisedec». La acogida es menos folklórica, pero no menos entusiasta. La alegría consume energía y generosidad como consume un avión mucho kerosene en el despegue. Pero uno no se da cuenta porque es exaltante tomar altura, y esa energía se nos da. El suelo deviene una extensión más y más vasta. Se van descubriendo los jardines interiores y las zonas de sombra, las corrientes de agua y las vías de comunicación. La alegría de los comienzos es indispensable. Es la luna de miel, como en todas las vocaciones.

La alegría de la subida desaparece cuando se llega a la altura de crucero. A partir de ese momento, el trayecto se torna más monótono. Por lo tanto, no hay que pensar que toda la vida sacerdotal se va a vivir al ritmo de la exaltación de la partida. La altura de crucero permite relativizar la energía inicial y al mismo tiempo agradecerla. La fase del despegue puede durar algunos años durante los cuales se consume una cantidad enorme de kerosene. Muchos dicen que aceptan todo lo que se les pide. Es necesario regular el gasto de energía, si uno quiere mantener el vuelo.

¿De qué manera? Reuniéndose con otros sacerdotes que ya han alcanzado altura. Esto permite no creerse Gulliver y calcular un gasto de energía razonable, pues si tal consumo excesivo se prolonga, puede vengarse más tarde, repercutiendo en el ritmo higiénico de vida: salud, descanso, vacaciones, oración.

### **La prueba de la permanencia**

Pasada la fase del despegue, hay que saber familiarizarse con el tiempo y con la comunidad. A esta no se la ha elegido. Es diferente de lo que la habíamos imaginado: es como es. Ya no está pendiente de nosotros como durante la fiebre de los primeros tiempos. Está ocupada en sus tareas. Igualmente los demás sacerdotes: cada uno está absorbido por sus responsabilidades. Y poco a poco se van descubriendo la rutina y la Iglesia tal como es, con su generosidad y sus flaquezas. La Iglesia, vista desde el jardín y desde la cocina... Esa Iglesia a la que uno se ha dado como a Cristo, y que es el Cuerpo del Señor y el Templo de su Espíritu. Cuanto más crece uno en años, tanto más se la quiere, tanto más se da uno cuenta de que todo lo ha recibido de ella. Cuanto más se la mira, tanto más se la ama con ternura, como esos matrimonios de años que se conocen con todos sus defectos y con todas sus virtudes, y se aman tiernamente. ¿Han notado que en su vejez, también San Pablo deviene más amante de la Iglesia, más tierno, y la llama «Esposa resplandeciente, sin mancha ni arruga, santa e inmaculada»?

La gracia de la permanencia nos asegura nuevos recursos: una energía que proviene de más lejos y del ejercicio de virtudes nuevas.

La energía de la permanencia ya no proviene de la exaltación de los comienzos, de esa que causa alegría. Es más fuerte y viene de más lejos: de la esperanza. La alegría se siente, mientras que la esperanza es un salto cualitativo que se da en la confianza, pues no se cuenta con títulos para ello. Solo se puede contar con la fidelidad de Dios, que asegurará la nuestra. A la luz de la esperanza que viene de Dios, las esperanzas humanas más legítimas palidecen. La esperanza, apoyándose solo en Dios, anima el dinamismo de la carrera y del combate de la misión.

---

\* Editorial del cardenal Godfried Danneels en *Pastoralia*, junio-julio 1998 y reproducido en *La Documentation Catholique* 2188.

La prueba de la permanencia tiene algo de belleza. Suscita nuevas aptitudes pastorales, por ejemplo, la fidelidad. A los dos meses de la ordenación, no se le pide a un sacerdote que sea fiel. ¡Eso cae de su peso! Pero al cabo de cinco, diez, veinte años, se abre el abanico de las virtudes: la perseverancia, el coraje, la capacidad de superar los obstáculos, la maduración humana y espiritual, el discernimiento, la paciencia y la esperanza hasta el fin. Todas estas virtudes empiezan a tomar color y se despliegan como un arco-iris despliega su policromía sobre un cielo oscuro.

Finalmente, el arte de la permanencia supone un sólido sentido de lo real. El ideal, un tanto en ebullición, de los comienzos, debe ceder su lugar a la capacidad de adaptación a la realidad. Y es esta síntesis entre el ideal y lo real lo que permite que una vida pastoral tenga éxito.

### **La travesía de las turbulencias**

Las condiciones del clima son imprevisibles a largo plazo. Nadie puede prever el clima cultural, social, psicológico, moral y religioso en tan rápida evolución. ¡Cada cinco años hay un cambio generacional! Treinta años después, «mayo del 68» se parece a una página de arqueología. ¿Quién hubiera previsto el Concilio en los años 50? ¿Y la evolución de las ciudades y del campo, de las familias y de las sociedades, de las parroquias y de las vocaciones? Es necesario prepararse a cambios rápidos; pero esté nublado o con sol, llueva o haya sequía, el Evangelio debe ser anunciado.

Es necesario aprender a no depender de la lluvia o del buen tiempo. Lo que se necesita es tener un buen radar, una fuerza de adaptación, hecha de gracia y de flexibilidad. Todos los instrumentos se encuentran en el morro del avión. Los instrumentos de orientación y de adaptación deben adquirirse en el seminario y durante los primeros años de la vida sacerdotal.

Las condiciones psicosomáticas. Muchos sacerdotes tienen una enorme generosidad y viven como *boy scouts*. Adquirir una prudencia de vida es a veces más difícil en el caso de célibes porque no se tiene a nadie cerca que lo controle un poco. A veces la generosidad puede ser una coartada para las exigencias de una vida prudente: adquirir buenos hábitos de reposo, de expansión, saber organizar la propia agenda, no pensar que un «blanco» es una falta de generosidad, tener el coraje de hacer una opción, poder decir «sí» o «no»...

Las crisis espirituales provienen a menudo del hecho de que se prefiere la cantidad a la calidad. No solamente en el plano pastoral, sino también en el del reabastecimiento interior, que es menos directamente rentable. Gran parte de la fatiga es resultado de la pérdida de la resistencia espiritual. Cuando uno se debilita contrae toda suerte de enfermedades. De igual modo, cuando no se tiene resistencia espiritual, se es presa más fácilmente del virus de la «gripe» pastoral. Los síntomas son el desgano, el derrotismo, el malhumor, la amargura, la crítica decepcionada. Cuando uno empieza a decir «la Iglesia es así o así», en tono de desilusión, es que ya se tiene fiebre.

También está nuestro pecado. Lo sabemos y descuidamos el único medio: la conversión y el perdón. Pretendemos librarnos de él mediante el alcoholismo del trabajo o la racionalización: «No puedo hacer todo...» o «los demás también lo hacen...».

Finalmente, nos llega la famosa prueba de todos aquellos que se internan en la vida espiritual: el tedio, el disgusto, el entumecimiento. «No hay nada nuevo. Todo es igual: dificultades, yo mismo, la Iglesia, los demás...». Esta prueba también existe en el matrimonio. Todo proyecto de vida debe pasar por ella. No es negativa, pero es peligrosa, porque es el preludio del coma profundo. Necesitamos un latigazo que nos despierte: un poco de reposo, un buen retiro.

El tedio también ataca a la comunidad. El desinterés, la indiferencia del ambiente la acechan. La crisis de las familias y la ruptura generacional la atacan de plano. También las comunidades tienen una responsabilidad de cara a sus sacerdotes. Los pastores, a fuerza de frecuentar ambientes «fríos», corren el riesgo de volar a ras del suelo si no tienen de vez en cuando comunidades entusiastas que les vuelvan a dar un poco de aliento y de altura para mantenerse sin capotar.

Frente a la rapidez de los cambios, el sacerdote se encuentra en medio de comunidades que envejecen, atacadas por el ambiente. Ser cristiano ha devenido un estado de excepción. Ya era así desde hace tiempo, pero solo ahora nos damos cuenta y nos despertamos en situación de diáspora. Antes que dejarse minar por el desánimo o por la autoacusación, hay que rezar para que permanezcamos como chispas capaces de encender el fuego aquí y allá e incendiar el mundo; para que sigamos siendo signos, como los primeros cristianos. «Habitan en ciudades griegas y en ciudades bárbaras...; se adaptan a los usos locales... y sin embargo dan muestras de un tenor de vida admirable y verdaderamente paradójico. Reside cada uno en su propia patria, pero como forasteros. Toda tierra extraña es

patria para ellos pero están en toda patria como en tierra extraña...Son ciudadanos del cielo. Obedecen las leyes establecidas y con su modo de vivir superan estas leyes» (*Carta a Diogneto*).

En el origen de las turbulencias hay causas pastorales: la sobrecarga y el stress, querer hacer las cosas con poca gente y no lograrlo. El stress alcanza a todas las profesiones, a las familias en dificultades y hasta a los desocupados. No es exclusivo del clero. Lo cual no impide que el sentido de hyper-responsabilidad alcance tanto más al sacerdote cuanto hoy todo es personalizado: ya no es «el párroco» sino «uno como cualquiera».

Más profundamente, estamos poco convencidos de que el sufrimiento apostólico es inherente al anuncio del Evangelio. Cristo ha salvado el mundo por medio de la cruz, y el servidor no es más que su maestro. Esto es fundamental.

### **El desgaste y el mantenimiento**

A fuerza de preocuparnos por los medios que se han de emplear, corremos el riesgo de olvidar a Aquel que es el único que hace de nosotros buenos sacerdotes: el Espíritu de Dios. Sin embargo, hay algunas cosas que nos toca hacer para mantener el «instrumento» y que dependen de nuestra responsabilidad: el desarrollo de nuestras capacidades humanas, la oración y el acompañamiento espiritual, el estudio y la fraternidad sacerdotal.

Es primordial que desarrolle mis aptitudes humanas e intelectuales, mis capacidades de comunicación y de empatía, mis facultades de juicio y de discernimiento, y sobre todo, que cultive mis cualidades de corazón, sin las cuales sería tan solo un funcionario o alguien que sabe hablar. La formación continua en teología es un deber de primera urgencia. La formación cultural es importante porque da una resonancia profundamente humana a la música del Evangelio que tenemos el deber de hacer resonar. Nos ayuda a hablar en imágenes, como Jesús hablaba en parábolas. Los oyentes nunca retienen un razonamiento, pero siempre retienen una imagen, porque la imagen habla a todo el hombre, inteligencia, imaginación, corazón... Tenemos a nuestra disposición ese gran libro de imágenes que es la Biblia. Y, además, no está prohibido frecuentar a los poetas y a los artistas. El arte y la poesía tienen el don de liberarnos del didactismo (el afán de enseñar), el moralismo («hagan esto» más bien que «vean esto») y del actualismo (la trampa de lo efímero tendida por los medios).

También hay que saber darse algún tiempo para actividades de recreo y de convivencia. Hay aptitudes que dependen de la «urbanidad»: el arte de contestar un llamado telefónico o una carta —las personas son muy sensibles a esto—, de manifestar a las personas que se las toma en cuenta, dándoles de vez en cuando alguna muestra de aprecio. Siempre pensamos: «Ya saben que las queremos». Pero todos somos sensibles al menor signo de que se nos valora. No lo solemos pensar.

Estas aptitudes necesarias al sacerdote, son también necesarias a la comunidad. En aquellas comunidades en las que las cualidades del corazón, el gusto por la Escritura y el sentido de la cultura se desarrollan, el sacerdote se encuentra más sostenido. Y recíprocamente. Lo mismo vale para la oración y la fraternidad.

La oración debe ser planeada en la agenda. No se la puede reducir a algunos «huecos» en nuestro plan de vida, porque habrá cada vez menos oración, y finalmente, no habrá ninguna. Programar sus tiempos de oración, es darse un ritmo cotidiano, semanal, mensual y anual. Rezar es entrar en el combate espiritual en el que alternan la presencia y la ausencia de Dios, que atizan la fe. La oración no es ante todo consuelo y reabastecimiento, es «agonía» (lucha) al lado de Cristo. Es indispensable para que el sacerdote no pierda su identidad de hombre de Dios.

El sacerdote debe rezar también por la comunidad que le ha sido confiada. Está encargado de interceder por ella como Moisés lo hacía por su pueblo. Y si la oración le resulta difícil y oscura, se torna así solidario de tantos hombres y mujeres que lo rodean. La oración pertenece a nuestra misión de intercesores, y a nuestra vez, nosotros estamos sostenidos por la oración de muchos otros: la comunidad, muchos enfermos, muchos desconocidos, muchos silenciosos. La parroquia tiene derecho a tener a un hombre de Dios y su oración, y no solamente a un sacerdote canónicamente ordenado para celebrar la liturgia. La Liturgia de las Horas nos ayuda a santificar los diferentes momentos del día, y también a mantener nuestro corazón abierto a las dimensiones del mundo. Cuando estamos alegres, y la liturgia nos presenta salmos de angustia y aflicción, podemos ser la voz de millones de adultos y de niños que sufren. Y cuando estamos tristes y se nos ofrecen salmos de alegría, podemos relativizar nuestro sufrimiento y encontrar el sentido de la alabanza a Cristo, vencedor del pecado y de la muerte.

El acompañamiento espiritual de los sacerdotes es importante, pero está en crisis. Es un mito aquello de que él sea una función de control como lo expresaban las palabras: «director espiritual » y «cuenta de conciencia». Es ante todo un ministerio de aliento. A veces

puede incluir observaciones. Siempre será una gracia de verdad sobre sí mismo, sobre el modo cómo consideramos a los demás. Pero no es un ejercicio de control, como si se tratara de una inspección.

El estudio constituye un gran problema en la vida moderna. Hay que planificarlo. La mayor parte del tiempo estamos librados, sin ninguna guía, a nosotros mismos y a la pereza... Como los que ejercen la medicina general, procuramos cultivarnos en el plano pastoral, moral y dogmático. Yo privilegiaría la Biblia: tomar día a día un buen comentario de San Pablo, de los Evangelios..., es la base de nuestro alimento espiritual. Estudiar es someterse a la verdad, por amor a Dios y a los hombres, humildemente, continuamente. Esto pertenece a nuestra conversión cotidiana. Abogo también por que se lean más vidas de santos y textos de santos, porque en esos escritos está volcada el alma del santo. Ya se trate de Padres de la Iglesia o de santos más modestos, todos tienen aciertos que nos es necesario saborear e interiorizar.

La fraternidad entre los sacerdotes es un medio muy precioso para progresar en la vida sacerdotal.

Cristo envió en misión a sus discípulos de dos en dos. Hay ahí una referencia importante para nuestras relaciones entre sacerdotes. La primera razón de esta colegialidad querida por Cristo, es que siendo dos pueden sostenerse y levantarse mutuamente si caen, y que «cuando dos o tres se reúnen en mi nombre, estoy yo en medio de ellos». Los Apóstoles vivieron esta colegialidad, primero negativamente, puesto que colegialmente abandonaron a Cristo, antes de que el Espíritu los reuniera en Pentecostés. Esta colegialidad tiene para nosotros, sacerdotes, el nombre de presbiterio, y es menester que redescubramos su necesidad. Hay muchos encuentros de trabajo, de planificación, pero su ritmo no favorece los momentos distendidos de convivencia, en los que se aprende a acoger al otro, a aceptarse mutuamente en la propia realidad, y a vivir junto al otro no solamente en función de una tarea que se debe cumplir. La agenda está matando la fraternidad entre los sacerdotes, cada vez más recargados y alejados unos de otros. Pues bien, es la fraternidad la que debe reformar la agenda e imponer su prioridad. A fuerza de diferir los encuentros, se mata el compartir. Sacerdotes: nuestro deber de estado es ayudarnos mutuamente y luchar contra el aislamiento en una sociedad donde nuestra vocación apenas es percibida y donde frecuentemente se mira con sospecha nuestro celibato.

Nos queda por considerar la cuestión de por qué la colaboración entre sacerdotes es siempre difícil.

¿Es por miedo de ver su territorio usurpado o la angustia de perder su corona? ¿Por qué las conversaciones en profundidad son tan difíciles? Y ¿si todo eso fuera, en definitiva, obra del Maligno, que divide para reinar y, en este caso, optara por dividir a aquellos que tienen el cargo de unir...?

La rivalidad y la envidia clericales son tan viejas como la rivalidad entre Pablo y Apolo en Corinto. Los conflictos entre los fieles, también. Existen recursos «técnicos» para manejar los conflictos y las ofensas. Pero hay también recursos espirituales: el perdón y la paciencia. Y por sobre todo, la caridad y el perdón que nacen en el corazón, el perdón rezado antes que expresado, para que no sea una mentira.

Los contactos espirituales no se realizan en el marco de una discusión, sino en el diálogo contemplativo, en el que, sin responder al otro, se comparte lo que un texto suscita en nosotros. Los sacerdotes jóvenes aprecian mucho esto.

### **El relevo**

Otro asunto nos preocupa: nuestros sucesores. Dios solo puede suscitarlos, pero su llamada pasará siempre a través de la Iglesia. Sobre este asunto debemos hacer un examen de conciencia: ¿sabemos hablar a los jóvenes en quienes adivinamos una disponibilidad espiritual, una sensibilidad de corazón y tal vez una llamada de Dios? No se trata, por supuesto, de ejercer presión en la libertad del joven, pero la caridad pastoral nos obliga a plantear la cuestión de la vocación. Dios es el que llama, pero necesita de nosotros. En nombre de la fe, debemos pedir a Dios la valentía de ser sus colaboradores en este asunto. ¡Está en juego nuestro amor a la Iglesia!

## SEMBLANZA

### **BROCHERO: Un hombre de Dios para su pueblo**

---

*Julio Merediz S.J.*

*«He podido pispar que viviré siempre en el corazón de los serranos, puesto que la vida de los muertos está en el recuerdo de los vivos»*

#### **1. Brochero: Párroco del oeste cordobés**

El 18 de noviembre de 1869 fue designado José Gabriel Brochero cura de San Alberto en el Valle de Traslasierra, siendo San Pedro la villa que hacía de cabecera en aquel departamento. Pequeña, pobrona, sencilla. Ése era el lugar a donde iría el cura a sentar sus reales para iniciar su gran misión apostólica. Días después de ser nombrado –el 24– salió de Córdoba rumbo al oeste. Viaje penoso el suyo. Lleno de alternativas que Brochero, con la fortaleza y el ánimo de sus veintinueve años, sobrellevó con hondos deseos de servir al Señor.

Cuatro días antes de su partida, el diario «El Eco de Córdoba» publicaba el resultado del censo que acababa de realizarse en el oeste cordobés. Brochero supo entonces que San Javier tenía 13.000 habitantes; San Alberto, más pequeño, contaba con 10.000; en tanto que Minas alcanzaba a 8.000 y Pocho apenas sobrepasaba los 6.000<sup>4</sup>.

Sabía Brochero que el curato al cual marchaba iba a demandarle esfuerzo para su atención. Era muy extenso y de accidentada topografía. Pero los inconvenientes aparecían disminuidos ante su entusiasmo por la práctica de la conquista espiritual que él presentía ardua en aquellas regiones; seguramente en su corazón vibraba el llamado de Jesús, Rey Eterno, como lo había escuchado tantas veces en los Ejercicios Espirituales de San Ignacio: «Mi voluntad es conquistar toda la tierra... Asimismo ha de trabajar conmigo... para que así después tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos» (E.E., 93).

Pero, ¿cómo era la región montañosa del oeste cordobés donde Brochero iba a desarrollar su acción? Centenares de leguas abarcaba aquella zona donde tendría que evangelizar. Allí estaban los murallones pétreos de las Sierras Grandes, imponentes y adustos, como dispuestos a que nadie quebrantara el silencio azul de sus cumbres. Aquellos «Gigantes» que en ambición de cielo se levantan a casi tres mil metros y donde parecían encontrarse a gusto solamente el viento bramador y el cóndor dominador. Pero por las rendijas de las montañas, se podía deslizar hacia el otro lado, tras de admirar la vigorosa textura del Champaquí, eterno centinela de la grandeza natural de esos horizontes.

Pequeños poblados, acurrucados junto a los cerros o refrescándose en los arroyuelos cantarinos, servían al viajero como descanso. Nombres con reminiscencias indígenas – Taininga, Salsacate, Pocho, Nono, Yacanto, etc.– están desparramados en el amplio mapa del oeste serrano. La naturaleza se mostraba bravía y arisca. Un paisaje de incomparable belleza en los valles y las alturas donde no dejaba nunca de pasar el viento como limpiando el cristal del firmamento.

Brochero se enfrentó con el panorama y su alma debió sentirse hondamente emocionada. Y más aún cuando tuvo la sensación de la humanidad bondadosa de las gentes que moraban en aquellos lugares. Pero se dio cuenta también que a pesar de la abnegada labor que realizaran sus predecesores, mucho era lo que había que evangelizar aún. Debía armarse de una gran decisión y de un extraordinario fervor, dispuesto a sobrellevar las batallas más prolongadas. Brochero será así un claro ejemplo de lo que se denomina la «mística apostólica», vale decir, aquella unión con Dios centrada en la acción evangelizadora, nucleada en la clara y permanente conciencia de ser instrumento de la acción redentora de Jesús.

#### **2. La misión de Párroco**

Algo que impacta fuertemente en los escritos del Cura Brochero es la clara conciencia de su misión de párroco; todo su ser está orientado hacia un «proyecto espiritual unificador»: ser apóstol y por ello, él se considera siempre instrumento de Cristo «como el mortero y la mano sirven para hacer la mazamorra»<sup>5</sup>.

Pero, ¿cómo adentrarnos en el «corazón sacerdotal» del Cura Brochero? Para ver verdaderamente sus trabajos y medir un poco la extensión de su corazón de padre y amigo tendríamos que escalar hasta la cima del Champaquí y mirar desde allí los 120 km. de norte a sur y los 120 km. de este a oeste que componía su «parroquia». Tendríamos que subirnos a

---

<sup>4</sup> «El Eco de Córdoba», 20/11/1869. Cfr. Bischoff, Efraín: «El Cura Brochero, un obrero de Dios» (Ed. Plus Ultra, 1977) Cap. 8.

<sup>5</sup> Carta a Nicolás Castellano: 5/12/1904.

una mula y andar primero días y días sobre ella, cruzando por las Sierras Grandes y la Pampa de Achala, viajando a los Llanos riojanos, visitando los puestos más perdidos de San Luis... Si lo miramos así y nos imaginamos el dolor de las «asentaderas» –a él le habían salido callos– comenzamos a pensar que había «algo más» en el corazón del Cura Brochero...

Ese «algo más» es la fuerza misteriosa que abrió caminos y destapó acequias; levantó iglesias, colegios y casa de Ejercicios; visitando y conociendo mano a mano a sus feligreses, por más perdidos que estuvieran en la sierra o en el desierto. El Cura Brochero es un amigo con corazón de 3.600 km. cuadrados, pero 3.600 km. cuadrados sobre el lomo de una mula.

¿Cuál es entonces la fuerza, el secreto que impulsa con tanta vehemencia el corazón del Cura Brochero?

Brochero era de Dios y quería que todos los hombres fueran de Dios. El amor a Jesucristo en su corazón humilde y fraterno, se convirtió en una verdadera pasión por «salvar almas». Esta caridad es la que impulsa su corazón de amigo.

Una vez lo llamaron para visitar un enfermo. Para llegar a ese rancho se encuentra con el río crecido. Cualquiera se hubiera echado atrás, pero el Cura Brochero manda la mula adelante y prendido de la cola de su mula cruza el río diciendo: «Guay de que el diablo me lleve un alma!».

Un sacerdote sobre una mula no es nada, pero si lo impulsa la fuerza del amor, puede hacer verdaderos milagros de cariño de sus fieles. Brochero decía: «El sacerdote que no tiene mucha lástima de los pecadores es medio sacerdote. Estos trapos benditos que llevo encima no son los que me hacen sacerdote; si no llevo en mi pecho la caridad, ni a cristiano llego»<sup>6</sup>.

La caridad es lo que lleva en su corazón el Cura Brochero y ésta es su fuerza y secreto... Esta caridad lo lleva a sentirse «amigo» de todos, de sus paisanos y feligreses, pero también de sus hermanos sacerdotes. En la carta que solicita uno o dos sacerdotes como ayudantes para su Curato, veamos cuales son los compromisos que asume frente a su Obispo, Fray Juan Capristano Tissera. Este texto es interesante para conocer los rasgos brocherianos de lo que denominamos «la fraternidad sacerdotal».

El Cura procurará que sus cosas sean también de los ayudantes, esto es, verá de no reservarles nada de lo de él (...). Los ayudantes le avisarán al Cura Brochero lo que les parezca mal en el trato con ellos o con los feligreses o con las personas particulares, para enmendarse de dicho mal o darles la razón de su proceder (...). (Los ayudantes) han de hacer cada mes un día de retiro junto con el Cura y se han de confesar cada ocho días a no ser que la distancia u otra circunstancia impida esa frecuencia, pero se hará a la mayor brevedad, de suerte que no pase de quince a veinte días. El Cura les dará ejemplo en esa línea confesándose ya con el uno ya con el otro (...). Cuanto sean más pecadores o más rudos o más incivilizados mis feligreses, los han de tratar con más dulzura y amabilidad en el confesionario, en el púlpito y aún en el trato familiar. Y si encuentran algo digno de reto, que o avisen al Cura, porque ya sabe él cómo los ha de retar (...); que harán los entierros y funciones (...) por algo menos que el arancel, porque así se gana más plata y (se gana) más fama de desinteresado (...); que ayudarán al Cura a confesar sanos a derecha e izquierda; y pueden predicar cada vez que quieran y puedan, porque oyentes tendrán siempre<sup>7</sup>.

Brochero tiene clara conciencia de que su unión con Cristo pasa no solamente por la vida de oración sino que ésta debe estar íntimamente unida con la acción apostólica. Sabe que la vocación sacerdotal implica que Dios lo quiere «contemplativo en la acción»<sup>8</sup> y que, precisamente, en la acción apostólica es donde él desarrollará su camino de unión con Cristo y de transformación espiritual.

### 3. Brochero y la misión de los laicos

José Gabriel del Rosario Brochero sintió desde los comienzos de su llegada al Valle de Traslasierra que la tarea evangelizadora que debía desarrollar era imposible sin la cooperación de los demás; por esto, no sólo buscó colaboradores sino que supo generar en los demás el deseo de trabajar por Dios y el bien del prójimo.

Aquí notamos otro de los rasgos típicos suyo: a Brochero la cualidad que le importaba que tuvieran sus colaboradores, era la decisión seria de trabajar por el bien de los demás. Así lo expresa en una de sus cartas:

Según un adagio de un tío abuelo mío, más da y puede dar un hombre duro o un hombre derruido, esto es, un hombre ignorante e incompetente y sin influjo pero decidido, decidido por la obra, que un hombre sabio influye y con poca o ninguna decisión (...) yo

<sup>6</sup> Rivero, Gabriel: «Soy Brochero» (Ed. Mensajero de las Ánimas, 1992) p. 12.

<sup>7</sup> Carta al Pbro. Filemón Cabanilla: 13/12/1884.

<sup>8</sup> Cfr. Boletín de Espiritualidad, número 129, 199: Juan Pablo II: «El carisma de la Compañía de Jesús»; López Rosas, Ernesto: «El Jesuita por fuera y por dentro»; Kolvenbach, P.H.: «Pedir».

espero en Dios y en la Virgen de la Purísima que con estos tres (colaboradores) ignorantes y sin influjo, se hace la iglesia tal cual yo lo había proyectado, para que se vea que no es obra mía, ni de los tres que forman la comisión, sino que es obra de Dios pedida por la Santísima Virgen<sup>9</sup>.

El Cura Brochero fue un hombre interiormente muy libre a la hora de buscar la cooperación de todo aquel que quisiera darle una mano en sus proyectos sacerdotales, lo cual le acarreó más de una murmuración, tanto de sus hermanos sacerdotes como de otras personas. Algunas de estas críticas llegaron a oídos del Obispo. Escuchemos lo que dice a su amigo el Pbro. Eduardo Ferreira, Secretario del Obispo:

a los muchos sacerdotes y no sacerdotes que innumerables veces me han increpado porque me juntaba y daba confianza a los Señores A o B que eran tan escandalosos y pecadores, contestábales: porque a pesar de sus pecados y escándalos me ayudan a mis benéficas empresas<sup>10</sup>.

Su proceder responde al Evangelio:

se valió Dios de los hombres más rudos e ignorantes, y aún de ladrones como era San Mateo, para que se viera que en esa vuelta de costumbres del género humano había andado el Dedo de Dios<sup>11</sup>.

Siguiendo el ejemplo de Jesús, «el Buen Pastor que conoce a sus ovejas», incansablemente recorrió su Parroquia: así pudo descubrir las verdaderas necesidades –tanto espirituales como materiales– de su Curato. Por eso, el Cura Brochero fue «apóstol» para «todos». En este sentido vale la pena transcribir algunos comentarios periodísticos de la época:

El Cura Brochero es realmente *un pastor*, según la palabra y la intención de Jesús: su grey es su rebaño. Carneros y ovejas se confunden en su concepto. Él arrea con todo hacia el abrevadero, seguro de hacer el bien, porque los impulsos de su voluntad no son más que obediencia a los dictados de su conciencia<sup>12</sup>.

Todas las personas de su territorio lo seguían como a su pastor. Por eso trabajaban cómodos con él. El vecindario del Tránsito está cada día más decidido: cada vez que se toca la campana se presentan todos los señores, todas las señoras, los niños, las niñas, los chicos y los grandes, honrándose al acarrear ladrillos en su cabeza<sup>13</sup>. Evidentemente, la relación con el Cura no terminó en los ladrillos. En efecto, después de las obras que se habían realizado, Brochero se consagró de lleno a moralizar el vecindario, llevando a todas partes la doctrina evangélica, procurando ante todo que la profesaran en acción y practicándola conocieran sus preceptos<sup>14</sup>.

Las distintas publicaciones nos muestran a un Brochero cercano a los pobres y a los ricos, querido y defendido por todos. En efecto, la actuación de Brochero está marcada con jalones de luz desde las más encumbradas y altas de las regiones de la república hasta sus más apartados y humildes lugares; su nombre es conocido, querido y respetado en todas partes, y con igual libertad ha penetrado siempre rodeado de consideraciones y afectos en los palacios de los potentados para pedirles su concurso en favor de alguna obra buena, como en la modesta choza del indigente para llevarle el óbolo de su oculta caridad o prodigarle sus consuelos y mitigar sus dolores<sup>15</sup>.

Muy probablemente, la causa de este cariño de parte de ricos y pobres ha sido el estilo de relación imparcial y hábil que el apóstol de Traslasierra ha establecido con gente de toda clase social.

El P. Brochero no sólo era el Cura más celoso, sino también el hombre más popular y hábil que sabía ganarse la voluntad de pobres y ricos, de particulares y del gobierno, para hacerlos servir a todos al bien público<sup>16</sup>.

Uno de los rasgos personales más notables de la espiritualidad brochariana es la fortaleza para hacer frente a todo aquello que se interponga en su camino obstaculizando lo que –en su conciencia de sacerdote– descubre como querido por Dios en favor de sus fieles. Podemos decir que a Brochero le basta saber que sus feligreses necesitan tal o cual cosa para vivir más

<sup>9</sup> Carta al Sr. José Mayo: 5/6/1893.

<sup>10</sup> Carta al Pbro. Eduardo Ferreira: 2/2/1907.

<sup>11</sup> Carta al Sr. José Mayo: 5/6/1893. Cfr. Lic. Carlos O. Ponza: «Espiritualidad Sacerdotal en los escritos del Cura Brochero», 1994.

<sup>12</sup> «Brochero: ex cura de San Alberto» (colaboración), La Patria (Córdoba), 2/4/1908.

<sup>13</sup> «El cura de aldea José Gabriel Brochero», El Interior (Córdoba), 5/11/1887.

<sup>14</sup> «Casa de Ejercicios en San Alberto», El Eco de Córdoba, 6/8/1876.

<sup>15</sup> «Brochero: ex cura de San Alberto» (colaboración), La Patria (Córdoba), 2/4/1908.

<sup>16</sup> «Pbro. Gabriel Brochero», Los principios (Córdoba), 25/1/1908. Cfr. Llanos, Mario Oscar: «Brochero Pastor» (Revista Didascalia, 1995).



plenamente su condición de cristianos, para que él no se vuelva atrás y busque –de todas las maneras posibles– lograrlo.

#### 4. Brochero, «bajo la bandera de la Cruz»

En una de sus últimas cartas de octubre de 1912 el Siervo de Dios nos revela el núcleo de su espiritualidad:

Dios en los santos Ejercicios me ha enseñado a mí y a Uds. que el hombre debe primero perder su honor, sus bienes o riquezas y su vida misma, antes que perder a Dios o sea su salvación<sup>17</sup>.

Es una alusión directa a la meditación de las «Dos Banderas» que San Ignacio de Loyola propone en el cuarto día de la Segunda Semana<sup>18</sup> de los Ejercicios Espirituales y que aconseja se haga cuatro veces en un solo día. Con lo cual se nos sugiere su gran importancia dentro de los Ejercicios. Ésta puede ser la clave de inspiración de las actitudes del pobre en Brochero. Exponiendo esta «plática» a los ejercitantes, Brochero dice: «el sermón que Cristo Nuestro Señor hace a todos sus siervos y amigos que envía a tal jornada, encomendándole que a todos quieran ayudar en traerlos, primero a una pobreza espiritual, y si su Divina Majestad fuese servido y los quisiese elegir, no menos a la pobreza actual» e indica que por estas razones, el primer escalón del seguimiento del Señor es «pobreza contra riqueza»<sup>19</sup>.

Explicando esta plática, invita a sus paisanos a decidir qué bienes elegir, los «presentes», «mezquinos y breves» o los «lejanos», «venideros», «ciertos».

Ya veis, pues, que en esta meditación, en esta plática, de S. Ignacio se miran en campana dos capitanes, de la una parte Jesucristo Nuestro Señor, y de la otra, Lucifer: cada uno en contraposición del otro, llama soldados y pregona con qué sueldo y con qué fin se ha de militar, y pelear bajo de su bandera; cada uno ofrece sus bienes: el uno presentes, es verdad, pero mezquinos y breves; el otro algo lejanos, como venideros, pero ciertos, cuanto lo es el mismo Dios, pues son eternos. Ahora vosotros, mis amados antes de extender la mano a tomarlos a unos a los otros bienes, y antes de entrar el pie en la cadena de Luzbel, o poner el cuello en el yugo de Jesucristo: mirad bien tales bienes, y comparad los unos con los otros...<sup>20</sup>.

Ciertamente él experimenta en carne propia que Jesucristo impone a sus soldados leyes al parecer muy duras: *abneget semetipsum, tollat crucem suam et sequatur me*; porque el negarse a sí mismo, importa una renuncia completa de todos los placeres del sentido, un abandono de las riquezas superfluas, y un desprecio de los vanos honores.

Pero también sabe que tomar la cruz, es la preparación del ánimo, para tolerar las cosas contrarias al genio de la naturaleza; tales son, la penitencia, la mortificación del cuerpo, la pobreza de espíritu y la humildad de corazón: cosas todas que se oponen directamente a los tres genios de apetitos que sugiere Lucifer<sup>21</sup>.

Brochero, siendo personalmente pobre, eligió y privilegió a los más pobres. Servirlos fue su voluntad constante, aún durante su última enfermedad y más allá de su muerte, con gran originalidad.

Realizó una clara opción por los más pobres, sostenido por criterios evangélicos reflexionados y expresos en su predicación. Su predilección por los pobres se funda en que «Dios es como los piojos, está en todas partes, pero prefiere a los pobres»<sup>22</sup>.

#### 5. Brochero y los Ejercicios Espirituales

El amor y la amistad son inagotables en la experiencia humana. Tal vez, se pierda en el arrenal de la vida, pero su vertiente virgen nunca es estéril; siempre surge virtuosa agua.

En la vida se dan amistades verdaderas, pero pocas. Los amigos se hacen con el trato, queriéndose y ayudándose en las buenas y en las malas, compartiendo los gozos y las penas. La amistad se hace con los mayores valores de la intimidad del hombre.

Con Jesucristo Nuestro Señor pasa lo mismo que con los amigos humanos. Muchas veces nos parece difícil, porque no dudamos de nosotros mismos sino que dudamos de Dios; pero la iniciativa siempre es de Él. Teniendo en cuenta que la amistad se hace entre iguales o lo iguala, el Señor nos iguala para ser nuestro amigo.

<sup>17</sup> Carta: ?/10/1912.

<sup>18</sup> Cfr. Boletín de Espiritualidad, número 44, 1976: «Dos Banderas», por el Cura Brochero, con comentarios de Fiorito, M.A. y Lazzarini, J.L.

<sup>19</sup> Aznar, Antonio: «Las dos Banderas y el Cura Brochero», Córdoba 1955 (Talleres Gráficos del Col' Luis M. Robles, 9-21).

<sup>20</sup> Idem «Plática de las banderas» (J. Brochero), p. 10.

<sup>21</sup> Idem «Plática de las banderas» (J. Brochero), p. 13.

<sup>22</sup> Dicho referido a Brochero por Aznar, Antonio: «El Cura Brochero» (Ed. Paulinas, 1951).

José Gabriel Brochero sintió a Jesucristo como amigo y lo buscó desde niño. Lo sintió muy cercano en algunos acontecimientos de su vida, como cuando rezó para que a su compañero no lo matara la creciente del río. Lo siguió buscando en el seminario hasta que en Córdoba hizo los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola. Ahí se dio cuenta de que ése era un modo de estar con el Señor, tratando y conversando con Él, «como un amigo habla con su amigo», sin otra preocupación que la oración y el recogimiento.

A partir de entonces el Cura Brochero experimentó que los Ejercicios Espirituales eran un modo privilegiado de tratar en amistad con Jesús, de conocerlo, de arreglar con Él las cuentas, de pedirle perdón..., y quiso que cuantos trataban con él tuvieran la oportunidad de esta experiencia.

En este sentido trabajó incansablemente los primeros años de su misión como párroco llevando a Córdoba centenares de hombres y mujeres del campo cruzando Altas Cumbres, muchas veces nevadas, a lomo de mula, para hacer Ejercicios.

Después no paró hasta cumplir su sueño de tener en la misma parroquia una casa de Ejercicios. La inauguró en 1877 y llegó a reunir en ella tandas de 900 hombres y de 600 mujeres.

En 1880 llegaron a lomo de mula las Hermanas Esclavas del Sagrado Corazón para hacerse cargo de la Casa hasta nuestros días.

El P. Amado Anzi, sacerdote y jesuita, misionero y amigo, dejó un manuscrito que se conserva en el Museo Brocheriano y que dice:

«¡Te jodiste, Diablo!». Es la palabra casi bíblica de Brochero al poner la piedra fundamental de la Casa de Ejercicios. Todos tienen algo que hacer; están levantando la casa de encuentro de Dios con el hombre. ¡Qué misterios y secretos del corazón humano guardará como cofre esta casa! Más de cien años.

Piedras, ladrillos, adobes, maderas, para encerrar el silencio, que luego saldrá hecho palabra, hecho ejercitante y hecho hombre nuevo. Nadie se hace a un lado; brazos no le faltan; era su obra y la de su pueblo, levantada sobre la roca de la fe. Vendrán vientos y tormentas sopladados por la historia, pero la casa seguirá evangélicamente en pie. Aquí se estrechan la mano, Dios y el hombre. Pero el hombre aprende que no puede dar la mano con el puño cerrado: hay que abrir el corazón. Es una reliquia, es el corazón de Brochero: su Milagro<sup>23</sup>.

A la muerte de Brochero habían pasado por la casa 70.000 personas. Una anécdota nos ilustra muy bien lo que pasaba en la casa de Ejercicios en vida del Cura Brochero:

Había en las Sierras Grandes, allá por 1887, un gaucho malo, capitán de bandoleros, famoso por sus robos y crímenes. La escasa policía de la región prefería hacer la vista gorda antes que librarle batalla campal, de la que hubiera salido infaliblemente derrotada.

El Señor Brochero se empeñó en hacer «tomar» los ejercicios al «Gaucho Seco», y fue a buscarlo a su escondrijo como quien busca un puma en su cubil. De entrada nomás le dijo que iba a curarle la lepra de que estaba cubierta su alma. El Gaucho Seco oyó estupefacto semejantes palabras y tuvo curiosidad de asistir a unas ceremonias tan extrañas, de que hacía diez años se hablaba tanto en el país.

Una mañana del frío mes de agosto llegó al Tránsito, montado en una mula zaina, guiado por el cura que montaba invariable mula malacara, y seguido a cierta distancia por otros jinetes que le guardaban las espaldas.

Vamos a ver –dijo el Gaucho Seco, apeándose a la puerta de la Casa de Ejercicios– cómo se me va a curar la lepra del alma.

Desensilló, entregó la mula a su lugarteniente, y llevando en brazos el apero que sería su cama durante ocho días, siguió a Brochero, que le hizo cruzar los dos patios y, palmeándole la espalda, le indicó una habitación donde dormiría con una veintena de hombres de su laya.

Más de setecientos paisanos habían llegado ya para esa tanda. Todos miraban no sin recelo al Gaucho Seco que pasaba arrogante entre ellos, haciendo sonar sus espuelas y arrastrando la cincha de su silla de montar cubierta por ricos pellones.

Sólo se oía el ruido de aquellos pasos y de aquellas espuelas. Un silencio imponente dominaba la extrañísima reunión.

¡Vamos a ver el milagro! dijo para sí con sorna, arrojando sobre la tierra empedernida el copioso apero.

Sonó entretanto una campanilla agitada por la mano de un viejo; y todos silenciosamente lo siguieron sin saber a dónde, y Seco detrás de ellos. Entraron en la capilla, oscura no obstante ser de día, alumbrada escasamente por algunas velas de sebo y la

---

<sup>23</sup> Anzi, Amado: sacerdote jesuita, nacido en La Angostura (Córdoba) el 4/3/27 y fallecido en Córdoba el 21/1/82. Misionero rural y eximio escritor. Su obra más difundida es el «Evangelio Criollo».

mariposilla del Sagrario. Un sacerdote de negra sotana empezó a hablarles. Nadie más que él hablaba. El silencio era absoluto y comprimía hasta el latido de las sienes.

Del patio llegaba un olor a carne asada. El Señor Brochero les preparaba el primer almuerzo en fogatas al aire libre. Terminó la plática y hubo rezos y cánticos: *misericordia, Señor, misericordia de mí, que a tanta misericordia tan mal te correspondí.*

El Gaucho Seco asistió sin aburrirse, pero sin comprender ni los cantos, ni los rezos, ni las pláticas.

Sonó otra vez la campana y salieron a almorzar. Siempre el mismo silencio impresionante. A lo sumo, el ruido de un cuchillo, uno de esos largos y filosos cuchillos de los gauchos, que cortaban un hueso.

Después tomaron mate alrededor de anafes de barro cocido, en que se iban durmiendo rojas brasas de algarrobo.

El Gaucho Seco, vencido por las ganas de tomar mate, se allegó a un grupo y aceptó que lo convidaran, sin atreverse a pronunciar una palabra; tan imperioso era el callar de la muchedumbre.

De nuevo la campana y el moverse en filas de la concurrencia, y el acudir a la capilla, y de nuevo la plática y los rezos y los cantos.

Al anoecer una fantástica procesión de Vía Crucis, y en seguida lo inaudito, la cosa más extraña del mundo: por turno, pues no cabían todos a la vez, entraban a la capilla, cerraban las puertas, se apagaba hasta la minúscula luz del Santísimo, y aquellos hombres recios, barbudos, se azotaban cruelmente las espaldas desnudas con sus rebenques de cuero trenzados. Entretanto los otros, fuera de la capilla, aguantaban excitados por la granizada de azotes, cuyo ruido llenaba el patio.

El Gaucho Seco penetró con sus compañeros pero permaneció de pie, en un rincón, torvo y enfurecido de haberse dejado llevar hasta aquella mojiganga.

Después de nuevo a las piezas, desnudas y frías, donde calentaron los estómagos vacíos con algunos mates, y se acostaron vestidos sobre sus aperos, en la tierra, porque no había camas, ni las necesitaban personajes como ellos.

Al alba otra vez la campana y las mismas distribuciones y el mismo silencio.

Más que las pláticas de los jesuitas que sucesivamente les hablaban, llamaban la atención del Gaucho Seco las coplas que se cantaban y cuyo sentido había comenzado a percibir: *perdón, ya mi alma sus culpas confiesa; mil veces me pesa tanta maldad... ... perdón, oh Dios mío, perdón y piedad...*

¿Sería cierto, sería posible que Dios lo perdonara a él?

¿Sería verdad que otros muchos, tan cargados como él de crímenes, habían encontrado misericordia al pie del Crucifijo?

Al tercer día el Gaucho Seco se azotó con furia los recios lomos y al sexto día se arrodilló sollozando a los pies de un misionero, que lo envolvió en el poncho de lana para que no lo vieran llorar.

¡Cayeron, mi curita, las escamas de la lepra! Hoy es el día de mi nacimiento.

Al otro año el Gaucho Seco volvió a los ejercicios trayendo a catorce paisanos más, que querían también hacer el maravilloso experimento de nacer de nuevo.

El último día de los ejercicios el cura los despedía con una carne con cuero y un sermoncito así: «Bueno, vayan nomás y guárdense de ofender a Dios volviendo a las andadas. Ya el cura ha hecho lo que estaba de su parte para que se salven, si quieren. Pero si alguno se empeña en condenarse que se lo lleven al diablo...»<sup>24</sup>.

## 6. Así en la vida como en la muerte

Tres meses antes de su muerte, José Gabriel del Rosario Brochero escribe su última carta despidiéndose de su compañero de oración, en la que nos revela profundamente su alma:

Tránsito 28 de octubre de 1913

«Al Sr. Obispo de Santiago del Estero Dr. Yaniz Martín»

Mi querido:

Recordarás que yo sabía decir de mí mismo, que iba a ser tan energético siempre, como el caballo chesche que se murió galopando; pero jamás tuve presente que Dios Nuestro Señor es y era quien vivifica y mortifica, quien da las energías físicas y morales y quien las quita: pues bien, yo estoy ciego casi al remate, apenas distingo la luz del día, y no puedo verme ni mis manos, a más estoy casi sin tacto desde los codos hasta la punta de los dedos y de las rodillas hasta los pies, y así otra persona me tiene que vestir o prenderme la ropa; la Misa la

<sup>24</sup> Aznar, Antonio: «El Cura Brochero» (Ed. Paulinas, 1951). Refiere esta anécdota a Martínez Zuviría.

digo de memoria, y es aquella de la Virgen cuyo Evangelio es: «*extollens quaedam mulier de turba...*»; para partir la hostia consagrada, y para poner en medio del corporal la hijuela cuadrada, llamo al ayudante para que me indique que la forma la he tomado bien, para que se parta por donde ha señalado, y que la hijuela cuadrada está en el centro del corporal para hacerlo doblar; me cuesta mucho hincarme y muchísimo más levantarme, a pesar de tomarme de la mesa del altar. Ya ves el estado a que ha llegado reducido el *chesche, el enérgico, el brioso*.

Pero es un grandísimo favor el que me ha hecho Dios Señor en desocuparme por completo de la vida activa y dejarme con la vida pasiva, quiero decir que Dios me da la ocupación de buscar mi último fin y de orar por los hombres pasados, por los presentes y por los que han de venir hasta el fin del mundo.

No ha hecho así contigo Dios Nuestro Señor, que te ha cargado con el enorme peso de la Mitra hasta que te saque de este mundo, porque te ha considerado más hombre que yo, por no decirte en tu cara que has sido y sos más virtuoso que yo.

Me ha movido a escribirte tal cual ésta porque tres veces he soñado que he estado en funciones religiosas junto contigo, y también porque el 4 del entrante enterramos 47 años a quienes eligió Dios para príncipes de su corte, de lo cual le doy siempre gracias a Dios, a fin de que nos veamos juntos en el grupo de apóstoles en la metrópoli celestial.

J. Gabriel Brochero<sup>25</sup>.

Los momentos finales de la vida del Siervo de Dios los referirá años más tarde el Padre Angulo escribiendo que: calmado de aquellos dolores agudísimos (tenía una neuritis terriblemente dolorosa) y clareado en su mente, el Señor Brochero rogó lo confesara y preparara su cercana hora. Quiso, ya dispuesto, recibir el Viático, sentado en la cama y de sotana. Sus súplicas de rezo a Jesucristo enternecían. Pero lo que sí quedó grabado en mi espíritu fue aquella fe viva y tierna del Señor Brochero, que cegado en sus ojos de carne y teniendo en sus manos el Santo Cristo parecía contemplarlo<sup>26</sup>.

Se extinguió serenamente. El cambio de la eterna luz se abría ante él como una recompensa de sus fatigas en la tierra. Fue el 26 de enero de 1914 cuando se produjo su muerte. En pleno verano, fue corriendo de boca en boca, con doloroso eco, la noticia de la muerte del Cura Brochero y un agobio de pena se quedó en las almas. Horas después muchos besaban entre sollozos las manos encallecidas por el trabajo y la frente quemada por los soles y los vientos de la montaña. Muda estaba ya su lengua, aquella lengua que había dicho en más de una ocasión verdades duras, quemantes pero que enseñaban con humana realidad a encontrar el camino del bien. Quedaba su sombra protectora, como un símbolo de cristiandad, de amor y de esperanza. La pequeña talla de su cuerpo se agigantaba en el espíritu de quienes habían recibido los beneficios de su actividad evangélica. Las flores, con el ramo de lágrimas de muchos corazones, quedaron junto a él. Tenían un silvestre perfume, como aquel arisco aire de las alturas, que Brochero respiraba con fuerza para «seguir a Cristo, imitándolo»<sup>27</sup>.

Concluyo haciendo mías las palabras del Cardenal Primatesta:

Ésa es a grandes líneas, la fisonomía espiritual de aquel sacerdote que sus feligreses llamaban con cariño y devoción: «*el señor Brochero*», nombrado por nosotros: «*el cura Brochero*».

Figura sacerdotal tan arraigada aún, y cada día más, no sólo en el alma de los serranos sino ya en casi todos los rumbos de Argentina.

*Profundamente piadoso, trabajador inteligente e infatigable, pastor incansable, celoso de las almas, promotor del desarrollo de una vida más humana, Brochero pertenece igualmente a este paisaje agreste y solemne de nuestras Sierras Grandes y a la historia de nuestro clero.*

Su nombre es ya un símbolo y un programa.

Y nuestros Sacerdotes saben ahora que una Parroquia, por grande, difícil o humilde que sea, puede ser un Campo de milagros si se la trabaja con Fe, con optimismo y con rectitud, es decir: SACERDOTALMENTE.

Y, como terminaba su estudio el Pbro. Dr. Severo Reynoso: «El Cura Brochero vivió en espíritu y en verdad. Trabajó con espíritu y por la verdad. Y como la Verdad y el Espíritu no pueden morir porque son la definición de Dios, la vida, el hombre y la obra de Brochero pertenecen a Dios, es decir a la inmortalidad».

Por eso hoy pedimos al Señor, de quien procede todo don perfecto: «Él, que dispuso que JOSÉ GABRIEL DEL ROSARIO fuese pastor y guía de una porción de su Iglesia, y lo

<sup>25</sup> Carta al Obispo de Santiago del Estero, Mons. Dr. Yañiz Martín: 28/10/13.

<sup>26</sup> Angulo, José Pío: «El Cura Brochero», Los Principios, Córdoba 21/2/40.

<sup>27</sup> Ejercicios Espirituales, 129.

esclareció por su celo misionero, su predicación evangélica y una vida pobre y entregada, que complete su obra, glorificando a su Siervo con la corona de los santos»<sup>28</sup>.

---

<sup>28</sup> Card. Primatesta, Raúl F.: Sínodo de Córdoba, 26/1/82, publicado por el Vicepostulador de la causa, Pbro. Luis Denardi (Av. Juan XXIII 1773; Bo. Talleres Este, Córdoba).

## ESPIRITUALIDAD

### LA CARIDAD PASTORAL CENTRO DE LA ESPIRITUALIDAD DE SERVICIO EN LOS ESCRITOS DEL CARDENAL PIRONIO

---

*Pbro. Emilio Cardarelli - Rosario*

Así como la caridad es el «vínculo de la perfección» (Col 3,14), la caridad pastoral es el vínculo de la perfección sacerdotal, su síntesis.

Ante todo vale la pena recordar que la caridad es fruto del Espíritu Santo (cf. Ga 5,22), don pascual de Jesús. Al hablar de caridad pastoral la referencia es siempre, al menos implícitamente, al Espíritu Santo que ha consagrado al sacerdote para el ministerio.

El Concilio Vaticano II, hablando de espiritualidad sacerdotal, da particular relieve a la caridad pastoral. El mismo ministerio es esencialmente santificador, porque la triple función sacerdotal supone y engendra la caridad del Buen Pastor<sup>29</sup>. La unidad de vida de los presbíteros se obtiene mediante el ejercicio de la caridad pastoral<sup>30</sup>. Sobre todo la caridad pastoral ilumina las exigencias absolutas de la humildad y la obediencia<sup>31</sup> y del celibato<sup>32</sup> y de la pobreza sacerdotal<sup>33</sup>.

Pero ¿qué es la caridad pastoral? El Card. Pironio a la hora de responder a esta pregunta dice:

«Podríamos describirla como la entrega heroica y gozosa a la voluntad del Padre, que nos lleva a una generosa y sencilla donación a los hombres, en sacramental comunión con nuestros hermanos. Esencialmente, la caridad pastoral es vivir en comunión.

Si el sacerdote es el hombre elegido y consagrado para hacer y presidir la comunión, se entiende por qué la caridad pastoral es el alma de su espiritualidad. Toda su vida ha de ser inmolación y ofrenda, donación y servicio, obediencia y comunicación.

La caridad pastoral se realiza así en tres planos: el de Dios, el de los hombres, el del obispo con su presbiterio»<sup>34</sup>.

Sea en su curso de ejercicios espirituales a la Curia Vaticana como en el que dirigió a los obispos de España y al clero de Bogotá el Card. Pironio parte para hablar de la caridad pastoral del texto joánico en el que Jesús se presenta a sí mismo como el Buen Pastor (10,1-18). Se centra en los versículos 14 y 15 y se detiene en tres verbos: *conocer*, *dar la vida* y *buscar* que indican tres actitudes propias del Buen Pastor.

El *conocer* dice relación al conocimiento bíblico, al conocimiento que es amor, que asume en carne propia el dolor y la alegría, la pobreza y el sufrimiento de los hombres.

El *dar la vida* dice relación al entregarse cada día en el ministerio sacerdotal; dar la Palabra y darse a sí mismo hecho Palabra, dar la Eucaristía y darse a sí mismo hecho pan para ser comido, darse para hacer crecer la comunidad en un itinerario de fe madura, de caridad y de justicia. Darse estando siempre disponible, dando tiempo, salud, la vida, sin reservarse nada; dar lo que se es o lo que se hubiera querido ser y no se pudo, dar aquella vida que se hubiera querido llevar... Darse abrazándose a la cruz de la esperanza, de la resurrección.

El *buscar* dice relación al espíritu misionero de testimonio, de profecía y de comunión del buen pastor que siembra paz, alegría y esperanza para que los que no creen, crean y los que creen se santifiquen<sup>35</sup>.

Hay un concepto que consideramos importante destacar al presentar la caridad pastoral tal como la entiende el Card. Pironio y es el de *justicia eclesial*:

«La caridad pastoral es justicia eclesial con aquellos que están cerca y a quienes tenemos que hacer participar activa y efectivamente. Ellos no están simplemente para ejecutar nuestras órdenes o para suplirnos cuando faltamos. Están para realizar su exigencia de participación comunal que les viene por el Bautismo... No vivimos nuestra caridad pastoral y nuestra justicia eclesial de comunión si no hacemos participar activamente a aquellos que han sido bautizados y son miembros de un mismo cuerpo, y tienen que crecer hasta la edificación del hombre perfecto»<sup>36</sup>.

---

<sup>29</sup> Cf. *Presbyterorum Ordinis*, 13.

<sup>30</sup> Cf. *Ib.*, 14.

<sup>31</sup> Cf. *Ib.*, 15.

<sup>32</sup> Cf. *Ib.*, 16.

<sup>33</sup> Cf. *Ib.*, 17. Con relación a la pobreza sacerdotal cf. la octava meditación de *Ejercicios espirituales a los obispos de España* (obra inédita), 1986 intitulada «La pobreza del profeta o el profeta hombre pobre», 82-95.

<sup>34</sup> *Escritos Pastorales*, Madrid 1975, 161.

<sup>35</sup> Cf. *Queremos ver a Jesús*, Madrid 1980, 197-198; *Ejercicios espirituales al clero de Bogotá* (obra inédita) 1990, 117-119.

<sup>36</sup> *Ejercicios espirituales al clero de Bogotá* (obra inédita) 1990, 119-120.

Con relación a la mayoría del Pueblo de Dios que está constituida por los *fieles laicos*, nuestro autor entiende que la caridad pastoral ha de impulsar al sacerdote a dar prioridad a su formación, a acompañarlos en su camino de santidad y a brindarles los elementos de una auténtica espiritualidad secular fundamentalmente a través de una experiencia de comunidad parroquial<sup>37</sup>.

La caridad pastoral se expresa también en la *solicitud para que cada miembro del Pueblo de Dios descubra la vocación* a la cual es llamado por Dios<sup>38</sup>.

La caridad pastoral no sólo se expresa en la relación con los religiosos y las religiosas y con el laicado; también se manifiesta excelentemente en la *amistad sacerdotal* vivida en el presbiterio presidido por el obispo y también en el nivel episcopal, viviendo las exigencias de la colegialidad:

«La auténtica amistad sacerdotal –que nace de una íntima comunión sacramental con Cristo– es una forma privilegiada de caridad pastoral. Como lo es también, aunque en otro nivel, vivir a fondo las exigencias de la colegialidad episcopal»<sup>39</sup>.

La caridad pastoral revela el sentido de la *actitud contemplativa* del sacerdote que nunca podrá ser una evasión de la realidad ni de su compromiso con los hermanos:

El silencio es necesario como capacidad indispensable para el encuentro equilibrado con nosotros mismos, para asimilar hondamente la palabra que hemos de anunciar, para aprender a dialogar de veras con los otros. La oración es indispensable para participar en el tiempo del gozo de la visión, para no perder la profundidad interior, para evitar el cansancio o la monotonía de la acción, para tener algo siempre nuevo que ofrecer a los hombres. La contemplación es necesaria para realizar bien nuestra función profética, para descifrar bien los signos de los tiempos, para que se forme en nosotros un permanente estado de disponibilidad, de comunión y de servicio<sup>40</sup>.

Ya hicimos mención de que a otra exigencia de la vida y del ministerio sacerdotal a la que la caridad pastoral da sentido es a la *obediencia* que es válida en la medida en que es una inmolación a Dios y que sólo tiene sentido como «comunión jerárquica» con todo el Cuerpo de Iglesia para el servicio de los hermanos<sup>41</sup>. Tal obediencia, si es auténtica, madura y responsable exigirá, según el Card. Pironio, tres actitudes: de fe, de amor y de diálogo.

Fe como la de Abraham, nuestro padre en la fe, como la de María, la perfecta discípula del Señor. Amor de inmolación del que es capaz quien ama y se siente amado. Diálogo para buscar con el superior el plan del Padre; la obediencia puede ser quebrada por rebeldía o por cobardía (no hablar cuando se debe)<sup>42</sup>.

Por último, como lo enseña el Concilio Vaticano II<sup>43</sup>, y ya lo señalamos precedentemente, hay una profunda conexión entre la caridad pastoral y el celibato: la *perfecta y perpetua continencia por amor del reino de los cielos* es signo y estímulo de la caridad pastoral:

Sólo puede ser entendida (la virginidad consagrada) en un contexto de amor. Y de amor absoluto. El Señor tiene derecho a una forma de amor exclusivo... La virginidad consagrada es inmolación y ofrenda gozosa a Dios, donación y servicio generoso a los hermanos, paternidad espiritual. A través de ella, el sacerdote se hace luminoso testigo de la esperanza escatológica, revelador de los bienes invisibles, profeta de los bienes futuros<sup>44</sup>.

Para comprender lo expuesto precedentemente, es necesario presentar dos de los posibles acentos en la impostación de la vida y del ministerio sacerdotal. Ambos concuerdan en que el sacramento del orden configura a Cristo Sacerdote para el ministerio<sup>45</sup>.

---

<sup>37</sup> Cf. *Ib.*, 120.

<sup>38</sup> «...Un sacerdote que ama su sacerdocio, que experimenta el amor de Dios en su vida sacerdotal, también siente la necesidad de engendrar nuevas vocaciones sacerdotales, religiosas y laicales, por eso promueve las distintas vocaciones» *Ib.*

<sup>39</sup> *Queremos ver a Jesús*, Madrid 1980, 204; cf. también «Soledad y amistad sacerdotales» en *Palabras Sacerdotales*, Buenos Aires 1992, 53-62 y «Reflexiones sobre la amistad» en *Queremos ver a Jesús*, Madrid 1980, 167-180 y la sexta meditación de *Ejercicios espirituales al clero de Bogotá* (obra inédita), 1990, que lleva por título «La caridad pastoral», 113-117.

<sup>40</sup> *Queremos ver a Jesús*, Madrid 1980, 163.

<sup>41</sup> Cf. *PO* 15.

<sup>42</sup> Cf. *Queremos ver a Jesús*, Madrid 1980, 164.

<sup>43</sup> Cf. *PO* 16.

<sup>44</sup> *Queremos ver a Jesús*, Madrid 1980, 164-165.

<sup>45</sup> Tomaremos como puntos de referencia el decreto *Presbyterorum Ordinis* del Concilio Vaticano II y el *Directorio para la vida y el ministerio de los presbíteros* de la Congregación para el clero. No es que ignoremos la Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores dabo vobis* –a la que haremos alguna mención y que entendemos que equilibra ambas tendencias– pero los dos documentos antes citados nos parecen más representativos de cada uno de los acentos.

a) Acento en la caridad pastoral (más ligado a la dimensión eclesiológica): *es mediante el ejercicio del ministerio* que el ordenado se une existencialmente a Cristo, dándose a sí mismo en la caridad pastoral.

Creemos que es el acento que asume el Concilio Vaticano II. Así el decreto *Presbyterorum Ordinis* dice: «...al ejercer el ministerio del Espíritu y de la justicia, si son dóciles al Espíritu de Cristo, que los vivifica y guía, (los presbíteros) se afirman en la vida del espíritu, ya que por las mismas acciones sagradas de cada día, como *por todo su ministerio, ellos mismos se ordenan a la perfección de vida*» (n. 12). Y el número siguiente comienza afirmando que: «Los presbíteros conseguirán de manera propia la *santidad ejerciendo sincera e incansablemente sus ministerios en el Espíritu de Cristo*» (n. 13). Este principio es luego aplicado al ministerio de la Palabra, al ministerio de los sacramentos y al ministerio de la autoridad.

Siendo Cristo «principio y fuente de la unidad de vida» de los presbíteros, ellos «desempeñando el oficio de Buen Pastor, en el mismo *ejercicio de la caridad pastoral* hallarán el *vínculo de la perfección sacerdotal*, que reduzca a *unidad su vida y acción*» (n. 14).

El presbítero se santifica por el ministerio vivido en la caridad pastoral y allí encuentra también la unidad de vida. Los medios ordinarios de santificación están al servicio de la vivencia ministerial, y el decreto conciliar hablará de ellos más adelante, cuando trate acerca de los recursos para fomentar la vida espiritual. Así, se lee: «Para fomentar la unión con Cristo en todas las circunstancias de la vida, aparte el ejercicio consciente de su ministerio, gozan los presbíteros de medios comunes y particulares, nuevos y antiguos, que el Espíritu Santo no deja de suscitar en el Pueblo de Dios...» (n. 18).

b) Acento en la vida espiritual (más ligado a la dimensión cristológica): *es mediante la vida espiritual* que el ordenado se une existencialmente a Cristo, dándose a sí mismo en la caridad pastoral.

En este acento entendemos se ubica un documento más reciente del Magisterio como el *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, de la Congregación para el clero, fechado el 31 de enero de 1994.

Así, por ejemplo, se lee: «...los presbíteros mantendrán vivo su ministerio con una *vida espiritual* a la que darán *primacía absoluta*, evitando descuidarla a causa de las diversas actividades» (n. 38).

En el número siguiente continúa: «tal vida espiritual debe encarnarse en la existencia de cada presbítero a través de la liturgia, la oración personal, el tenor de vida y la práctica de las virtudes cristianas; todo ello contribuye a la fecundidad de la acción ministerial» (n. 39). Luego menciona detalladamente aquellos «medios comunes y particulares, nuevos y antiguos» que fomentan la unión con Cristo de los que hizo mención el Concilio (*PO* 18, ya citado).

Con esta acentuación, la caridad pastoral no unifica ya la vida, sino sólo la acción: «La caridad pastoral constituye el principio interior y dinámico capaz de unificar las múltiples y diversas actividades del sacerdote...»<sup>46</sup>.

El ministerio vivido en la caridad pastoral sería sólo un medio más de santificación, continuación y expresión de la vida espiritual.

El primado que se da a esta última, justifica, siempre a nuestro entender, que se advierta sólo sobre el riesgo real de un «activismo exterior»<sup>47</sup> y de que la caridad pastoral sea vaciada de significado por un «cierto funcionalismo»<sup>48</sup>. Llama la atención el silencio respecto de un intimismo capaz de hacer que ante los desafíos de la hora presente el presbítero se refugie en el ámbito de lo privado.

Los textos citados del Card. Pironio expresan fidelidad a la acentuación conciliar y coherencia con su reiterado presentar la dimensión cristológica del sacerdocio contemplando a Jesús, Sumo Sacerdote de la Nueva Alianza, en la perspectiva del Siervo de Yavé.

---

<sup>46</sup> Congregación para el clero, *Directorio para el ministerio y la vida de los presbíteros*, 43. En realidad es cita de la Exhortación Apostólica Postsinodal *Pastores dabo vobis*, 23. El mismo número concluye citando *Presbyterorum Ordinis*, 14 que, como hemos visto enseña que la caridad pastoral unifica la vida y la acción del presbítero.

<sup>47</sup> *Ib.*, 40.

<sup>48</sup> *Ib.*, 44.



**PASTORAL  
ACOGIDA Y ACOMPAÑAMIENTO DE PERSONAS EN DIFICULTAD  
PSICOLÓGICA. Algunas reflexiones.**

---

*Bernard Piteaud. Instituto Católico de Paris.*

*Pretores Diocésains. Mayo 1997.*

A menudo somos solicitados para un diálogo por personas que presentan dificultades o alteraciones psicológicas. Los que tienen una función de recepción en las Iglesias de grandes ciudades saben de esto. Muchas personas que atraviesan crisis, están tocadas por la depresión, vienen también a golpear la puerta de los presbíteros. No necesariamente tienen estrechos vínculos con la Iglesia, pero piensan que allí encontrarán un oído atento; sienten confusamente también que pueden recurrir a Dios en su angustia y que uno de sus representantes podrá ayudarlos o al menos escucharlos.

Hay una gran diversidad entre esas personas que podemos encontrar. Es necesario saber distinguir ciertas formas de afectación que desvinculan de la realidad a quien las padece. Nosotros comprendemos en esos casos que no podremos hacer gran cosa por ellos, mas que escucharlos un poco, con atención y bondad, decirles que Dios los ama, asegurarles que rezaremos por ellos y tal vez orar algún momento con ellos. Debemos a menudo decirles gentilmente que no podemos consagrarles mucho tiempo, porque algunos hablarían gustosamente durante horas. Sin embargo, por el respeto con que los tratamos, es posible que les hayamos permitido vivir un poco mejor, con menos angustia, durante un tiempo. Nosotros somos testigos de que toda persona, cualquiera sea su estado psíquico, es amada por Dios, que tiene derecho a un infinito respeto, y que la proximidad de Dios hacia los más pobres se extiende a esta gente. Nuestra acogida y escucha, son signos de la gratuidad del amor que la Iglesia tiene hacia todos los que se acercan a ella, y especialmente a los más disminuidos.

Sin embargo la mayor parte de los que encontramos en dificultades psicológicas, no presentan este perfil. Son personas normalmente insertas en la vida social, a las que sus problemas hacen más vulnerables que otras frente a las durezas de la sociedad actual. Ellas experimentan un malestar en sus relaciones con los otros y en ocasiones en su relación con Dios. Este malestar ha surgido a menudo con ocasión de situaciones difíciles o fracasos, de orden familiar, profesional u otros. Ocultadas frecuentemente durante años, las heridas de una historia afectiva compleja se manifiestan y sumergen a las personas en una confusión interior de la cual no pueden salir y que muchas veces ni siquiera saben expresar. La fachada que inconscientemente se han construido para poder vivir, a pesar de todo, se resquebraja. Experimentan la impresión de no ser ellos mismos. La angustia, oculta debajo de las múltiples actividades y preocupaciones, no puede ser contenida y se expresa, según los casos, en una agresividad incontrolable, en miedos irracionales, en incapacidad de hacer frente a imprevistos, en comportamientos autoritarios y de otras maneras. Las relaciones con el entorno se ven perturbadas. La persona no se comprende más. No se está más en la misma longitud de onda y se aleja cada vez más de los otros.

**Importancia del primer encuentro**

Llegamos a estar desconcertados por estas demandas. ¿Por qué las personas vienen a buscarnos cuando su dificultad es ya psicológica? ¿No es acaso porque ellas saben más o menos confusamente que la crisis que atraviesan las refieren a lo más profundo de sí mismas, tocan su identidad, el misterio de su ser? Si Dios tiene que ver con todo lo que nos adviene ¿Cómo no tendrá que ver con esta cuestión que afecta la unidad personal y que se expresa en una angustia profunda? ¿Quién puede negar el acierto de esta intuición? con frecuencia, el que escucha piensa un poco ligeramente: "Usted debería buscar un psicólogo, su problema no es de mi competencia". Cualquiera sea la verdad de esta afirmación, nosotros debemos ir más lejos, las personas que vienen a confiarnos sus dificultades y a las que damos ese consejo se alejan a menudo desilusionadas. Ellas deben ser escuchadas con delicadeza y respeto; se ha instaurado un inicio de diálogo, pero no volverán porque las hemos "derivado" a otro; así ellos tienen la impresión de haber sido abandonados a su angustia.

¿Qué es lo que ha sucedido? ¿El que escucha se ha sentido completamente sobrepasado por lo que le han dicho? ¿No ha sabido como proseguir el diálogo por temor a cometer una error en este dominio tan delicado? Esto puede ocurrir. Se vacila en plantear la cuestión, o se tiene miedo de comprometerse demasiado lejos en la escucha y de jugar al psicólogo. En efecto, nosotros no debemos sobrepasar nuestras competencias. Hay un tipo de trabajo que no es el nuestro, y el respeto por aquellos que nos buscan supone que no haya ambigüedad de nuestra parte en este punto. Quien gusta inmiscuirse en un campo que no es el

suyo revela a menudo su propia falta de libertad interior. Pero no es hacer psicología escuchar con paciencia y discreción a alguien que expresa su sufrimiento.

Por otra parte, la distinción entre lo psicológico y lo espiritual no es una separación radical. Lo "espiritual" no es un "en sí". Se expresa diariamente en los sentimientos, las motivaciones, y las reacciones más diversas, por lo tanto, en lo "psicológico". Cuando escuchamos, es siempre una persona con todo lo que ella es lo que escuchamos. Sin embargo, a veces se piensa, que es necesario arreglar los problemas psicológicos antes de poder comprometerse en un verdadero camino espiritual. Decirle de entrada a alguien: "su problema no es de mi competencia", es darle la impresión de que no se lo puede ayudar a vivir espiritualmente sus dificultades psíquicas o que la vida espiritual estaría reservada a la gente que llamamos equilibrada.

¿Qué buscan en realidad esas personas que solicitan nuestra atención? En primer lugar, ser escuchadas y escuchadas hasta el final. En muchos casos, es la primera vez que ellos se expresan en este registro y a este nivel de profundidad. Ese paso los compromete muy íntimamente. Su sensibilidad es, por lo tanto, muy viva y la calidad de nuestra acogida condiciona en gran medida su capacidad de continuar abriéndose a nosotros mismos o a otros. Si nosotros estamos muy apurados, si parecemos agitados, preocupados o poco interesados, no les facilitaremos la palabra. Ellos temerán molestarnos de nuevo, o pensarán que sus problemas no merecen ser escuchados y que en el futuro harán mejor en guardarlos para sí mismos. El primer contacto es frecuentemente mucho más importante de los que solemos pesar.

### **Una imagen de Dios que debe evolucionar**

Si estas personas se dirigen a la Iglesia, es porque, como ya lo hemos sugerido, piensan que Dios tiene que ver con lo que ellos viven y no puede permanecer extraño a su enfermedad. Pero de hecho, su relación con él está habitualmente perturbada por esas dificultades. Muchos están llenos de una fuerte culpabilidad. Se reprochan por todo lo que les sucede y piensan que podrían salir mucho mejor si hicieran los esfuerzos para los cuales no se sienten incapaces. A menos que reprochen confusamente a Dios por el estado en el que se encuentran, las injusticias, los traumatismos de los que ellos han sido víctimas y sufren todavía. ¿Cómo Dios ha podido permitir éso? Algunos se preguntan si la situación en la que se encuentran no será una prueba enviada por Dios cuyo sentido desconocen. Muchos sentimientos de cara a Dios y a los demás pueden aparecer en el diálogo. Esto dará la ocasión de examinar la imagen de Dios que se manifiesta a través de las reacciones y tratar de modificarla. Dios no es un Dios que condena, es un Dios que ama, un Dios que está siempre con nosotros cualquiera sea nuestro estado espiritual. Muchas personas piensan implícitamente que sus miserias los hacen indignos de Dios. Estiman que deben corregirse, hacerse presentables para poder situarse correctamente frente a Él. Como esto no ocurre, se culpabilizan cada vez más. No comprenden que es tal como son que Dios los ve, con sus pobreza, sus límites y pecados. Aceptar esta verdad de uno mismo, aceptar ser vulnerable a la mirada de aquel que es dulce y misericordioso, es ya un paso liberador. El no puede dejarnos solos justamente en aquello que constituye la parte más oscura y pesada de sobrellevar de nosotros mismos. Puede incluso que busquemos escapar de él por un sutil orgullo, por una falta de confianza en su bondad radical; si nos va a liberar, no puede hacerlo si no nos presentamos delante suyo con todo aquello que en nosotros es lo más perdido. Desgraciadamente el hombre no deja de dudar de la capacidad de Dios para encontrarle en lo más profundo de su mal.

Dios no es alguien que interviene directamente en los acontecimientos, sea para ponernos a prueba, sea para modificar el curso de las cosas a nuestro favor o en contra nuestra. Cuando atravesamos períodos difíciles, ellos constituyen para nosotros una prueba, pero no es Dios quien nos la envía, como para medir nuestra capacidad para sufrir o asumir positivamente las dificultades. En realidad, Él nos acompaña en las pruebas para ayudarnos a vivirlas, y solicita nuestra libertad para encontrar las actitudes que nos permiten afrontarla y salir fortalecidos.

Mencionamos solamente dos ejemplos: ellos muestran que la imagen de Dios que expresan las personas en dificultad que recibimos y no solamente ellas no es del todo justa. También sucede esto con la representación que ellos se hacen de la perfección moral o espiritual. Suelen llegar con una idealización de ciertos valores puestos por obra con un voluntarismo inconsciente: una abnegación sin reservas puede servir de coartada para un olvido de sí que no tiene más que las apariencias de la caridad. Esto proviene a menudo de un deseo oculto de aparecer a sus propios ojos y a los de los demás como aquel o aquella que se entrega sin límites y del cual se habla con admiración. Esta actitud puede tener su origen en

una educación rígida en la que acordarse de sí mismo significa negar la generosidad preconizada como valor supremo. Llega un día en el que la fachada se desploma. En ciertos casos, esto puede llegar hasta la depresión si la culpabilidad acumulada es intensa y cuando esta es reforzada por la incapacidad en que se encuentra la persona de continuar estando al servicio de los demás. Es necesario descubrir que una sana atención de sí mismo no es contraria a la caridad. Si esto se descuida, la frustración aflora en el comportamiento bajo la forma de un orgullo sutil que pervierte las mejores intenciones.

Una escucha paciente y atenta permitirá hacer conscientes las concepciones de Dios o las maneras de entender la vida espiritual que traban el crecimiento y perturban las relaciones. Seguramente no se tocarán los resortes psicológicos profundos a los que está ligados estas actitudes, pero esto es de una competencia distinta de la nuestra. Un diálogo en este dominio ayudará a ver nuevas dimensiones en la relación con Dios, y por eso mismo, vivir una mayor libertad espiritual y corregir ciertos comportamientos espontáneos.

### **El encuentro con un psicólogo...**

Volvamos ahora a la cuestión del encuentro con un psicólogo. Que sea bueno para las personas de las que estamos hablando entrevistar a un especialista que los ayude a ver más claro el origen de su malestar y a resituarse en sus relaciones y responsabilidades es evidente. Pero muchos no están listos para dar este paso de golpe y sin preparación. Será necesario algo de tiempo para encaminarlos. En efecto, a pesar de la vulgarización de la psicología clínica, la búsqueda de un psicólogo suscita todavía fuertes defensas: Es necesario hablar de uno mismo, ¿a dónde nos puede conducir? ¿qué puedo llegar a descubrir de mí mismo? ¿no será mejor dejar que el tiempo atenúe la crisis que atravieso? Y por último, esta objeción suprema, que todavía se escucha algunas veces: "todavía no estoy tan loco". Mucho tacto y delicadeza son necesarios para hacer comprender que no es necesario tener el espíritu destruido para recurrir a una competencia que permitirá conocerse mejor y enfrentar mejor la vida. Lo desconocido es siempre inquietante, y es cierto que aceptar dialogar con un psicólogo, es lanzarse a una aventura interior de la que uno no conoce ni el desarrollo ni la duración ni la dificultad que ella va a representar. Es asumir un riesgo y el temor que se experimenta explica estas resistencias.

Desmotar esas resistencias importa mucho, desde un punto de vista psicológico en primer lugar. El hombre es, en efecto, un ser inacabado y en estado constante de construcción de sí mismo a lo largo de toda su historia. Nuestra cultura es muy sensible a la complejidad de este desarrollo. Es necesario modificar la concepción que hasta hace poco predominaba de la "edad adulta" Se hablaba con entusiasmo de un hombre "hecho y derecho", llegado a su plena madurez. Después de lo cual él no tendría mas que dejar desplegar en su existencia esta plenitud adquirida. Sabemos hoy que las cosas no son tan simples: sin necesidad de hacer alusión a las múltiples etapas que una persona debe recorrer en el curso de su historia psíquica, no se puede negar que cada uno guarda en sí trazos de inmadurez, fragilidades que en ciertos momentos pueden tomar proporciones más importantes. Nunca termina el desarrollo de la personalidad. Nunca terminamos de conocernos, de asumir nuestro límites, de integrar los diferentes elementos de nuestra historia. Iniciar una reflexión sobre uno mismo, con la ayuda de un especialista, es haber comprendido el inacabamiento de la propia individualidad y participar en la edificación de uno mismo.

Sin embargo, la dimensión psicológica no esta sola. Para un creyente que experimenta dificultades en este plano, aceptar la ayuda de un especialista, es también aceptar participar de una cierta manera en la obra creadora que continuamente Dios efectúa en él. Sabemos que la creación no está realizada de una vez por todas. Dios está continuamente en acto de creación y nos asocia a su despliegue en la historia. En la medida en que nosotros somos seres inacabados, Dios nos permite participar por nuestra libertad en nuestro propio desarrollo. Aquel que acepta una terapia responde a una invitación de Dios para que crezca en humanidad. Esta perspectiva da una dimensión dinámica a una búsqueda en la que se corre el riesgo de volver atrás. Podemos así ayudar a personas que vacilan de lanzarse en la aventura terapéutica para que la inicien con confianza de participar en la obra de Dios en ellos mismos. Además, este trabajo interior los pondrá en situación de recibir cotidianamente el don de Dios y responder mejor a sus llamados, es decir estarán más disponibles a la salvación que Dios no deja de ofrecerles.

Seguramente surgirán algunas dificultades a la hora de elegir un terapeuta. Algunas personas quisieran encontrar un psicólogo que sea cristiano. Detrás de este deseo se encuentra a menudo el temor más o menos confuso de que en el curso de la terapia, se pongan a prueba las representaciones en las que la fe ha tomado forma. En la angustia que viven, la fe constituye un apoyo, a veces, el único apoyo que les parece verdaderamente sólido. Si eso se

derrumba, ¿qué quedará? El diálogo sobre estas cuestiones puede ayudar a comprender que la fe no tiene nada que temer cuando se trata de un trabajo terapéutico, porque ella no es del mismo orden. Por otra parte sea cristiano o no, un buen terapeuta respeta la fe de los que se dirigen a él. En ocasiones, la terapia puede poner en cuestión las representaciones de Dios que cada uno se ha forjado inconscientemente para suplir sus fragilidades, puede hacer tomar conciencia de la falta de claridad y firmeza de ciertas motivaciones o de ciertas maneras de vivir la fe como respuesta demasiado inmediata a deficiencias psíquicas. Descubrimientos saludables. En este sentido, la terapia es un oportunidad para que la misma fe salga purificada en esta búsqueda. El que acompaña juega en este caso un rol de fortalecimiento para ayudar a aceptar los riesgos de una aventura que es al mismo tiempo psicológica y espiritual.

### **Dios presente en la oscuridad**

Es necesario estar muy atento y muy presente, porque la travesía es a veces dura. Por lo tanto, desde la perspectiva psicológica, ciertas terapias "pesadas", como el análisis, revelan la crisis profunda de identidad que toca a las personas en dificultad. La angustia que viven no desaparece del todo por los primeros diálogos con el especialista. Al contrario, a menudo se hace más viva por el descubrimiento progresivo de campos de exploración nuevos que uno no suponía y que hacen penetrar en un universo desconocido. Suele suceder que se detienen largamente en los umbrales que hay que franquear, de los que no se percibe el sentido que tendrá haberlos franqueado. Frecuentemente, apenas salido de un túnel se ingresa en otro, igualmente oscuro, y se preguntan cuándo va a terminar todo. Se trata de verdaderas noches que nos prueban de verdad. Aunque sean de otro orden de las que nos habla Juan de la Cruz, ellas pueden ser vividas espiritualmente, y el que acompaña no debe abandonar en medio de estas noches a quien las atraviesa. Evidentemente, habrá que estar atento para no ofrecer un apoyo ficticio. Hay maneras de sostener que impiden al otro asumir plenamente su vida y encontrar su libertad que aflora lentamente en el corazón de la oscuridad. Él será testigo de un Dios del éxodo que hace pasar por la tierra de esclavitud a una tierra de libertad. En esos tramos oscuros, desestabilizantes, en los que se tiene la impresión de estar perdido, el testigo de Dios ofrece confianza para la marcha, confianza en una salida no vislumbrada todavía pero que existe aunque nadie la pueda anunciar con precisión, confianza en esas mediaciones humanas que remiten siempre a una libertad que todavía no se posee pero que va a emerger un día, en el momento menos pensado. Dios acompaña al hombre en esta larga y difícil construcción de sí mismo. No deja de dirigirle su Palabra y de ofrecerse a él como alimento en el camino. Además, a lo largo de esta travesía, la relación con Dios puede abrir al creyente perspectivas nuevas que le permiten ampliar su campo de preocupaciones y no estar constantemente anclado en los problemas psicológicos del momento. Por el encuentro con Dios en la fe, se le ofrece una esperanza que moviliza las mejores energías y le permite creer que una liberación es posible.

Pero puede pasar también, como lo hemos sugerido más arriba, que las representaciones de la fe sean puestas en cuestión por el trabajo psicológico. En ese caso, la oscuridad invade también a la fe misma. La proximidad del que acompaña espiritualmente es en esos momentos más necesaria para evocar discretamente la presencia de Dios que está más allá de todas las representaciones, es distinto de todas las imágenes que podamos hacernos de él y que nos invita a reencontrarlo en la noche oscura.

### **Aceptarse humildemente**

En el curso de toda esta búsqueda a tientas, la persona en dificultades psicológicas no deja de experimentar sus límites, de descubrir los vacíos de su historia, de constatar las posibilidades que no se han desarrollado en ella a raíz de una educación en la que ha faltado el amor o de los diversos traumatismos sufridos en la infancia. La rebelión surge a veces con violencia; fase necesaria sin duda, pero que poco a poco debe dejar lugar a una aceptación de sí mismo; esta no es aniquilación definitiva de la personalidad; por el contrario es la fuente de un dinamismo que permite afrontar de manera constructiva la realidad y descubrir posibilidades nuevas que, paradójicamente, el sufrimiento ha profundizado. No poder escapar de la realidad contra la cuál se rebela o que trata de evitar por toda clase de estrategias de evasión constituye la curación misma. Aceptar la realidad pasada para poder aceptar la realidad de hoy, realidad de los otros y de los acontecimientos que le tocan vivir, tal es la liberación que llega por fin de cara al futuro y promete fecundidad en la existencia.

Vivir el combate para esta aceptación delante de Dios y con El no es algo sin importancia para un cristiano. Se descubre que Dios no cesa de donarnos a nosotros mismos, pero que al

mismo tiempo nosotros no podemos recibimos más que marcados por las heridas de una historia de límites y pecados que nos sobrepasa y nos hace remontar a los orígenes. Aceptarse uno mismo de la mano de Dios es, en el corazón de nuestras pobreza que será necesario primero reconocer, consentir que se desplieguen en nosotros las posibilidades, las capacidades que nos sitúan como actores de nuestra historia y de la del mundo. Podemos ahora llevar adelante la obra de Dios con lo que somos, sin soñar con lo que podríamos haber sido y no hemos llegado a ser. Esta actitud de aceptación es a la vez consentimiento de lo que somos con nuestro pasado y nuestro presente, y aceptación no del mal, pero si de las heridas que el mal ha dejado en nosotros.

Esta herida es fuente de sufrimiento. Aceptar este sufrimiento, no rechazarlo, no negarlo ni rebelarse contra él, aceptarlo y confiar es el único camino para que llegue a ser fecundo y para que nazca un gozo profundo que lo desborda por todos lados. Sabemos que el niño esta frecuentemente amurallado en su sufrimiento, lo esconde porque revelarlo sería poner en cuestión a los adultos que lo acusan, por ese motivo no habla. A cada uno su pena. No dice lo que sufre. El adulto debe reaprender a confiar su sufrimiento si quiere ser liberado, confiarlo a Dios que lo asocia a la cruz de Cristo, que lo carga sobre sí. Una comunión profunda con Cristo que lleva su cruz, puede establecerse, y dar sentido a ese camino doloroso que deja de encerrarnos en nosotros mismos y nos abre poco a poco a una solidaridad profunda con todos los heridos por la vida.

La presencia discreta del que acompaña permitirá a las personas en dificultad hablar de su sufrimiento. Esta palabra recibida con bondad es liberadora para quién la pronuncia. Ella inicia un camino que conduce al humilde reconocimiento de las pobreza humanas que nos habitan. Entregadas y confiadas a Dios, integradas en la cruz de Cristo, devienen misteriosamente en una fuente de riquezas; dejan de ser un freno y un obstáculo para nuestro progreso espiritual; favorecen por el contrario una verdadera comprensión de todos los que sufren.

Quedan evidentemente otros aspectos para examinar, en particular el de la culpabilidad, al que simplemente hemos hecho alusión y que es una cuestión recurrente en el acompañamiento de las personas en dificultad psicológica. El marco limitado de este artículo no permite detenerse más ya que es necesario mucho tiempo para abordar una materia que no permite tratamientos sumarios. En cualquier caso toda la relación entre lo psicológico y lo espiritual es compleja. El que ignore la complejidad carecerá de delicadeza, no respetará las competencias de otros y correrá el riesgo de hundir al otro en la culpabilidad. Si tiene miedo dificultará que otros le confien sus problemas y sufrimientos.

**Henri Nouwen**

### **Una incansable búsqueda de Dios**

Jurjen Beumer

Editorial Lumen, 222 pags.

Para quienes vienen leyendo las obras de Nouwen, este es un libro muy atractivo para conocer su vida, su búsqueda de Dios y cómo esto se relaciona con su obra.

En "*Pastores*" hemos presentado, en recensiones realizadas, varios de sus libros: "En el nombre de Jesús" (Nº 4, pag. 49); "Tres etapas de la vida espiritual" (Nº 7, pag. 67); "El sanador herido" (Nº 12, pag. 61); y conocemos otros que tanto bien han hecho a quienes los han leído, como "El regreso del hijo pródigo".

Jurjen Beumer mantuvo durante 15 años una amistad profunda con Nouwen. No sólo conoce sus obras sino también las búsquedas de su vida. Esta obra estaba terminada, pero no estaba aún en imprenta cuando Nouwen falleció el 21 de septiembre de 1996, en su tierra natal, los países bajos.

Es una biografía "autorizada", escrita por alguien que lo conoció personalmente. El mismo Nouwen colaboró en su realización y también su familia.

Enfoca circunstancias íntimas de su vida, pero con mucha discreción: la cercanía con su madre, los conflictos con un padre de carácter fuerte, su vocación temprana por el sacerdocio y el estudio, su servicio militar, sus cátedras, sus viajes a América Latina, sus estancias en el monasterio de Genesee, su misión final de convivir con discapacitados, sus depresiones.

Sobre todo, analiza las obras de Nouwen, relacionándolas con su vida personal y con sus temas favoritos: el conflicto entre su vocación de estudiar y escribir, y el servicio al prójimo, que no siempre le permitía hacer lo anterior; la relación que hay entre psicología y espiritualidad.

La segunda parte presenta los temas fundamentales de su espiritualidad, la relación con la ética y la solidaridad y sus aportes teológicos.

Tiene fotos inéditas y una bibliografía completa dónde se aclara cuáles libros ya han sido publicados en castellano.

Es un digno recuerdo de alguien, que con su obra, ha hecho tanto bien a sacerdotes y laicos que lo leyeron.

### **"Il dono della pace"**

Reflexiones personales del Cardenal Joseph Bernardin  
Quiriniana, Brescia, 1997.

Uno de los hombres más importantes del episcopado yanqui de los últimos años fue el Card. Joseph Bernardin.

Hijo de emigrantes italianos, tenía 38 años cuando fue elegido obispo auxiliar de Atlanta y Secretario general de la Conferencia Episcopal de Estados Unidos, una de las más numerosas del mundo.

Promovido al Arzobispado de Cincinnati, coincidió parte de su misión allí con la presidencia del episcopado (1974-77) en un período de profunda agitación que supo administrar de tal manera que llamó la atención de la opinión pública, convirtiéndose en uno de los hombres más consultados del episcopado mundial. Prueba de ello es que "Time" lo declara el hombre del año en 1982.

Eran los tiempos en que los obispos estaban preocupados por la política de Reagan, como lo muestra la valentía de dos resonantes pastorales (una sobre la economía y otra sobre la guerra nuclear) que disgustaron mucho al presidente, pero que fueron el signo de una iglesia que quería hacer realidad la letra y el espíritu del Concilio.

Promovido a la sede de Chicago en 1982 y creado cardenal en 1983, siempre fue promotor de una ética coherente con la defensa de la vida y no tuvo empacho de inclinarse en favor de los pobres e indefensos.

En la cumbre de su prestigio y del reconocimiento de todos por su coraje y claridad, llegó para él la hora de la cruz.

Ha dejado un impresionante documento que no es una autobiografía sino una reflexión sobre su vida durante los últimos tres años. De ese documento dice el Card. Martini que es “uno de los testimonios más estremecedores de nuestro tiempo”.

Ocurre que en 1993 es acusado por un ex seminarista de haber abusado sexualmente de él, lo cual causó el lógico revuelo. Bernardin no rehusó en ningún momento las consecuencias de esta injusta acusación que llega a su momento culminante cuando el joven Steven Cook pidió al juez de la Corte Federal de Cincinnati retirarla en 1994.

Todas las pruebas mostraron que este joven, para colmo afectado de AIDS, había sido objeto de una manipulación para engañar el prestigio del cardenal.

Impresiona su gesto de acercarse a este desdichado no sólo para perdonarlo sino también para acompañarlo en su sufrimiento: pocos meses después moría devorado por la enfermedad a los 34 años.

La figura del cardenal salió engrandecida de este episodio pero a partir del 3 de junio de 1995 se desencadena otra estación del camino de la cruz: se le diagnostica un cáncer y su vida, sin perder el ritmo de una actividad incansable, se extingue el 14 de noviembre de 1996, no sin antes haber escrito esas “reflexiones personales” que llevan el título de “El don de la paz”.

Impresiona ver, de su puño y letra, la presentación del libro, firmada el 1 de noviembre de 1996 y en el cual parafraseando a Dickens habla del tiempo mejor, que es al mismo tiempo, el peor.

Peor por la humillación, el dolor físico, la ansiedad y el miedo, pero mejor por la reconciliación, el amor, la sensibilidad pastoral y la paz fundada en la gracia de Dios y en el reconocimiento sincero de su pueblo.

*Pbro. Hugo W. Segovia*

### ACTIVIDADES FORMATIVAS PARA SACERDOTES

La Comisión Episcopal de Ministerios de la Conferencia Episcopal Argentina (CEMIN), a través del Secretariado Nacional para la Formación Permanente de los Presbíteros ha organizado para el año 1999 distintas actividades formativas, cuyo destinatario son los presbíteros de las diócesis del país. Se trata de:

1. **EJERCICIOS ESPIRITUALES:** dirigidos por predicadores jesuitas de vasta experiencia en retiros para sacerdotes. Estos Ejercicios se realizarán en la Casa de Villa Cura Brochero (Provincia de Córdoba):

- del 19 al 23 de abril: dirige la tanda el P. Julio Merediz, sj
- del 31 de mayo al 4 de junio: dirige la tanda el P. Ernesto López Rosas, sj

Para informes e inscripción: dirigirse directamente a la **Casa de Ejercicios; hablar con la Madre Magdalena Quiroga (tel.: 0544-70051; fax.: 0544-72330)**

2. **TALLER PARA PÁRROCOS:** Se trata de una experiencia de capacitación por medio de una pedagogía activa (es un “taller”, no un curso) en el que se ofrecen elementos teológico-espirituales, canónicos y organizacionales, para la gestión del responsable de una comunidad parroquial. Para ello se cuenta con la colaboración de profesores de las Facultades de Teología y Derecho Canónico de la UCA y especialistas en técnicas de organización.

Se han enviado a todos los Señores Obispos fichas de inscripción para que una vez completadas por los interesados sean remitidas a: **CEMIN (Taller para párrocos), Suipacha 1034 - 1008 BUENOS AIRES.** Se ofrecen tres fechas y lugares distintos para favorecer una mayor participación. Cada participante puede elegir lo que más le convenga por fecha o lugar:

- 19 al 23 de abril: Casa “El Cenáculo”, Pilar (Pcia. de Buenos Aires).
- 19 al 23 de julio: Seminario “La Encarnación”, Resistencia (Pcia. del Chaco).
- 18 al 22 de octubre: Casa “Nuestra Señora de la Consolación”, Villa Allende (Pcia. de Córdoba).

3. **ENCUENTRO NACIONAL DE SACERDOTES:** Este Encuentro, en continuidad con el que se realizó en agosto de 1994, tendrá lugar en Villa Cura Brochero (Provincia de Córdoba) los días 7, 8 y 9 de septiembre (aunque se recomienda llegar el día lunes 6 por la tarde).

Con esta convocatoria la CEMIN busca promover un gesto de unidad de los presbíteros de Argentina, que en un clima de encuentro fraterno y oración se preparan juntos a la celebración del Gran Jubileo. Por ello la temática girará en torno a los ejes propuestos por el Papa para el año 1999, desde la propia perspectiva: los sacerdotes como testigos de la misericordia del Padre y como ministros de la Reconciliación. Las reflexiones serán dirigidas por Mons. Estanislao Karlic, Arzobispo de Paraná y Presidente de la CEA, y el P. Leonardo Cappelutti, de los Padres Dehonianos. Habrá también otras actividades complementarias orientadas a hacer de este encuentro un momento fuerte de comunión presbiteral.

Oportunamente se hará llegar a las diócesis información más precisa sobre horarios y otros aspectos prácticos. Mientras tanto se puede ir reservando la fecha. También se puede asegurar la participación inscribiéndose. Para ello dirigirse al **P. Ido Ricotti, Parroquia Nuestra Señora del Tránsito, Hipólito Yrigoyen 47 - 5891 VILLA CURA BROCHERO.**